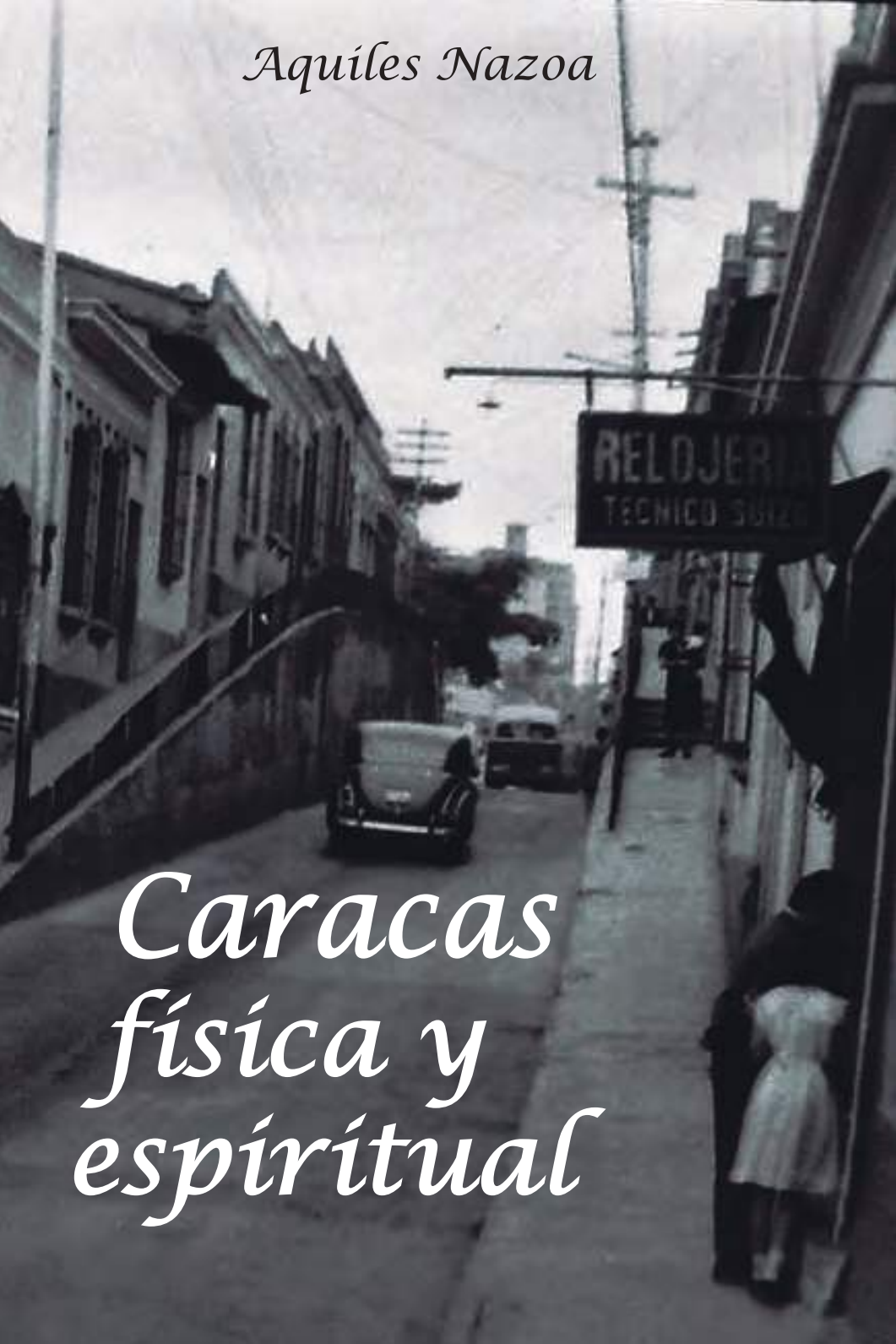


Aquíles Nazoa

*Caracas
física y
espiritual*

RELOJERÍA
TECNICO SUIZO



AQUILES NAZOA

Caracas
física & espiritual

2020





**Alcaldía
de Caracas**

**Érika Farías
Alcaldesa**

**María Isabella Godoy
Presidenta de Fundarte**

**Secretaria General
Elitany Raga**

**Gerente de Publicaciones
José Leonardo Riera Bravo**

Caracas física y espiritual

© **Aquiles Nazoa**

Reimpresión 3ª edición, Concejo Municipal de Caracas, Caracas, 2020

©Fundación para la Cultura y las Artes, FUNDARTE

Edición al cuidado de
Mercedes Chacín

Corrección
Heathcliff Cedeño

Diseño, diagramación y concepto gráfico
Tatun Gois

Montaje y asesoría gráfica
David Arneaud

**Hecho depósito de Ley
Depósito legal
DC2020000351**

ISBN: 978-980253-756-3

Fundarte
Avenida Lecuna, Edificio Empresarial
Cipreses, Mezzanina 1, Urbanización
Santa Teresa. Zona Postal 1010,
Distrito Capital, Caracas, Venezuela
Teléfonos (56-212) 5417077/5424554.
fundarteeditorial@gmail.com

Instituto Municipal de Publicaciones
Av. San Martín, cruce con
Av. Washington, edificio Secretaría de Salud,
Subsótano - Caracas. Venezuela
Teléfonos: (0212) 451.27.95 / 462.89.45
imp.ccs2025@gmail.com
impcomercializacion@gmail.com



**Alcaldía
de Caracas**
Fondo Editorial Fundarte



AQUILES NAZOA

*Caracas
física y espiritual*



Alcaldía
de Caracas

Fondo Editorial Fundarte

Acerca de mi libro **Caracas física y espiritual**

Mi libro en la apariencia no sigue un orden coherente, ni régimen alguno. Por su variedad y su bizarría, por su cambiante diversidad de temas, de tonos y aún de estilos, más que un libro parece un viejo carro de mudanzas, una de aquellas carretas atestadas de corotos tristes, que en los antiguos tiempos de Caracas congregaban la curiosidad de los vecinos a la puerta de la casa de donde días antes había salido un muerto.

Como el incurso en un caso de desahucio por demolición, en él he recogido apresuradamente los últimos cachivaches de mi corazón y de mi memoria. Historia, crónica, poesía, retratos amados, cambian en mi libro de una página a otra, sin otro elemento de ensamblaje entre las partes que el secreto hilo de amor con que pacientemente me puse a unirlos. Su discontinuidad es deliberada, pues quise dar en el conjunto una imagen de su tema, quise trasladar al ánimo del lector el cuadro de esta ciudad martirizada; de mi amada Caracas interceptada en su proceso histórico normal, fracturada en su paisaje, inconexa en su topografía, heteróclita en su arquitectura, en sectores la capital más amable de los trópicos, y en barrios enteros la más ingrata de la Tierra.

Mi libro por las curiosidades que descubre es una obra pintoresca, por las historias mágicas que cuenta es un libro de poesía; es también un libro de arquitectura y un libro de modas... He aquí que me senté a escribir un libro de Caracas y lo que me salió fue un kaleidoscopio. No por el estilo, sino por los temas, mi libro a lo largo de su lectura irá dejando en el alma del lector un reguero de cositas pequeñas y coloridas, de botones deslumbrantes, llaves abandonadas, relojitos que ya no andan, una rara moneda, ovillos multicolores; desechos del tiempo cuyo destino es la diáspora y el olvido, intimidades tiernas en las que nadie se reconoce, como las que descubre el transeúnte cuando en una mudanza que pasa se abre la gaveta de la máquina de coser.

De esas pequeñas cosas está hecha la vida secreta de las ciudades. Para traerlas a mi libro pasé mucho tiempo recogéndolas en los basureros de la Historia. De las ciudades como de su historia, no me atraen los monumentos ni los palacios. Desde niño me consta que es en los basureros donde uno se encuentra las cosas más bonitas; y si no las más bonitas, las más humanas.

AQUILES NAZOA

*Los primeros
tiempos de la ciudad*



Más que la suplantación de una cultura por otra, como fueron las conquistas de México o del Perú, la conquista de nuestra tierra del Caribe se planteó a los españoles en los términos de una lucha entre el hombre y la naturaleza en su más primitiva elementalidad. Si los aztecas, los mayas o los incas disponían de territorios domeñados, donde podían evolucionar los caballos del conquistador, de caminos por donde podían avanzar y de edificaciones donde acuartelar, por nuestras comarcas caribes lo que encontraron fue la noche perenne de la selva, los grandes ríos desbocados, las infinitas y desoladas llanuras, los territorios quebrados en hondonadas que inmovilizaban la acción del caballo. Lo que encontraron fue un mundo virgen, regido por el sol y las aguas, donde los seres humanos eran otra fuerza ciega de la tierra como las tempestades y como las fieras; donde la lengua que se hablaba se confundía con los ruidos de la naturaleza, y los hombres tenían los mismos nombres que las plantas, los ríos, los insectos y los pájaros. No venían en ese mundo de desamparo a enfrentarse como en otras tierras de América, a estructuras estatales orgánicas con sus centros nerviosos y sus blancos de ataque concentrados en grandes núcleos de población, sino a un vastísimo territorio de tribus dispersas, de grupos ciánicos cuyo enfrentamiento exigía tácticas de cacería más que estrategia de guerra, táctica que al diseminar a los guerreros en aisladas acciones de escaramuza vulnera la capacidad de los ejércitos como fuerza colectiva. Pues no encontraron aquí los conquistadores —como apunta Gil Fortoul— «un gobierno nacional cuyo reemplazo les hubiera librado en seguida todo el territorio». Sometida y catequizada una tribu, ya a la vuelta de una ceja de monte les esperaba otra, y a la cabeza de ella su cacique, rodeado por su cohorte de flecheros, rey y señor del pequeño pedazo de mundo por el que estaba dispuesto a morir con su pueblo. Tribus nómadas, tribus sembradoras, tribus guerreras y nombres de caciques multiplicábanse en el paisaje a medida que se recorrían las distancias.

Defendidos por sus montañas, favorecida su naturaleza por la abundancia de aguas mansas y por la proximidad del mar, integrando la comunidad aborígen más numerosa del país, vivían en el norte de Venezuela los tarmas, los mariches, los teques, los arbacos, los taramaynas, los caracas, cada tribu en su pañizuelo de tierra o en su hilo de costa, y a su cabeza bravos capitanes que se llamaban con nombres alusivos a la guerra o el paisaje como Sunaguta, Guaicamacuto, Paramaconi, Tamanaco...

A conquistar tan numeroso territorio, acometiéndolo por la vía de los valles de Aragua, con excelente provisión de vitualla y ganado y en compañía de treinta soldados, entró al valle los caracas Francisco Fajardo a principio de 1560. Gallardo exponente de nuestro temprano mestizaje, de su hidalgo padre español había heredado la vocación para la hazaña y el don de mando del conquistador, y de su madre, india noble, hija de cacique y cacica ella misma, no sólo aquellas agraciadas maneras que admiró Colón en la figura del hombre americano, sino un perfectísimo dominio de los idiomas indígenas que favorecía en Fajardo el entendimiento con las más diversas tribus.

Entraba Fajardo en el valle de los caracas con la experiencia de dos expediciones anteriores a la costa. De la primera había vuelto a Margarita cargado de riquezas cambiadas a los indios por abalorios; en la segunda fundó la Villa de Rosario cerca de Chuspa y, habiendo traído con él a su madre, volvió con el pesar de haberla visto morir envenenada por las aguas, abatida su hueste y destruido el villorrio en una de las más feroces vendettas indias que recuerdan esos tiempos. Ajustada ahora la paz con las tribus de arbacos, taramaynas y charagotos que poblaban el lugar, entre las laderas de lo que hoy se llama El Calvario y la región noroeste de Catia, por la facilidad que

permite el terreno para los movimientos a caballo y por su proximidad con el mar, eligió Francisco Fajardo el punto donde levantó cercas para el ganado y una ranchería, a todo lo cual dio el nombre de Valle de San Francisco. Así dio el primer signo de su nacimiento la ciudad de Caracas.

Adelantándose en cuatro siglos a los proyectistas de la actual autopista de Caracas a La Guaira, le señaló Fajardo al valle la quebrada de Tacagua como su salida natural al mar, y al extremo de la quebrada fundó la villa marina de El Collado, primer puerto del litoral de Caracas, llamado después Nuestra Señora de Caraballeda. Llamóla de El Collado en agasajo de don Pablo Collado, gobernador entonces de la Provincia de Venezuela y protector de la empresa conquistadora de Fajardo. Una parte importante en la fundación de esta ciudad y en los repetidos combates que debió librar para defenderse de las terribles acometidas de Guaicaipuro, le corresponde a la figura de Guaimacuare, noble cacique pacificado unido a Fajardo por entrañable amistad y a quien este había hecho su capitán y el más cercano de sus edecanes.

Por curiosa paradoja, en contraste con la lealtad fraternal de un Guaimacuare y con el afecto de que lo rodeaban tantos de sus servidores indígenas, Fajardo era objeto entre los españoles —es decir, entre aquellos para cuya empresa de conquista trabajaba— de las más venenosas intrigas. Los orgullosos hidalgos cargados de títulos y de sangre limpia sentían como un agravio a sus blasones y calidad de caballeros, las ínfulas de conquistador que se toleraban a aquel mozo *mestizo e liviano* al que reputaban como emparentado con los irracionales. Junto con la puntillosa quisquilla de los hidalgos conspiraba contra Fajardo la actividad intrigante de un Alonso Cobos, envidioso rival que terminaría por asesinarle en Cumaná, y princi-

palmente el viraje que se había operado en la conducta del propio gobernador Collado para con el mozo *mestizo e liviano*. Al que reputaban como *emparejado con los irracionales*. Junto con la puntillosa quisquilla de los hidalgos conspiraba contra Fajardo la actividad intrigante de un Adolfo Cobos, envidioso rival que terminaría por asesinarle en Cumaná, y principalmente el viraje que se había operado en la conducta del propio gobernador Collado para con el *mozo mestizo e liviano*. En efecto, recibidas las primeras muestras del oro de Caracas que le había enviado Fajardo como evidencias de la dadivosidad de la nueva tierra, el receloso gobernador meditó si no sería temeridad mantener tan pródiga riqueza al alcance de hombre que, como decían los hidalgos, *la astucia que poseía era propia de los de su raza*. Fajardo, pues, fue despojado de sus cargos y remitido preso a El Tocuyo, y aunque en el juicio que allí se le siguió resultó inocente de las peregrinas acusaciones que se le hicieron, al permitirle volver fue con el cargo, menor para sus ambiciones de conquistador, de Justicia Mayor o Alcalde de la ciudad de El Collado.

Pedro de Miranda, el nuevo Teniente de Gobernador y Capitán General nombrado en sustitución de Fajardo, reexploró las tierras de los caracas siguiendo la ruta de su precursor, y siempre apunando hacia las minas de oro localizadas en tierras que Guaicaipuro había hecho inexpugnables, le encareció al gobernador el envío de gente experimentadas capaces no solo de conquistarlas, sino de afirmar su conquista. Nombró entonces Collado para esa empresa a Juan Rodríguez Suárez, el fundador de Mérida, llamado por causa de su vistosa vestimenta, El Caballero de La Capa Roja.

Todavía era el año de 1560 cuando Rodríguez Suárez, acompañado por tres de sus hijos todavía niños, y con treinta y cinco hombres, penetró en las tierras, de los teques sin encontrar resistencia. Allí le

salieron al paso Guaicaipuro y sus flecheros, obligando al español al bravo cacique a pedirle la paz después de varios recios combates.

Sin advertir que la paz pedida sólo entrañaba una maniobra de tregua estratégica, dejó Rodríguez Suárez, junto con sus tres niños, algunas gentes de laboreo en las minas de San Pedro de los Altos, y siguió por los valles del Tuy la ruta de Caracas. En todas las comarcas por las que pasaban los viajeros se respiraba un sospechoso clima de paz y de silencio entre las tribus.

Al llegar al Valle de San Francisco se enteraba Rodríguez Suárez por un sobreviviente del desastre, de que en las minas de San Pedro se había producido un asalto de Guaicaipuro, y que además de los hombres de laboreo los tres niños habían sido degollados.

Deshecho de dolor, pero colérico y vengativo, corre Rodríguez Suárez a la ciudad de El Collado a aconsejarse con Fajardo acerca de cómo organizar una incursión de escarmiento a Guaicaipuro. Mas ya para entonces las tribus se han agrupado en lo que en el lenguaje político de hoy llamaríamos un gran frente nacional, con Guaicaipuro como jefe máximo. Y mientras Rodríguez conferencia con Fajardo, cae sobre el hato de San Francisco, Paramaconi, cacique de los taramaynas y capitán de Guaicaipuro, e incendia la rancharía, flecha el ganado y siembra el pavor entre los hombres. Estos sin embargo resisten, y habiendo logrado una momentánea retirada de Paramaconi, se encontraban recogiendo los restos del aprisco y restaurando los humeantes ranchos, cuando vino a sorprenderlos un nuevo ataque de seiscientos flecheros acaudillados por el tenaz cacique, poniéndolos en fuga hacia el mar, mientras a sus espaldas se enciende el cielo de Caracas con las llamas del nuevo incendio, y las distancias se pueblan de angustiosos mugidos.

En su desalada fuga se encuentran los hombres por el camino con Rodríguez Suárez que viene de regreso, y enterado de lo ocurrido los arenga vigorosamente a no aceptar la derrota y a volver a la heredad tan fatigosamente conquistada. Vuelven con él los hombres, y sobre las cenizas de lo que fue el hato de Fajardo funda el heroico capitán la ciudad de San Francisco, le nombra ayuntamiento en el sitio mismo de la fundación y reparte las tierras inmediatas entre sus compañeros. Así nació por segunda vez la ciudad de Caracas.

Dejando parte de su gente en la ciudad recién fundada, y después de una lucha cuerpo a cuerpo con Paramaconi que al acometerlo cerca de las lomas de Caroata le dejó herido, recibió Rodríguez Suárez la noticia de que el Tirano Aguirre había desembarcado en Borburata. Para hacerle frente a aquella figura diabólica de nuestra historia, fuerza anarquizada de la Conquista española, resuelve Rodríguez Suárez aplazar sus operaciones de venganza contra Guaicaipuro y partir inmediatamente hacia Valencia en compañía de seis hombres. Remontaban la altura llamada de Las Lagunetas en la región de Los Teques, cuando se vieron enfrentados por un enorme ejército de flecheros de Terepaima, otro de los lugartenientes de Guaicaipuro, mientras Guaicaipuro mismo a la cabeza de otra multitud les cortaba la retirada por la espalda. Procurando compensar, con la ventaja que les daban sus caballos, con la eficacia de sus partesanas, sus mosquetes, sus arcabuces con bala de piedra, de sus alabardas y sus sables la superioridad numérica de la lluvia de flechas que caía sobre ellos, dieron aquellos siete hombres solos la más heroica batalla que recuerda la historia venezolana. Habiendo logrado parapetarse de bajo de un peñón de la montaña, luego de pasar una noche bajo aquel amparo decidieron al amanecer abrirse camino con la espada. Pero estaban demasiado cansados y sedientos. El último en caer vencido fue Juan Rodríguez Suárez que, cediendo a

la fatiga, se sentó en el tronco de un árbol caído y allí quedó muerto, siendo desolladas su barba y su cabellera y tomadas por los indios como trofeo.

A la muerte de tan animoso capitán, a la táctica de los indios de coordinar todas sus acciones subordinándolas a la estrategia de un comando único, vino a agregarse por aquellos tiempos, para completar el fracaso de la conquista de Caracas, la destitución de tan decidido animador de la empresa como era el gobernador Pablo Collado. Acusado de connivente negligencia al permitir el desembarco de Aguirre en Borburata y malquistado con muchos de sus principales súbditos, hecho preso y remitido a Santo Domingo por su sucesor, Collado fue reemplazado en el gobierno por Alonso Bernáldez, rara figura de estático perfil estatuario que al vaciársele uno de los ojos se lo había hecho sustituir por un ojo de plata. Acaso porque se reservaba para sí mismo la coronación de la magna hañaza que alboreaba en la figura del mestizo al quedarse él solo resistiendo a Guaicaipuro a la orilla del mar, resultó el apodado *Ojo de Plata* poco diligente en atender las demandas de refuerzos con que lo apremiaba Fajardo desde El Collado. Los poquísimos que envió los había dilapidado su conductor el cándido don Luis de Narváez en la fácil batida que le dieron los meregotos y aruacos a su paso por Las Mostazas. Don Luis, conquistador ingenuo si los hubo, al encontrarse frente a los indios en su camino hacia Caracas ordenó a sus hombres que inmovilizasen sus armas sobre las sillas de sus cabalgaduras, como para que las tribus comprendieran en ese gesto que los viajeros venían en son de paz; peregrino rasgo de diplomacia al que en un territorio ebullente de efervescencia guerrera, dieron los contingentes de flecheros su debida respuesta, cayendo el propio Narváez con la mayoría de los suyos en la rápida escaramuza.

Asediados entre tanto los pobladores de San Francisco por el incesante hostigamiento de los indios, ya sin esperanza alguna de recibir auxilios, terminaron por desamparar el lugar. En su repliegue no contó poco el viraje de Guaimacuare, el vigoroso jefe indígena amigo y aliado de Fajardo, a quien en parte la fuerza de su conciencia de raza y en parte también su poquito de oportunismo, le habían impulsado, en el momento de la crisis, a abandonar la causa de los conquistadores y a integrarse a las fuerzas de Guaicaipuro.

Jurando que aun al precio de su vida volvería, con los agotados restos de su hueste abandonó Fajardo El Collado y se dirigió a Margarita, donde a principios de 1564 ya ha reunido gente, armas y bastimento para repetir la aventura. Pero apenas se había puesto en marcha para la vuelta, cuando al pasar por Cumaná cae en la celada que le tiende el ensañado Alonso Cobos, el que no solo le improvisa un juicio sumarísimo con cediéndole apenas media hora para que instaure su defensa, sino que le inflige el suplicio de arrastramiento a la cola de un caballo y luego con sus propias manos lo ahorca, todo esto en el brevísimo término de una noche.

Todavía en 1565, ya muerto Fajardo y dispersas sus gentes, el propio Alonso Bernáldez intentará una nueva expedición a los caracas con cien hombres, pero llegados a la región próxima a Los Teques, no bien empezaron a escucharse los tambores y aullantes fotutos de la indiada, se atemorizaron los expedicionarios y emprendieron festinado regreso, quedando el lugar desde entonces, a causa de esa circunstancia, bautizado como El Valle del Miedo.

Comenzaba, pues, el lejano valle de los caracas a revestir en la inexpugnabilidad de sus montes y en el celo guerrero de sus naciones, el fascinante prestigio de un país de utopía, comparable por la dificultad

de sus accesos al mítico territorio de aquellos omaguas que entrevió Urre y cuya exploración pagábase con la muerte. Haciendo una cuestión de honor la conquista de comarca tan tenazmente negada a los expedicionarios, una vez restituido a El Tocuyo y repuesto de su fracaso en El Miedo, organizó *Ojo de Plata* una siguiente expedición a los caracas, poniendo esta vez a la cabeza de ella al experimentado capitán don Diego de Losada.

Era Losada varón de nobles títulos, segundo hijo del señor de Rionegro, de la puebla de Sanabria, y antes de venir a América había hecho pasantía de cortesano y de hombre de armas en la ilustre Casa de los Pimentel, Condes de Benavente. Llegado a Puerto Rico cuando andaba por los veinte años, en compañía de su amigo Pedro de Reinoso, pasa a la tierra firme incorporados ambos al ejército organizado por el general Antonio Cedeño para explorar el río Meta. Allí lo evoca en los armoniosos endecasílabos de su historia versificada, Juan de Castellanos:

***Cedeño en estos tiempos y sazones
Dentro de Puerto Rico ya tenía
Copia de excelentísimos varones,
Cabacaballo, munición, artillería.
Vino con esta gente Joan Bautista
Y el animoso Diego de Losada,
Fortísimo varón de la conquista
Y Reinoso, persona señalada.***

Al morir Cedeño en la campaña cerca de Tiznados (fue envenenado por una india a quien había tomado por esclava y favorita), Martín Fernández que lo sucedió en el mando resultó demasiado anciano y achacoso para cargo que exigía tanta energía, por lo que

tácitamente cedió el mando a los jóvenes Losada y Reinoso. Ya lo escribe también el poeta historiador:

*Mas los que sujetaban el armada,
Mandaban y regían esta gente
Eran Reinoso y Diego de Losada
Bien puesto cada cual y muy valiente,
Y fueron ambos de una camarada
Criados del señor de Benavente:
Losada siempre fue singular hombre
Y tuvo por allí claro renombre.*

Así exploraron vastas zonas de los llanos del Guárico y de Apure, hasta llegar a un punto del sur donde encontraron otro gran río que debió ser el Meta. En una temprana prueba a que debió someter Losada sus cualidades de jefe vigoroso y valiente, tuvo que enfrentar junto con Reinoso un motín de sus compañeros de expedición, en el que fueron decapitados los cabecillas Guerrero y Copete, y murieron otros treinta españoles entre ajusticiados y combatientes. En 1541, hacia el final de la época de los Belzares, viendo el gobernador alemán Enrique Rembolt la despoblación que había causado en Coro el pésimo gobierno de sus antecesores, como él alemanes, les encomendó a Diego de Losada y Juan de Villegas, la misión de repoblar la villa con gentes reclutadas en Cumaná y en Cubagua. Posteriormente pasa a La Española, hoy Santo Domingo, asiento de la Real Audiencia, y de allí regresa en compañía de Juan Pérez de Tolosa para reorganizar el gobierno en El Tocuyo y sancionar al sanguinario Juan de Carvajal. Luego de una breve exploración a los Humocaros en los alrededores del valle tocuyano, emprendió Losada en calidad de maestro de campo una dilatadísima expedición hacia el norte, que comprendió los ríos Uribante, Táchira y Pamplonita; jornada difícil y brillante de

la que resultó el primer camino que comunicó por la vía de Cúcuta a Venezuela con el territorio de la Nueva Granada.

Manejado con tanta soltura y por tan variados rumbos el territorio venezolano por Losada en días tempranísimos de la nacionalidad, podemos decir con Díaz Rodríguez que: «entre sus férreos brazos de conquistador cargó a Venezuela en su cuna». Valga la imagen, porque la misma solicitud paternal que no le negó para acunarla, supo disponerla en momentos de infantil alboroto para reprimirla. El nombre de Losada se asocia en efecto en la historia antigua de Venezuela, a la trágica y pintoresca aventura del Negro Miguel en 1553. Era Miguel uno de los ochenta esclavos africanos que llevaron los españoles a laborar en las minas de San Felipe de Buría, cerca de Nirgua. Soliviantado por los crueles maltratos que recibía, por la miserable alimentación, por los duros trabajos, arrastrando consigo a treinta compañeros asaltó una noche las minas, dio muerte a algunos guardias y mineros y se retiró a la montaña seguido por multitud de negros e indios que se sumaron a la rebelión. Contando con la defensa que le prestaba el terreno difícil y con las empalizadas y trincheras de que lo rodeó, se proclamó rey, coronó reina a su mujer Guiomar y después de concederle a su hijito dignidad de príncipe heredero, nombró a otro negro obispo y distinguió a aquellos que le eran más allegados con diversos títulos nobiliarios que solo conocía de oídas. A la cabeza de su corte de parodia y asistido de sus vasallos intentó contra Barquisimeto una acción en la que resultó derrotado. Pero aunque replegada y maltrecha su pobre hueste, su ejemplo había cundido ya entre todas las tribus de la comarca que empezaban a agitarse. Para entonces era alcalde de Barquisimeto don Diego de Losada, quien luego de abatir al negro en una de las acciones represivas más sangrientas de su carrera, condenó a los sobrevivientes a una esclavitud aún más severa que aquella contra la cual se habían sublevado.

Si su probada pericia, su indiscutido prestigio y su imponente personalidad bastaban por sí solos para augurarle a Losada el mejor suceso en la empresa que abrazaba, vino por otra parte a favorecerle, en 1565, la sustitución de Bernáldez por don Pedro Ponce de León, gobernador que llegaba con instrucciones expresas del rey, de acelerar la penetración en aquellas tierras que todavía estaban por conquistar. Ratificó entonces el nuevo funcionario la designación de Losada como conquistador de los caracas, y a más de brindarle cuantioso apoyo material en gentes, armas, caballos y provisiones, en prenda de su seguridad en él, le confió a sus tres hijos. Venciendo la vacilación de los que al mencionarles el lejano valle evocaban los sucesivos fracasos de Fajardo, de Rodríguez Suárez, de Narváez, de Bernáldez, logró reunir Losada entre caballeros, soldados, indios amigos y gente de servicio, unos mil hombres con excelente equipamiento, algunos de ellos fundadores de ciudades y muchos poseedores de los más sonoros títulos nobiliarios. Repletas las escarcelas con sus rudimentarias balas de piedra, bien ensebados sus pesados arcabuces, forrados los caballeros como grandes peces en sus lorigas de escamas de acero y los infantes en sus largos sayos de acolchado espesor, como para repeler la punta de las flechas; lucientes las rodelas como anchas monedas, vitoreados por el júbilo de la población que los despedía y al son de la gaita que tocaba el gaitero Juan Suárez, partieron los hombres de Losada de la ciudad de El Tocuyo en los primeros días del año de 1567. A la vanguardia del batallón, imponentes como magníficos gigantes de hierro, marchaban en sus vigorosas cabalgaduras los caballeros principales; más atrás venían los rodeleros, a continuación la tropa de los arcabuceros con sus armas y mampuestos terciados al hombro, y en último término, conducida por indios que portaban largas varas y rollos de sogas, una cuantiosa impedimenta viva compuesta por gran contingente de ganado mayor, cuatro mil carneros y multitud de cochinos. El expedicionario

más joven de la partida era Damián del Barrio, valeroso muchacho de diecisiete años que ya a tan temprana edad había participado en las más emocionantes aventuras de conquista. Y venía también entre los caballeros principales Gabriel de Avila, cuyo nombre se perpetuó en la alusión más significativa del paisaje caraqueño.

Como primera estación del larguísimo recorrido que les esperaba, acamparon los expedicionarios en la comarca que hoy nombramos Nirgua, llamada entonces Villa Rica. Y después de bendecidos los pendones, de haber confesado y comulgado toda la tropa y de haberse puesto la expedición bajo la advocación de San Sebastián (porque la tradición católica le atribuye a este santo mártir la facultad de proteger contra las flechas), hubo juegos y torneos, hubo alardes, o sea, demostraciones deportivas con armas, y hubo corrida de toros, así como juego de cañas, ese animado deporte antiguo, evocador de algunas escenas clásicas del teatro tradicional chino, en que los caballeros, circulando con gracia en sus cabalgaduras, se lanzan recíprocamente varas que manejan como jabalinas.

Allí se separó Losada de su hueste para ir al puerto de Borburata a esperar un contingente de indios mansos que le venían por el mar para acompañarlo en la gran aventura. A los quince días alcanzó a sus compañeros por el camino.

De Nirgua a Valencia, de Valencia a Guacara, de Guacara a Mariara y de aquí hasta Guayas, fue el rápido itinerario que los viajeros cubrieron en pocos días, por entre un paisaje compuesto casi todo de dóciles valles, dulces riachuelos, manchas de lago y ondulación de colinas que casi le imprimían a la expedición el encanto de un paseo de vacaciones. Pero en la hondonada de Guayas cambiaba abruptamente la geografía, y al paso del sereno valle aragüeño salía de pron-

to el imponente perfil de montañas, cuyo límite eran las nubes. De aquellas inmensas masas de vegetación, de aquella concatenación infinita de desfiladeros, de aquellos pavorosos cañones de barrancos y quiebras, perdidos entre la neblina, solo un punto tenía nombre castellano entonces, un nombre que parecía recoger de una vez toda la vastedad del paisaje en lo más profundo de su poder alusivo: se le llamaba desde la expedición de Bernáldez, el Valle del Miedo. Allí asumió la vanguardia de sus tropas don Diego de Losada.

Ya para entonces sonaban en el seno de la montaña los ululantes fotutos de guerra, y comenzaban a blanquear aquí y allá los hilos de humo mediante los cuales unas tribus se avisaban a otras la proximidad del enemigo. Poco después llovía sobre los expedicionarios la primera granizada de flechas. Acaso sorprendidos los indios por la cuantía de los invasores, debieron dejarlos pasar después de sufrir grandes destrozos bajo la acometida de los arcabuceros. El 26 de marzo de 1567 contempla Losada, desde las alturas de San Pedro, el fastuoso espectáculo de los guerreros de Guaicaipuro que venían a su encuentro. Empenachados con plumajes de los más lujosos colores y acaudillados por sus graves caciques, con bullicio y entusiasmo que parecía de fiesta, allí lo aguardaban para darle combate los tarmas, los mariches, los teques, los arbacos.

«Losada, aconsejado por la prudencia, duda un instante; mas vence en él su espíritu guerrero, y al grito de ¡*Santiago!*, arremete con furia al enemigo; lo siguen los jinetes, causando tal estrago con las lanzas, que queda derrotada la vanguardia india. Los tarmas y mariches valerosos resisten el empuje de la caballería, dando tiempo a que se rehagan los desbandados teques; avanzan los infantes españoles haciendo con sus espadas terrible carnicería sobre los desnudos cuerpos de los indios, y estos arrojan sobre ellos tal número de

flechas *que cubrían el cielo al dispararlas*. Todo es confusión, sangre y gritos de rabia y de dolor; los dos ejércitos combaten con denuedo; pero entre ambos comienzan a ceder a la fatiga, cuando Ponce de León, Galeas, Infante, Alonso Andrea, Sebastián Díaz, Diego de Paradas, Juan de Gámez, García Camacho y Juan Serrano, ladeando un colina atacan por la espalda al enemigo; a tiempo que Losada, advertido del peligro, los anima gritando: *¡Ahora, valerosos españoles, es el momento de conseguir el triunfo que nos ofrece la victoria!*, renovándose el ataque con tal brío que el fiero Guaicaipuro, el que a todos anima dando ejemplo de inaudito valor, tinto en su propia sangre y la ene miga, temeroso de perder todas sus huestes, ordena la retirada dejando paso libre al vencedor».

Con la fortuna de no encontrar en los siguientes puntos de su ruta sino indios sembradores que le recibieron en paz, llegó por fin el victorioso, pero fatigadísimo Don Diego a aquella región de Macarao, última estribación de la serranía hacia Los Teques por el oeste de Caracas, donde la abrupta pendiente se resuelve en apacible campiña regada por el Guaire. Pero a avanzar inmediatamente hacia el valle de los caracas, acaso rehuyendo nuevos encuentros para los que no estaba preparado, prefirió proseguir hacia el oriente, atravesando las posesiones del cacique Caricuao, hasta llegar a un plácido lugar que ya Fajardo había bautizado con el nombre de Cortés. Aquel lugar donde los expedicionarios reposaron no era otro que el que hoy llamamos El Valle, rebautizado por Losada Valle de La Pascua por haber permanecido allí con los suyos desde mediados de Semana Santa, hasta la Pascua de Resurrección de 1567. El 5 de abril volvía a ponerse en marcha para explorar las tierras dónde habían fracasado Fajardo y Rodríguez Suárez.

No entraba en los planes de Losada intentar empresas de población sin haber logrado antes la pacificación de las tribus. Y abogaba

para pacificarlas por el empleo de los métodos de aproximación humana y fomento de la amistad, más que por la violencia de la guerra. Pero a tan pacifistas proyectos del prudente capitán oponíase la resolución obstinada de los indios —lo diremos en la correctísima prosa de Baralt— «a no cambiar su libertad por un sosiego ignominioso». Aunque técnicamente inferiores para la guerra, contaban las tribus con una superioridad numérica que les permitía liquidarlos por agotamiento. Por diez indios que caían en un lugar, ya en otro aparecía el tumulto de otros cien que venían a vengarlos. Y simultáneamente con presentarles combate abierto les asaeteaban taimadamente los caballos, les envenenaban el agua, les erizaban el terreno de púas y estacas envenenadas, arrasaban con los alimentos del campo, los mantenían insomnes con el rumor de sus fotutos y tambores entenebreciendo las interminables noches. Con la eficacia diabólica de una moderna organización terrorista, multiplicados por toda la comarca en infinitos grupos, les tendían emboscadas, los enloquecían con operaciones de distracción, y forzándolos a mantenerse siempre juntos (porque una de las técnicas de la estrategia indiana era la de la cayapa), les inmovilizaban toda iniciativa basada en la distribución del trabajo.

Liberar a sus hombres de la intemperie y del nomadismo en territorio donde la guerra se anunciaba tan larga; tener sitio seguro dónde almacenar los víveres que comenzaban a menguar y donde conservar los que se pudieren conseguir; establecer cercados que permitieran concentrar la vigilancia en pocos hombres mientras los otros cumplen distintas tareas; pero sobre todo repartir las tierras entre sus capitanes para unirlos al interés en su conquista por vínculo tan poderoso como el de la propiedad, fueron las consideraciones que tuvo don Diego de Losada para decidir la fundación de Caracas por julio de 1567.

***Fundó ciudad según el común uso
En parte rasa limpia de arboleda
Y Santiago de León la puso.***

Iniciando una de las discusiones de más larga vida que haya suscitado el tema urbanístico de Caracas, no fundó Don Diego la ciudad donde se lo reclamaría un técnico urbanista de hoy, sino en el sitio que su circunstancia de conquistador asediado le permitía mantenerse a prudente equidistancia de los mariches, de los chaacos, de los taramaynas, de las tribus que vigilaban desde los cuatro horizontes. Un hecho quizás significativo de que sus preocupaciones de ese momento no son de orden arquitectónico sino bélico, sería el de haber asociado, para bautizar la ciudad, dos nombres de tan belicoso contenido como el de Santiago, el santo patrón guerrero de las Españas, y el de una de las más aguerridas tribus del valle. Y si en el homenaje al santo armado sugiere la invocación de una alianza para la acometividad contra los indios, en la devoción con que reitera su promesa a San Sebastián, de consagrarle una ermita apenas haya fundado la ciudad, está presente ante todo la significación militar de este santo, protector de los hombres contra las flechas.

Sin datos que nos informen siquiera la fecha precisa del nacimiento de la ciudad, menos nos dicen las crónicas acerca de si Losada seguiría, al fundar a Caracas, el ceremonial para la fundación de ciudades descrito por su contemporáneo el capitán Vargas Machuca, en su curiosísima «Milicia Indiana». Pero conocida la cultura militar de Don Diego y su índole de caballero leal a las tradiciones de su prosapia, acaso pueda la imaginación reemplazar a la historia en la reconstrucción de la que debió ser tan emocionante ceremonia. Regresamos entonces idealmente a aquella soleada mañana de julio de 1567, día de Santiago, cuando ya están formados los regimientos

conquistadores en lo que hoy es la Plaza Bolívar. Diego de Losada a la cabeza de sus capitanes, ocupa él solo el centro de la gran explanada. Rodéalos gran multitud de sus indios mansos y gente de servicio. Algunos sofrenan por recios racimos de cadenas, las inquietas traíllas de perros que se han alborotado con el gentío. A los pies de Don Diego unos indios acaban de abrir un hoyo circular, y a una señal seca de la mano del jefe vienen ahora tres españoles y enclavan en el hoyo un grueso tronco recién cortado que ya está dispuesto. Afincado en la tierra el madero que se parece a los usados en las carnicerías para quebrantar los huesos, don Diego de Losada echa mano de su cuchillo y lo clava en él, mientras con la mano todavía empuñando el mango anuncia de viva voz:

—Caballeros, soldados y compañeros míos y los que presentes estáis, aquí señalo horca y cuchillo, fundo y sitio la ciudad de Santiago de León de Caracas la cual guarde Dios por largos años, con aditamento de reedificada en la parte que más convinieren, la cual pueblo en nombre de Su Majestad, y en su real nombre guardaré y mantendré paz y justicia a todos los españoles, conquistadores, vecinos y habitantes y forasteros y a todos los naturales, guardando y haciendo tanta justicia al pobre como al rico, al pequeño como al grande, amparando viudas y huérfanos.

Segunda parte de la ceremonia era el Reto, en que el fundador poniendo mano a su espada y «arrebatado de cólera» exclamaba:

—Caballeros, ya yo tengo poblada la ciudad en nombre de Su Majestad. Si hay alguna persona que lo pretenda contradecir, salga conmigo al campo donde lo podrá batallar. Y agregando nuevas protestas de lealtad al Rey, repetía por tres veces su Reto, al que también por tres veces coreaban los circunstantes:

—La ciudad está bien poblada, ¡viva el Rey nuestro señor!

A continuación sacaba el fundador su espada, y en señal de posesión del país cortaba de la tierra un puñado de plantas y yerbas.

La fundación concluía con el enclavamiento de una cruz en la esquina de la explanada destinada a la construcción de la iglesia, y después de una misa solemne oficiada por los capellanes de la expedición, disparaban salvas de arcabucería, «regocijando este día con trompetas y cajas».

La urgencia de paz para emprender la construcción de la ciudad recién fundada, la de crearle en su propio territorio sus fuentes de abastecimiento, y para estas tareas la de disponer de fuerzas de trabajo que no podían provenir sino de los indios, impulsaron a Losada a insistir en su política de conquista pacífica de las tribus, por medio de la persuasión y de la amistad. Una especie de política del buen vecino, melosamente aderezada con halagos y oportunos regalos, logró asegurarle con facilidad la amistad del cacique Guaipata, y por influencia de este, la de otros caciques menores del litoral. Pero la inmensa y más agresiva masa indígena, cuya disposición de resistencia tenía su aliciente mayor en la figura del gran Guaicaipuro, ante los agasajos y solicitudes amistosas del español se mantenían en la más cerrada intransigencia. Convertidos los infantes de Losada en una especie de aparato de relaciones públicas, con los más gentiles modos apresaban a veces aquí o allá algún indio y lo llevaban a presencia de Losada. Don Diego, mostrándosele al prisionero en extremo paternal y dádivo, lo cargaba de obsequios y lo devolvía a la libertad con mensajes y llamamientos amistosos para el jefe de su tribu. Pero el taimado indio, muy contento con sus obsequios y de haber sido el huésped de tan magnífico caballero, tornaba a desaparecer en sus serranías y mogotes, donde seguían sonando los fotutos y tambores de la guerra.

En la operación de más vastos alcances que en aquellos tiempos intentaron las tribus por desalojar de su valle a los españoles, a comienzos de 1568 tuvo lugar en la explanada de Maracapana, hoy Cattia, una magna asamblea de caciques que en conjunto representaban a diez mil indios. Acordando por unanimidad poner la operación bajo el comando supremo de Guaicaipuro, coordinaron con suma cautela y en el mayor secreto una de esas batidas de arrasamiento total y en movimiento relámpago que en el lenguaje de la guerra moderna llamaríamos una *blitzkrieg*. Pero en las vísperas mismas del momento señalado para el ataque, recelando Guaicaipuro por equivocados indicios que la conjura había sido descubierta por los españoles, optó por replegarse con sus gentes y abstenerse de concurrir al combate. Aunque desmoralizados y en parte desbandados por la ausencia del brillante jefe, de todos modos arremetieron las enardecidas masas de los otros caciques contra la ciudad. Los españoles hasta entonces no habían enfrentado una acometida de semejante magnitud, pero el desconcierto, la dilación y vacilaciones que siguieron entre la indiada a la abstención de Guaicaipuro, le habían dado ya suficiente tiempo a Diego de Losada para disponer sus defensas. La propia táctica de los indios de acometer al enemigo ciega y tumultuariamente en el pequeño espacio de que disponían, sumada a la de los españoles de soltar sus caballos a la desbocada sobre los nutridos tumultos, resolvió la batalla en hecatombe de tribus enteras y dolorosa huida de indios heridos. De los caciques más valerosos sólo quedó en el campo Tiuna, quien mu rió increpando al propio Diego de Losada para que se enfrentara con él en lid de cuerpo a cuerpo.

Tranquilizadas por lo pronto las tribus después de tan sangrienta derrota, la breve pausa que siguió en las tareas guerreras permitió a los conquistadores emprender la construcción de viviendas, abrir accesos fáciles al agua y emprender el cultivo de la tierra para pro-

veer la alimentación. Fundó Don Diego en 1568 la villa marina de Caraballeda en el mismo lugar donde había estado Fajardo, y en la ciudad creció la población blanca a expensas de las numerosas familias de Borburata que habían desamparado aquel puerto por insalubre y porque estaba siempre expuesto a incursiones piratas. Pronto los pobladores de Caracas se pusieron a trabajar duramente por organizar su vida, y establecieron comunicación constante con El Tocuyo, de donde se abastecían de víveres, bestias y de los rudos géneros de vestir que allí comenzaban a hilarse. Y como el más estimulante ejemplo para los indios de lo que los españoles eran capaces de hacer con los pueblos a que sojuzgaban, junto con los animales de trabajo, con las herramientas y con las mercancías, comenzaron también a llegar a Caracas los primeros esclavos negros.

Lo que encendía principalmente el ardor de la resistencia india a que sus tierras fuesen conquistadas, era que la conquista encarnaba para ellos la amenaza de aquella forma disimulada de la esclavitud que se llamaba la Encomienda. Establecía esa vieja institución española que conquistado un territorio en estas naciones, las tierras debían repartirse entre los jefes conquistadores, confiándoseles a cada favorecido, junto con la posesión de su heredad, una dotación de indios, que debían trabajar al mismo tiempo para sí mismos y para su trasmigrado señor. Negados, pues, fieramente nuestros indios a cualquier tipo de entendimiento con los españoles, si rechazaban con idéntica furia a los que buscaban pacíficamente su amistad que a los que les diezmaban las tribus, no era acaso porque todos fuesen criaturas de índole selvática, sino porque tempranamente habían aprendido, en el destino de las otras tribus ya sojuzgadas, que así los obsequiosos emisarios de paz como las cargas de caballería obedecían en el fondo a la misma finalidad de esclavizarlos. Para mantenerles vivo su espíritu de resistencia a la conquista, tenían a la vista

los ejemplos de inaudita crueldad de que eran objeto muchos de sus hermanos cuando caían en manos del español.

El Marqués de Varinas, en su libro «Vaticinios de la pérdida de las Indias» formula esta espantosa denuncia : «¿En qué nación ajena de toda política se contará que en mi tiempo entrasen españoles a los llanos de Caracas, Sarare, Orú y márgenes del Río Portuguesa, a caza de indios (como si fueran jabalíes) para servirse de ellos dándoles por esclavos, y los acollaraban en sartas de 30 y más personas con un precinto de cuero y al que se cansaba, por no detenerse a desatar los demás, le cortaban la cabeza al inocente indio?»

Con descontento de los capitanes que habían esperado casi año y medio las recompensas de su participación en la aventura, la resistencia de los indios demoraba el reparto de las tierras. Se le planteó así a don Diego de Losada uno de los problemas más curiosos que hayan inquietado a un conquistador. Tierra sin indios significaba tierra horra, tierra incapacitada para producir y por lo mismo despreciable para los codiciosos capitanes de la conquista. Conquistarla por tanto a expensas de exterminio de indios, significaba liquidarla en la más promisoría de sus riquezas potenciales; mas no aplastar con mano de hierro a tribus tan levantiscas como las que Don Diego encontró en el valle de los caracas, entrañaba por otra parte el riesgo de perder la tierra, y con la tierra la conquista misma y acaso la vida.

Urgente, pues, el reparto de las tierras y con las tribus en el mismo estado de enguerrillamiento en que las había encontrado, la contumacia de los indios terminó por exasperar a Don Diego. Con ensañamiento digno de un Antoñanzas estableció una serie de procedimientos represivos que después harán fructuosa carrera en la historia guerrera y política de Venezuela. Impuso una variedad

mejorada de la Ley del Tali3n, con arreglo a la cual hacfa capturar y matar a cincuenta indfgenas por cada espa3ol muerto; invisti3 a sus hombres de una autonomfa y poder policfaco que los llev3 a los m3s bajos extremos del martirio a los prisioneros, e incurri3 en un acto de ridfculo leguleyismo que moverfa a risa si su evocaci3n no aludiera tambi3n a la muerte de Guaicaipuro. Aunque el egregio cacique habfa dejado de guerrear y reposaba con sus flecheros, era evidente para Losada que la figura de aquel obstinado campe3n de la resistencia segufa siendo un sfbculo y un ejemplo para los indios. Como despu3s no volver3n a hacerlo sino los comandantes nazis en los pa3ses ocupados, se le ocurre entonces a Don Diego instaurarle a Guaicaipuro un juicio sumario en que lo acusaba del «delito de rebeli3n». ¡Curiosa manera de calificar un extranjero invasor, la legftima resistencia a ser esclavizado que le opone un hijo del pa3s invadido! Entre las llamas de que lo cercan en su casa los ochenta esbirros que vienen con el mandato de secuestrarlo, tasajeado su cuerpo por las alabardas espa3olas, muere el gallardo Guaicaipuro peleando su m3s hermosa batalla. Al caer empu3aba la misma espada con que dos a3os antes habfa cafdo ante 3l, El Caballero de la Capa Roja. Fieles a su capit3n hasta el 3ltimo instante, combatiendo a su lado fueron rindiendo uno a uno la vida sus veintis3is flecheros.

No habfa errado la astucia de Diego de Losada. Quebrantada la moral indiana en la significaci3n m3s sustantiva de su vitalidad y de su fuerza, a la muerte de Guaicaipuro sigui3 un inmenso desaliento en las tribus; sigui3 ese estado de enzimismamiento en que el indio solitario, acurrucado en la cresta de un ventisquero, se queda largas horas interrogando en silencio los signos del lejano paisaje. Como si con Guaicaipuro hubiera muerto en ellos la voluntad de lucha, el sentido de la vida, la vocaci3n fnsita del hombre para la libertad, a m3s de rendir las armas muchos, de todas las colinas comenzaron a bajar los

silenciosos rebaños de indios que venían a entregársele sumisamente al encomendero. Pudo entonces repartir las tierras el victorioso don Diego de Losada.

Mas el sadismo de muchos de sus compañeros —alguno de ellos aleccionado en las sombrías ejecutorias del Tirano Aguirre— no aceptaba la ya ensangrentada victoria sin su correspondiente refrenamiento de ignominia. Habiendo llegado a la ciudad quinientos indios mariches a ofrecerles pacíficamente rendición y acatamiento a los conquistadores, hicieron circular los hombres de Losada —maliciosamente y sin evidencia alguna— el rumor de que aquella disposición masiva de los indios a entregarse encubría propósitos conspirativos. Alarmados por el rumor multitud de vecinos de la villa acudieron a Don Diego para expresarle sus temores. Con una carencia de pruebas tan pobre que el propio Losada se vio forzado a abstenerse de dar opinión sobre el caso; en rápido sumario y sin permitirles defenderse, los veintiséis caciques fueron condenados al suplicio de empalamiento, a ese suplicio de indecible bestialidad que consiste en atravesar el cuerpo de la víctima con un palo puntiagudo, hundiéndoselo por el recto hasta sacárselo por la boca o por la cabeza, reventada la osamenta del cráneo. Uniendo al encarnizamiento el sarcasmo de la raza oprimida, dispusieron que el mandato fuese ejecutado no por españoles, sino por indios mismos, por indios de la servidumbre, suerte de lumpen del pueblo indiano a quienes la esclavitud había envilecido.

Más allí, junto al espectáculo de su martirio y de su escarnecimiento, tuvo también la raza ocasión de darle a la historia su más alta lección de nobleza. Y fue que estando entre los sentenciados el cacique llamado Chicuramay, uno de sus súbditos llamado Guaricurían, aprovechando que los verdugos no conocían a sus víctimas,

se adelantó al patíbulo y les dijo: «Deteneos y no quitéis la vida a un inocente; a vosotros os han mandado matar a Chicuramay, y como no tenéis conocimiento de las personas, engañados habéis aprisionado a quien no tiene culpa alguna ni se llama de esa suerte; yo soy Chicuramay». Así fue libertado el cacique,

***En tanto su magnánimo vasallo
tomaba su lugar en el tormento.***

Pero contra los resultados que acaso esperaban los conquistadores de semejantes tácticas de terror, la suma barbarie de sus actos tuvo más bien la eficacia de reavivar el ánimo combativo, y de llevar a sus extremos más agresivos el odio al invasor, en la mayoría de las tribus que aún permanecían firmes, templada además su rencorosa fiera por el ardor y fuerza de caciques como Paramaconi, Sorocaima, Tamanaco, personalidades imperiosas que hacían honor a la herencia de Guaicaipuro. Podía la violencia ser estratégicamente útil como método para repeler el ataque de los contrarios, o para expandir la acción de la conquista allí donde la indiada le oponía una resistencia activa. Pero la violencia viciosa, la violencia sin finalidad, la violencia que solo obedecía a oscuras apetencias de venganza, a un sórdido instinto del gozo en el sufrimiento ajeno; la violencia en fin llevada a términos de sevicia con el contrario ya rendido, tal tipo de violencia no podía redundar sino en la incrementación del rencor entre los todavía no conquistados y el fomento de la rebelión entre los que ya lo habían sido. Así lo comprendió la lucidez táctica de muchos españoles, y comenzaron a discrepar de aquella política que si no siempre aplicada por propia iniciativa, en general toleraba pilatescamente don Diego de Losada. Ahora bien, a tal discrepancia vino a sumarse la inevitable división entre satisfechos y descontentos en que los bandos conquistadores quedaron parcelados a raíz de

la repartición de las tierras. Y así, cada cual por una razón distinta, empezó a tejerse contra la autoridad de Don Diego el complicado aparato de las intrigas, de los conciliábulos en sitio apartado, de esas pequeñas, pero dañosísimas trampas que en el argot de la picaresca política venezolana llamamos «peines». En Francisco Infante, capitán que aprovechó capciosamente la situación para desahogar los viejos resentimientos personales que ya abrigaba contra Losada, tuvieron los descontentos y quejosos su eficaz emisario ante el Gobernador. Sin consultar al acusado, aconsejado tan solo de la versión apasionada y parcial en que el malicioso Infante deformaba los hechos, Ponce de León procedió abruptamente a retirarle a Losada todos los poderes y a reemplazarlo en el mando con la persona de su propio hijo don Francisco de Ponce. Así llegaba al ocaso de su carrera el valeroso pionero de los Llanos y de los Andes, el ajusticiador de Guerrero y Copete, el émulo triunfante de Francisco Fajardo y Juan Rodríguez Suárez, el fundador definitivo de la ciudad de Caracas, el vencedor de Guaicaipuro. Recibido el mandato de destitución —dice Oviedo— «dando cuantas ensanchas pudo al sufrimiento obedeció el despacho y entregado el bastón de mando a don Francisco de Ponce, salió de la provincia de Caracas». Mas no marchó solo: solidarios con él hasta el fin le siguieron muchos de sus capitanes que «por no militar debajo de otra mano ni aprobar con su consentimiento el agravio hecho a su General Diego de Losada, retiráronse a vivir a otras ciudades». Poco después, postrado por el abatimiento y por la fiebre, moría Don Diego de Losada en Barquisimeto. Esto ocurrió por los últimos meses de 1569.

Desasistida la ciudad, así como su puerto, de la cuantiosa fuerza defensiva representada en tantos excelentes guerreros como se fueron con Losada, llevaron los indios a extremos tales el recrudecimiento de sus ataques, que en la mayoría de los pobladores cundió

la idea de batirse definitivamente en retirada, con pérdida de todo lo conquistado hasta entonces, ante la inminencia de una sangrienta derrota que ya daban por segura. Al angustioso hostigamiento que a duras penas soportaban de las tribus costeras y de tierra adentro, vino sorpresivamente a agregárseles en 1570 el asalto de trescientos caribes procedentes de la isla de Granada que llegaron en catorce canoas por el Puerto de Caraballeda. La defensa española tuvo en esa ocasión su inesperado caudillo en la figura de Leonor de Cáceres, valerosa mujer que peleó sola gran parte de la batalla blandiendo la macana que en lucha cuerpo a cuerpo había logrado arrebatarse a uno de los invasores.

Ya en trance la ciudad y el puerto de quedar librados a la furiosa acometividad de la indiada, vino a decidir la lucha en favor de los españoles la figura casi providencial del capitán Garci González de Silva. Hombre de gran arrojo y muchas aventuras, apenas llamado a Valencia donde se encontraba por casualidad, no vaciló en ponerse inmediatamente en marcha hacia Caracas a la cabeza de sus ochenta extremeños. Su táctica, a semejanza de la empleada por Losada con Guaicaipuro, era no distraer sus fuerzas en la pelea con la masa de los indios, sino ir directamente al encuentro personal con los caciques. Para estrenar su método con el que precisamente era el más bravo sucesor de Guaicaipuro, con Paramaconi, el cacique de los indómitos taramaynas, lo acometió por sorpresa una noche en su guarida. Logró sin embargo el indio escapársele saltando por un profundo barranco y derribándolo de paso de un empujón en que Garci González se sintió caer de espaldas en el vacío y tragado por la tiniebla. Mas una vez en el fondo, anonadado por la caída todavía tuvo el español energía para revolverse cuando ya Paramaconi lo levantaba en vilo para batirlo contra el suelo. Y en salvaje combate de cuerpo a cuerpo, en el que sólo se vio el relámpago de la espada de Garci González al levantarse

sobre el cuerpo del indio, le descargó un tremendo tajo que le hendió el hombro y parte del pecho. Dejándole allí tendido volvió con la noticia de haber dado muerte a Paramaconi, pero el vigoroso jefe no había perecido. Un año después bajaba a la ciudad, ya con ánimo de paz, e iniciaba con Garci González una entrañable amistad cuya ternura embellece la memoria de ambos hombres.

Vencidos los taramaynas quedaban por reducir entre las tribus más combativas la de los mariches. Para la expedición que salió a enfrentarlos en 1572, fue elegido Pedro Alonso Galeas, hombre «*de durísimas entrañas*», antiguo compañero del Tirano Aguirre. Asistido por el propio Garci González de Silva y utilizando como baquiano a un cacique traidor llamado Aricabacuto, Galeas se internó por el curso del Guaire hasta caer en tierras del Tuy donde le salieron al paso las gentes de Tamanaco. Triunfantes los españoles después de enconada batalla, de tal manera les impresionó el coraje con que el irreductible Tamanaco insistía en darles él solo combate, que Galeas le ofreció perdonarle la vida si era capaz de ganarle, en lucha sin armas, al perro de presa llamado «Amigo» que siempre llevaba consigo Garci González de Silva. El arrojado Tamanaco, acaso sobreestimando su astucia, aceptó el combate, y en la parodia de circo que le improvisaron —como para que todo evocara las diversiones salvajes de la Roma neroniana—, le soltaron el perro, ejemplar de insólita ferocidad que al saltarle a la garganta logró decapitarlo con una sola dentellada.

A la reducción de los mariches siguió sin mayores luchas la de los ya diezmados y fatigadísimos teques. Por lo mismo que su región había sido el más antiguo bastión de la resistencia indiana, los trece años de continua guerra transcurridos desde los tiempos de Fajardo, les habían consumido sus mejores fuerzas; habían visto caer

uno tras de otro a sus grandes caciques, y de las sangrientas derrotas que a cada paso sufrían sus hermanos de otras tribus, no percibían otros alientos que los que respiran la resignación y la desesperanza. Así se entregaron sin oponer el menor combate, eclipsado por el pesimismo su esplendoroso ánimo guerrero de otros tiempos, casi agradecidos al invasor de que con su llegada les hubiera ahorrado la última humillación de bajar ellos a rendirse, como habían hecho en los días de la muerte de Guaicaipuro los infelices mariches. Con su rendición volvieron los españoles a abrir las minas de oro de San Pedro, abandonadas desde los tiempos del encuentro entre Rodríguez Suárez y Guaicaipuro.

Pero si en la mayoría de las tribus teques prevaleció el ánimo de rendición pacífica, en tierras adyacentes seguían firmes en su rebeldía las gentes de Conopoima, último gran representante de la estirpe guaicaipuriana. La captura de tan belicoso cacique le fue en comendada, según era ya costumbre, a Garci González de Silva; pero luego de buscarlo inútilmente y de matar a muchos de sus hombres, regresaba ya cansado el capitán español trayendo como único resultado de su correría cuatro prisioneros, cuando le salió sorpresivamente al paso el propio Conopoima seguido por multitud de guerreros. Apreciando la inferioridad de sus fuerzas en comparación con las del indio, acudió Garci González al recurso de ordenarle a uno de los prisioneros, Sorocaima, que conminase a los atacantes a cesar el combate, o de lo contrario los cuatro cautivos serían empalados. Sin acobardarse ante la amenaza que implicaba la de perder su propia vida de tan espantosa manera, lo que hizo Sorocaima fue todo lo contrario de lo ordenado. Asumiendo un punto alto del terreno y gritando con toda la fuerza de sus pulmones, arengó a los combatientes a seguir peleando hasta el último hombre. Su valentía soliviantó la furia de los blancos. En castigo de semejante osadía

ordenó secamente el colérico jefe español a sus soldados que cortasen la mano al intrépido. La respuesta de Sorocaima fue tender tranquilamente el brazo para que se cumpliera el castigo. Pasmado ante la serenidad del indio, Garci González vacila un momento y deroga la orden; pero ya los soldados se han apoderado del prisionero y ya, con rapidez y precisión de hábiles cirujanos, han comenzado a desollarle la piel alrededor de la muñeca. A punta de cuchillo le fueron desprendiendo uno a uno los tendones y ligamentos hasta que la mano, todavía moviéndose en contracciones de agonía, cayó al suelo. Como quien recoge una flor o un pájaro que acaba de caer en el campo, allí se inclinó silenciosamente Sorocaima para recogerla, y como la prenda del más alto sacrificio por su patria y por su pueblo, marchó con noble gravedad a ofrecérsela al jefe de su tribu.

Así llegaba a su ocaso la epopeya del valle de los caracas. Pocas tierras de América le habían vendido tan cara su libertad al extranjero, como estos desnudos hijos de la tierra venezolana cuya hazaña de quince años en firme resistencia al invasor, arraiga tempranamente en la historia la semilla que después dará su flor más acabada en la figura de un Simón Bolívar. Los últimos caciques en rendir las armas fueron Conopoima y Acapropocón. Y a las calamidades que siguieron, a las grandes hambrunas que les había comportado la dedicación de todos los esfuerzos a la guerra; a las dolorosas emigraciones hacia tierras donde aún esperaban rescatar la libertad; al apocamiento espiritual que conlleva la conciencia de la derrota, a los trabajos y humillaciones de la servidumbre al blanco, vino a sumarse en 1580, como uno de los aliados más pavorosos de la empresa conquistadora, y su complemento más definitivo, una epidemia de viruelas que arrasó con las últimas tribus.

Levantada sobre ese cimiento de sacrificio nacía la pequeña ciudad. El aliciente de su fundación había sido el oro, pero para acrecentarse pronto con la tierra tenían allí los forasteros la invitación de uno de esos paisajes en que el hombre se siente llamado a las tareas elementales del sembrador y del pastor. En el Ávila conocían el milagro cromático de un monte que no obstante su elevación y majestad, en lugar de infundirle a la villa esa adustez típica de los lugares montañosos, les resultaba más bien el más generoso proveedor de colores. Por el límite sur bordeábala el largo encaje cristalino del Guaire, suerte de río pastor que venía desde el oeste apacentando dóciles y dilatadas campiñas, las que recorría acariciándolas en un curso sin prisa hasta perderse por el este en una lejanía de valles y colinas azules. Desprendiéndose en blanquísimas caudas desde la gran cumbre podía percibirse a la distancia el rumor de las torrenteras, y aun mirarse en los días claros cómo iban hilando sus aguas a medida que la montaña se resolvía en floresta, hasta dar nacimiento a los tres riachuelos que bajaban de norte a sur: el Caroata, el Catuche, el Anauco, y más lejos todavía, en el extremo este, río de nombre tan hermoso como el Caurimare. Todo el año era gozo de flores y colorido. En el verano era la explosión roja de los bucares incendiando las campiñas del sur; o eran en la montaña las vastas manchas de oro de los araguaneyes, la sorpresiva nevada de los apamates blancos, la suntuosa femineidad de los morados, todos los colores graduados y servidos sobre la más rica matización del verde, todo como para una gran fiesta de pintores. Con la estación de las lluvias comenzaban a brotar los cundeamores, los yerbazales y árboles se vestían con las flores de Pascua, y en los remansos y pantanos blanqueaba el taburí, esa flor emblemática de la pureza en cuyo nombre inventaron los indígenas la más bella palabra para nombrar el loto. Entre la gran familia circulante de los tucusos, de los cristofué, de los arrendajos, de los capanegras, entre la bulliciosa población ornitológica que por

entonces coloreaba los aires de Caracas, aún ejercía su poético señorío el taramayna, especie de padre de la patria de los pájaros del que tomó su nombre la tribu de Paramaconi. Era también el valle pródigo en frutas. Por la abundancia de guanábanas que crecía en sus orillas llamaron los indios Catuche a uno de sus ríos; la de papayas dio origen a la denominación de Los Lechosos con que se nombró otro punto de la ciudad, y la de guayabas a la caraqueñísima esquina de Guayabal. Nísperos, mameyes, anones, aguacates, eran el banquete permanente que Caracas prometía en sus grandes fruterías naturales.

Comenzando por los frutos autóctonos de la tierra, cuyo cultivo se habían visto obligados a aprender de los indios en duros días de asedio y de escasez, sistematizaron la siembra de verduras y tubérculos que crecían casi silvestres en el valle. Ingresaron así en su dieta tradicional la batata, la yuca, el ocumo, el mapuey, sólidos alimentos de nombre y rudeza indiana que al asociarse a la gallina, al cochino, a las carnes de cría que ellos habían traído, dieron tempranamente origen a esa forma sustantiva y sabrosa del mestizaje culinario que alcanzó tan noble fama en los sancochos y mondongos de la cocina criolla. Las muestras de riqueza que daba el valle en la opulencia de sus frutos decidieron en los hispanos su vocación de sembradores. Ya en 1600 en las vegas del Guaire y del Anauco ondulaban las espigas de la cebada, y cosechábanse con abundancia el repollo, las lechugas, los higos, la uva y los membrillos. Repletos de habas y garbanzos de Caracas salían del recién fundado puerto de La Guaira los barcos para Margarita, Cumaná y Santo Domingo, de donde traían en trueque aceite, vino y telas. Entre 1588 y 1598, nos cuenta Arístides Rojas, llegaron a ser tan generosas las cosechas de trigo en el valle, que la harina se comenzó a exportar a las Antillas y a Cartagena. Des de aquella época hasta tiempos muy recientes gozó Caracas

de gran prestigio por la calidad de su pan, tan rico de sabor como variado en sus caprichos de elaboración y aliño. Según su forma, su contextura, su tamaño o su condimento, los panes tradicionales caraqueños se llamaron desde entonces hogaza, butaque, sobado, cuaca, rollete, quesadilla, golfiado, María Luisa, chancleta, orejón y canilla de muerto. Como todavía no producían el azúcar, los panes finos como los alimentos, se endulzaban con miel de panales castrados en el propio corral de las casas, y a los postres servíanse junto con los mameyes y chirimoyas del país, las manzanas, naranjas y duraznos que ya se habían aclimatado en las tierras de Macarao. Para las arepas y cachapas del desayuno nativo, que ya los españoles se habían acostumbrado a comer con buen avío de queso fresco fabricado en las vaqueras de Catia o de Las Barrancas, se hinchaban a los extremos del valle los copiosos maizales, buenos también para el sustento de las bestias.

La tierra que tan maternalmente los alimentaba servía también para guarecerlos. Formando cuadrilátero alrededor de la explanada que señalaron como Plaza Mayor, levantaron sus primeras casas, ejemplo de un curioso mestizaje arquitectónico en que la técnica indiana del bahareque tramado con caña amarga, se aplicaba al concepto europeo de la distribución de los espacios. Más que de albañilería parecían por su acabado obra de una alfarería rudimentaria. Eran unas casas esponjadas e hinchonas, con superficies magulladas de abultamientos y redondeces que denunciaban la acción directa de la mano, con paredes que ondulaban al ritmo de los torcidos horcones en que se sostenía su esqueleto; casas que bajo el hirsuto cobertizo de gamelote que les servía de techumbre sugerían desgonzadas carretas de paja puestas en hilera. Por su aspecto general y por sus materiales seguían evocando el primitivismo de la choza indígena; pero contra la diseminación que dispersaba los vecinda-



Versión del cuadro anónimo *Nuestra Señora de Caracas* que muestra la vista más antigua que se conoce de la ciudad. Desde 1766, época en que fue ejecutado, hasta 1876, cuando el gobierno de Guzmán Blanco lo hizo trasladar al Museo Nacional, el óleo original permaneció expuesto al aire libre en la esquina de La Torre, la más céntrica de Caracas. Allí fue objeto del culto de varias generaciones de caraqueños, que cada noche lo alumbraban o se agrupaban en su torno para rezarle a la Virgen tutelar de la ciudad. Tan largo sometimiento a la intemperie no afectó de modo sensible el colorido del cuadro, lo que prueba la técnica vigorosa y segura con que fue ejecutado. Su simplificación al dibujo fue realizada por los dibujantes de *El Cojo Ilustrado*, que lo publicó por primera vez en su edición del 15 de mayo de 1892. En las dos calles paralelas que modulan la perspectiva de la composición, el artista anónimo se distrajo en pintar minuciosamente los cuadros coreográficos de dos procesiones que han salido simultáneamente, tal como se veían en aquellos tiempos en que las fiestas religiosas constituían casi el único tema de recreación que conocían los caraqueños.

rios nativos en regueros de viviendas graneadas por los campos, ya aquí los frentes se sucedían racionalmente unos en otros, y de la línea recta que trazaban en conjunto, daban origen espontáneo a ese signo inicial de toda civilización que se llama la calle. En sus interiores se estrenaba la cultura del baharegue en novedades como los corredores con su patio para iluminarlos y ventilarlos, o como sus anchurosas cocinas en que las elementales topias indianas de tres piedras, se reemplazaron por la técnica más racional de la hornilla. Como había necesidad de alojar a los caballos, para entrar con ellos o para sacarlos de la casa sin perturbaciones para la sala, entre el portón de calle y el corredor se edificó el zaguán. Para comunicar la casa con el exterior conservándole al mismo tiempo cerradas sus puertas, se abrieron las ventanas, las que servían simultáneamente como ventiladores, proveedores de luz, y trinchera o garita en los casos de emergencia.

A favor de la inclinación del terreno, abrieron al principio dos largas calles paralelas que comenzaban por el norte en Catuche y llegaban por el sur hasta el Guaire. Una se llamaba la Calle del Mar, porque enlazaba en su extremo septentrional con el camino hacia La Guaira por el Ávila. En ella, cercana a la esquina que después se llamó de La Bolsa, estableció su casa Garci González de Silva. Fue también la calle en una de cuyas esquinas nacería en 1756 Francisco de Miranda. La otra calle se llamaba de San Sebastián porque pasaba por la ermita que levantó Losada en homenaje al santo flechado. El caudal que tenía entonces el Guaire les permitió construir en el término de una de estas calles, un pequeño puerto al que llegaban en faluchos las legumbres y frutos menores destinados al consumo de la ciudad. Bajaban también flotando en la corriente, las grandes maderas que desde allí se llevaban en mulas hasta los lugares donde se levantaban las nuevas casas. Las calles servían a la vez de acueductos: merced a la pendiente continua

del suelo, el agua bajaba con facilidad desde el Catuche por acequias tajadas en el medio de la calle, y de allí la tomaban los vecinos en grandes ánforas para llevarla a sus viviendas. Los que vivían más próximos a la corriente pedían «paja de agua», o sea el derecho de sangrarla en ramales que llegaban directamente a sus huertos y patios. El agua tuvo la virtud de educar a los vecinos en el amor a las tareas de interés colectivo. Cada sector tenía la obligación de conservar en buenas condiciones el tramo de acequia de que se servía. Tuvo además la de concentrarlos en un núcleo vivendario orgánico y urbanísticamente bien definido —lo que facilita en las ciudades la acción de los servicios públicos— y, finalmente, como el asesor topográfico más experimentado, les señaló con el impulso natural de sus corrientes, la dirección en que podían abrir las nuevas calles. Para mediados de 1636, cuando también se ha construido la Iglesia Mayor, ya al este de la gran plaza han aparecido dos nuevas calles: la de la Otra Banda, llamada después Calle de Catedral, y la de San Jacinto, donde iba a nacer en 1783 Simón Bolívar.

La arquitectura dominante seguía siendo de bahareque y paja cuando llegó a Caracas en 1577 el gobernador don Juan de Pimentel; pero ya se empezaba a trabajar en algunas manzanas con cal, arena y piedra; ya se cocían ladrillos y tejas; ya de los encofrados de madera comenzaban a salir las sólidas tapias que anunciaban la evolución de la aldea provisoria en ciudad estable. Con la llegada de Pimentel se iniciaba una nueva época para Caracas, pues fue aquel el año en que la ciudad fue elevada por real mandato al rango de capital de la Provincia de Venezuela. A pesar de que su administración se vio algunas veces perturbada por los indios que aún quedaban por amansar, Pimentel que no era un guerrero sino un excelente administrador, se dedicó ante todo a estudiar las características humanas, económicas y geográficas del medio en que ejercía su gobierno. Aunque con una



La esquina de La Bolsa en la primera calle de la ciudad, llamada primero Calle del Mar y luego Calle del Comercio. Las casas del ángulo izquierdo fueron demolidas en tiempos de Guzmán para construir lo que después fue Palacio de las Academias, al lado de la Universidad. La foto es de 1868 y probablemente de Lessman, el primer fotógrafo que se estableció en Caracas.

prosa que hubiéramos querido más brillante y animada, compuso sobre Caracas un célebre informe al Rey que lo define como el primero de nuestros cronistas de la ciudad; y junto con su informe en el que inventariaba temas como el clima, la arquitectura, la población y la agricultura, levanta el primer mapa-plano de la Provincia de Caracas y de la ciudad de Santiago de León. En su mapa aparece la ciudad como un pequeño tablero de ajedrez compuesto de veinticuatro manzanas perfectamente cuadradas, y el centro ocupado por el gran cuadrado mayor que forma la plaza principal. Cada manzana ha sido calculada para cuatro casas de las cuales ya sesenta y cinco han sido construidas. En estas casas vivían con sus familias los conquistadores que habían entrado con Losada, parte de los pobladores blancos que

en los primeros días inmigraron desde Borburata y algunos clérigos y frailes. Con las servidumbres y peonadas indias que vivían en los alrededores de la ciudad, la población sumaba entonces unos dos mil habitantes. El asiento de los poderes y casa de los gobernadores ocupaba el lugar donde hoy se encuentra la Gobernación del Distrito Federal en la esquina del Principal, llamada así porque en el otro ángulo de la esquina se estableció el cuartel de la Guardia Principal. Como la ciudad carecía de fondos y además había escasez de fuerzas de trabajo —las que estaban casi enteramente dedicadas a las tareas más urgentes de la agricultura y la cría—, a los ciudadanos que incurrieran en infracciones de las leyes y ordenanzas, la pena que se les imponía era cortar madera y allegar materiales para la construcción de los edificios públicos. Estas penas las aceptaban sin protestar los pobladores blancos, porque en realidad quienes las pagaban eran los indios que trabajaban para ellos. Para pavimentar los patios de las casas usábanse grandes lajas, para los corredores piedras más pequeñas clavadas de canto en apretadas hileras, y en algunas habitaciones interiores ya aparecían los empanelados de ladrillo; pero el material preferido para el piso de los zaguanes eran los huesos de ganado, los que fijados en la tierra muy juntos y simétricamente con la coyuntura hacia arriba, se combinaban a veces con franjas de redondeadas piedrecitas negras para formar las más dibujadas y relucientes superficies. Único tema de regocijo colectivo, y motivo también para airear sus enmohecidos lujos de guardarropía, eran las fiestas religiosas que de vez en cuando reunían a la población en el centro de la ciudad. Festejadas por campanas, salvas de arcabucería, música de vihuela y gaitas, salían en procesión Santiago el patrón de la ciudad, o San Sebastián acogido por Losada como su protector contra las flechas, o el milagroso San Mauricio, a quien atribuían gran eficacia como santo insecticida. Las procesiones eran un piadoso pretexto para celebrar en la Plaza Mayor sus animados juegos de toros, cañas y cabalgatas, deportes viriles a los que seguían los bai-

les y pantomimas con máscaras. Las damas vestían para la ocasión sus más señoriales sayas en pesados damascos o tafetanes ornamentados con acuchillamientos y pasamanería de hilos de oro, y los caballeros armonizaban en sus jubones y ropillas, en sus esponjados calzones de terciopelo o de perpetuán, combinaciones dignas de un Velázquez en que los colores eran el verde manzana y el dorado, el negro y el rosa seca, el carmesí y el marfil viejo. Y no faltaban en el colorido conjunto los abigarrados cuadros de indios que bailaban en el círculo al son de sus tambores y maracas, ornamentadas las cabezas con plumajes amarillos y rojos. En días de mayor regocijo público como el de Navidad, parece que también se organizaban espectáculos de una elaboración artística más complicada, pues citando a un testigo que no menciona la fecha, cuenta un cronista que por aquellos tiempos se vio aparecer en la Plaza Mayor al capitán Pedro Galeas en un carro alegórico que representaba el vencimiento del Tirano Aguirre.

Después de la plaga de langostas que había arruinado la agricultura en 1574, no experimentaron los pobladores otra calamidad pública que el incendio que destruyó en 1579 la ermita de San Mauricio; pero en 1580, sin disponer para su defensa de otro recurso que el de las inocentes rogativas a San Pablo, el valle es cruelmente atacado por un mal desconocido y terrible. Esa fue la epidemia de viruelas que decidió por fin en favor de los españoles la lucha contra los indios, dejando a miles de ellos tendidos por los campos, pero que también diezmo a las tribus ya amansadas y a las familias pobladoras, y al restarle sus mejores brazos a la tierra paralizó la producción.

Para que estas epidemias llevaran a veces sus estragos a magnitudes de hecatombe y tierra arrasada, favorecíanlas no solo su encuentro con vastas comunidades humanas que aún no habían desarrollado sus defensas naturales contra ellas, ni solo la indigencia casi absoluta en

que vivían las ciudades en materia de asistencia social, sino el espíritu supersticioso que dominaba en los españoles para enfrentar las plagas y pestes. Casi intactos habían trasladado a América los usos y ritos del creencialismo medieval, que aún prevalecían en la reaccionaria España de Torquemada cuando ya en Italia, Inglaterra y Holanda se abría paso el luminoso científicismo del Renacimiento. Interpretando las calamidades como explosiones de la ira de Dios, creían ingenuamente poder aplacarlas invocando la abogacía de santos y santas capaces de elevar hasta el colérico Creador su imploración de clemencia. Así las energías colectivas y fondos que pudieran dedicarse a medidas prácticas de sanidad se distraían en procesiones, en misas, en levantamiento de altares y ermitas para los santos elegidos como abogados de la ciudad en momentos de flagelo. El resultado era retardar en el pueblo el advenimiento de una conciencia sanitaria y dilapidarle recursos y cuidados que ha podido dedicar a la preservación de su salud, en el sostenimiento de cultos y supercherías que se multiplicaban con las calamidades. Cada peste y cada plaga tenía su correspondiente antídoto en el santoral, y desde luego cada santo arrastraba su fauna parasitaria de clérigos y cofradías que medraban de la candidez de los devotos. A la plaga de langosta siguió el culto de San Mauricio; a la de la viruela el de San Pablo; contra el gusano del trigo se erigió el de San Jorge; contra los parásitos que arruinaban el cacao, el de Nuestra Señora de las Mercedes; se invocaba a la Virgen de la Copacabana contra las sequías, a las del Rosario y de las Mercedes contra los terremotos, y a San Nicolás de Tolentino contra los ratones que se comían las sementeras. Hasta para preservar a las gallinas de la enfermedad llamada pepita tenían en todas las casas una peana con la imagen de Santa Rosita de Viterbo. Para conjurar las centellas en los días de tempestad se colocaba en el medio de los patios una cruz de palma bendita puesta sobre un plato de agua. Y hasta se inventó un Cristo del más popular origen caraqueño al que acudían en todas las emergencias

y al que dieron el curioso nombre de El Cristo de los Huevos, según la espléndida evocación que nos ha dejado Núñez de Cáceres en su Venezolíaada:

*Un Cristo milagroso en San Jacinto
De extrañas formas y atributos nuevos
Desde tiempos antiguos existía.
De mujer un fustán ceñido al cinto
Llevaba el Santo, y a los pies tres huevos
(Por más extraño que parezca hoy día)
De gallina tenía,
Lo cual solo se ha visto
En aquel santo Cristo.
En el vulgo, por santo, era llamado
El Cristo de los huevos y en fustanes,
Antigua tradición de charlatanes.*

Sin higiene, sin médicos, sin boticarios, sin hospitales, lo que abonaba la fe de aquellas gentes en las intervenciones sobrenaturales, era el hecho de que a pesar de la indefensión en que los sorprendían las grandes calamidades, a la larga lograban sobreponerse a ellas. La voluntad de sobrevivir los llevó tempranamente a asociar a sus rogativas y plegarias los recursos medicinales de la botánica indiana y las técnicas de los piaches, dando así de una vez origen a la brujería criolla de los sahumeros mágicos, a la creencia en los poderes omnidefensivos de la piedra del zamuro, a los cultos hídricos como los que todavía perduran en las botellas de agua colocadas junto a la tumba del Beato José Gregorio Hernández en el cementerio de Caracas. De la nutrida plaga de curanderos por entonces empezó a prosperar a la sombra de las pestes, derivó la ciudad una larguísima familia de curiosos y charlatanes que nos dará su vástago más reciente en la figura del ilustre

Jesús María Negrín, reputadísimo en los años veinte por las curaciones urománticas que ejecutaba utilizando la orina de los pacientes, aunque no tan famoso como su antecesor Telmo Romero, ejemplar pintoresco y bárbaro que prescribía para la locura la trepanación del cráneo con un clavo ardiendo, y cuyo libro «El Bien General» quemaron los estudiantes al pie de la estatua de Vargas en 1895.

La interpretación de usos, costumbres, virtudes y vicios que reúne a forasteros y nativos en la encrucijada cultural de la Conquista, se traduce también desde sus principios en un activo intercambio de enfermedades entre las dos razas. Los españoles aportan la viruela y el vómito negro, importadas a su vez en sus barcos negreros desde el África, y con ellas el sarampión, la lepra y la tisis. Contra la costumbre indiana de bañarse tres y cuatro veces al día, las ideas religiosas de los españoles acerca de la naturaleza impura del cuerpo les imponía un sentimiento de asco y aversión al baño, consecuencias de lo cual —generosamente colaboradas por el clima del trópico— eran las sarnas, los empeines y los sabañones. El país les reservaba por su parte el paludismo (aunque las fiebres de los pantanos ya existían en Europa: no olvidemos que la palabra *malaria* es de origen italiano) así como también la sífilis, la disentería y un tipo de parásito ocular por cuya causa nos dice el Gobernador Pimentel en su informe «que hubo entre los soldados conquistadores quien se quedó sin ambos ojos». A estas enfermedades se sumaba el escorbuto atraído por las deficiencias alimentarias en las largas travesías, las pertinaces pústulas en que degeneraban las heridas de guerra mal curadas, o hambrunas como la que reporta en su libro Fray Pedro Simón, ocurrida en Guayana en 1596, cuando —escribe el fraile— «todos los días muy de mañana, avisaban al Gobernador de los muertos de aquella noche, y salía en persona y decía en voz alta: Vamos a enterrar a los muertos, y hubo veces que metieron en un hoyo, entre grandes y pequeños, doce

y catorce». Simultáneamente cundían entre aquellas gentes las enfermedades ya menos visibles que se derivan de la tensión nerviosa y del miedo. Favorecidos por una mentalidad religiosa que se definía principalmente en la admisión de un Más Allá inexorable, pavoroso y eterno, la imaginación de aquellas mujeres y niños poblábase en las noches con fantasmas de indios suplicados, con seres lívidos y sangrantes que velarían el sueño de los pobladores para venir cumplir su venganza. Pávidas historias narradas después de la cena a la luz del candil de sebo, como la del descabezamiento del Tirano Aguirre o la Mula Maniada que recorría las calles nocturnas en busca de su jinete asesinado, cobraban vida en la tiniebla de los grandes aposentos una vez que se había apagado la última vela. En el canto de la pavita habían trasladado la vieja significación ominosa de la lechuza, pájaro de hechiceras, y en las gallinas que cacareaban de noche creían adivinar agüeros de desgracia, o el anuncio de un misterioso visitante que llegaba a la casa en busca de algún fabuloso tesoro enterrado. El terror contenido estallaba a veces durante el sueño en un largo grito que de garraba la noche, o se manifestaba en súbitas crisis de histeria colectiva de las que no hay noticias en los primeros tiempos, pero sí en el brote que sembró la locura y la desertión entre las monjas carmelitas que vinieron de México en el año de 1732. Como había ocurrido durante el reinado de Luis XIV entre las monjas francesas de Loudum, contagiadas las carmelitas de Caracas de las fantasmagorías que ensombrecían la vida caraqueña de entonces, y acaso exaltada su libido por el clima del trópico, empezaron a verse «todas las noches amenazadas de hombres de poblada barba que llevaban cuernos en la cabeza y abrían las puertas de las celdas; ya de espíritus malignos en forma de jovencitos llenos de gracia que llamaban a las madres en frases suplicantes». Los mismos refinamientos de crueldad con que algunos conquistadores se complacían en martirizar a la indiada no parecen sino síntomas del desequilibrio mental desatado por las pre-

siones del medio, por el constante sobresalto, por los largos períodos de incertidumbre y de angustia.

Aunque fue bastante lo que pusieron los curanderos y curiosos para exhibir el arte de curar como menester de brujos, lo que ortodoxamente se aceptaba como medicina científica tenía en sí mismo mucho de hechicería y barbarie. Aún se empleaban los hierros candentes para cauterizar las heridas, y también los emplastos de cebolla con grasa de perro pequeño. Para la sífilis se estimulaba abundantemente la salivación del enfermo, y luego de administrarle en infusión la corteza del palo brasilero llamado guayaco, se le arropaba hasta la cabeza y se le hacía sudar copiosamente colocándole ladrillos calientes alrededor del cuerpo. El solimán, o sea el sublimado corrosivo, se aplicaba mezclado con miel para tratar las úlceras. Para las mordeduras de animales venenosos y ciertas intoxicaciones seguía usándose sin muchas variaciones la antigua triaca grecoromana que originalmente se preparaba con cocimiento de víbora, pimienta negra, jugo de adormidera, incienso, trementina, goma y miel. Para quitar dolores atribuibles a ventosidades, se le engrasaba la parte afectada al enfermo, luego se le ponía allí una taza boca abajo y en el extremo opuesto de la taza, que quedaba para arriba, se le prendía una mota de algodón enchumbada en aceite, al mismo tiempo que haciéndole mucha presión se corría el recipiente sobre la carne. Dentro de la taza, a causa del calor, se producía el vacío atrayendo con gran fuerza la piel hacia arriba. Este procedimiento era a veces más doloroso que el mal que se trataba de curar con él, y por antonomasia se llamaba la ventosa. No menos molesto era el tratamiento con vejigatorios para la pulmonía, y consistente en anchos emplastos de aceite caliente y cantáridas o mostaza puestos sobre la espalda para levantar ámpulas que se llenaban del líquido supuestamente sustraído del pulmón. Para las enfermedades atribuibles a hechizos



La esquina de El Conde, con la Catedral al fondo, en tiempos de Guzmán Blanco. Por la calidad de su vecindario fue esta esquina durante la Colonia y hasta mucho después, una de las más aristocráticas de la ciudad. En ella, en la casa de alto que se ve en primer término, vivió el Conde de San Xavier, que le dio el nombre. En la siguiente casa hacia el Norte, vivía el Conde de la Granja, y frente a ella edificó a fines del siglo XVIII el gobernador Manuel González Torres de Navarra, el primer teatro de la ciudad. En la acera del teatro estuvo la casa que habitó el Presidente Guzmán Blanco hasta que trasladó su residencia para Antimano. En la casa del Conde de San Xavier se estableció en 1810 el Gobierno del 19 de abril. Desde 1876 funcionó allí el Ministerio de Fomento. Hasta 1935 fue sede de la redacción y talleres del célebre periódico gomecista “El Nuevo Diario”, y en 1936 fue demolida para construir en su terreno el Ministerio de Educación Nacional.

o maleficios se usaron hasta la Colonia los pases, los tocamientos y los escapularios preparados con aquellas reliquias teratológicas de que hace tan curiosa enumeración Núñez de Cáceres en su poema:

*De auténticas reliquias venerables
Jamás andaba la familia escasa,
Que en grande admiración eran tenidas,
De mártires y santos memorables.*

*Calaveras y brazos encontrados
Casi frescos, de hombres conservados
En Tierra Santa y con antiguos sellos
De peregrino errante, o con señales
De Papas o benditos Cardenales.*

*Quien un dedo tenía o mano entera,
Quien toda la mitad de la cadera.
Quien conservaba la sagrada muela
O pelo de una santa en relicario,
O sangre de pagano convertido;
Quien guardaba una pierna o chocozuela,
Reliquias en bendito escapulario,
Quien auténtica pieza de vestido,
O quien en fin metido
En un estuche, el diente
De hermano penitente,
De antiguo anacoreta o ermitaño;
En fin otras reliquias cuyo oficio
Y objeto era curar el maleficio.*

Teníase la cirugía como oficio manual y por lo tanto indigno de ser ejercido por los doctores, o personas de condición, por lo que su ejercicio le estaba encomendado a curiosos y gentes de las clases bajas, especialmente a barberos. La práctica quirúrgica más usual era para casi todas las enfermedades, la de la sangría, la que se ejecutaba cortando una vena y recogiendo la sangre en una ponchera, o bien aplicándole al enfermo un pomo de agua turbia pululante de sanguijuelas que al sentir la proximidad de la carne en seguida se lanzaban a su voraz desangramiento. De Europa habían importado una familia de perfumados medicamentos con venerable antigüedad, como los basados en el calamento, el poleo, la lavanda, el aloe y la ruda; pero también impusieron una farmacopea familiar repugnante como ciertos preparados en que intervenía el excremento humano, o la cagarruta de ratón en leche endulzada, recomendada contra el asma. A los médicos titulares se les decía físicos, y para diferenciarlos de los que ejercían empíricamente se catalogaba a éstos en la categoría de romancistas, así llamados porque dominaban solo la lengua romance, o sea la popular, y no el latín que era el idioma científico de la época. Dentro del estamento inferior de los cirujanos estaban también los algebristas, suerte de traumatólogos primitivos que se especializaban en corregir dislocaciones y cuerdas huidas, y derivaban esa denominación de la palabra álgebra, que en árabe significa reducción. Aun durante el apogeo de la prosperidad colonial, en las proximidades ya de la era republicana, no había dado la medicina caraqueña muchas muestras de haber evolucionado. Al trazarnos el retrato del físico José Domingo Díaz que ejercía en los albores de la Independencia, Juan José Churión describe así sus actividades profesionales: «Fue médico romancista, ducho en flebotomía y albeitar. Para vivir pegaba sanguijuelas, sajaba abscesos tumefactos, rompía maxilares y muelas cariadas; a las niñas cloróticas les daba jarabe de totuma o el apio crudo; la raíz de mato, los enemas de

chiquichique, cañafistola y mastuerzo los aplicaba en las flegmasias; la fruta de burro y la escorzonera en las fiebres pútridas. Cuanto a los jumentos (...) les extraía la java y les curaba el muermo. Era una especie de Negrín *avant la lettre*».

Al principio los médicos ejercían al mismo tiempo la farmacia, pero pronto se disolvió esa dualidad, al admitirse la de boticario como una profesión independiente. Para obtener el título de boticario los requisitos que tenía que llenar el aspirante eran, amén de la experiencia profesional, los de ser blanco, hijo legítimo y jurar que defendería el dogma de la pureza original de la Virgen María.

Como primer médico que llegó a Caracas mencionan los historiadores a don Miguel Gerónimo, a quien ya encontramos circulando por la ciudad desde principios del año 1600. Y el primer hospital, contiguo al templo de San Pablo que se levantaba en el lugar donde está hoy el Teatro Municipal, lo fundaron Martín Rolón y Pedro de San Juan en 1602. Se echaban, pues, casi juntas las bases de la asistencia médica y de los servicios sociales, y al mismo tiempo nacía uno de los puntales de la higiene popular de la ciudad, pues también en 1600, establecida por don Martín de Soler, se fundó en Caracas la primera fábrica de jabón.

Se reponía lentamente la ciudad de la terrible prueba en que la puso el azote de la viruela, cuando el gobernador Juan de Pimentel fue reemplazado en octubre de 1582 por don Luis de Rojas. Al contrario de la ponderación y ecuanimidad que le habían atraído a su antecesor tantas simpatías entre los pobladores, era el de Rojas un temperamento levantisco y autoritario. Rompiendo con una costumbre democrática establecida desde los primeros tiempos de la ciudad, según la cual el nombramiento de los alcaldes era un privilegio de los regidores,

nombrados a su vez por el Cabildo en representación del pueblo, se empecinó el caprichoso Rojas en ser él quien nombrara ejecutivamente a los dos alcaldes de Caraballeda. Para imponer su designio hizo arrestar en 1586 a los cuatro regidores que se le opusieron; y aunque siempre logró nombrar a los dos alcaldes, estos al asumir sus cargos se encontraron con que no tenían a quién gobernar, ya que los pobladores del puerto, declarándose en una especie de huelga general en protesta por aquella arbitrariedad, abandonaron masivamente sus hogares, no quedando en el lugar más que los chasqueados gobernantes y algunos soldados. A esta conducta, que prontamente hizo de él un hombre odiado por el pueblo, añadía don Luis lo que podríamos llamar el lado bueno de su naturaleza, y era su propensión a defender a los indios de los maltratos y crueles batidas de que eran víctimas. Esto le atrajo inmediatamente la animadversión de los conquistadores y encomenderos, que así se veían afectados en el punto más sensible de sus intereses. El resultado fue que en 1589 le llegó a Rojas un sucesor con orden de enjuiciarlo y hacerlo preso; y acosado por las reclamaciones que le llovían de todas partes, se le embargaron los bienes, quedando al fin en tal estado de miseria que coronando la derrota con la humillación, se vio forzado a aceptar limosnas de los mismos que lo habían hundido.

Pocas veces tuvo la Caracas de aquellos tiempos un gobernador tan emprendedor y dinámico como aquel don Diego de Osorio que sucedió en el mando a Rojas. Fundó la primera escuela de la ciudad e hizo empedrar las calles; estableció la regulación de precios y le otorgó además al funcionario encargado de regularlos, la facultad de visitar «todas las veces que le pareciere, todas las tiendas de todos los mercaderes, así de mercaderías gruesas como de menudencias de cualquier condición y género que sean, para ver si las tales mercancías son buenas o si están podridas o corrompidas». De acuerdo con

el Cabildo adoptó Osorio medidas encaminadas a que los dueños de solares contrajesen la obligación de edificarlos, so pena de que los terrenos pasasen a otros propietarios capaces de emprender la edificación. Desamparado por sus pobladores como había sido Caraballeda en los tiempos de Rojas, Osorio tomó en 1603 la medida más imperecedera de su administración, que fue la fundación del puerto de La Guaira. Simultáneamente reunió en Caracas un congreso con representación de las principales ciudades de la Provincia «para que se nombrase persona cual conbiniese para que en nombre de todos, como procurador general, fuese a los rreynos de Castilla a suplicar al rrey nuestro señor y a los señores de su Rreal Consejo de Yndias hiciese merced, para el remedio de sus basallos a las ciudades de esta dicha governación de les conceder para el rremedio de sus necesidades las cosas que pidiesen por instrucción». La designación de Procurador General ante el Rey recayó en don Simón de Bolívar, remoto antepasado del Libertador, en quien por primera vez aparece este ilustre nombre en la historia de Venezuela. No eran ajenos los múltiples talentos de Osorio a los complicados mecanismos de la economía y las finanzas. El problema más apremiante que en este aspecto perturbaba a la ciudad cuando él asumió el Gobierno, era que la absoluta carencia de moneda en el país entorpecía el desarrollo del comercio y de la producción —sobre todo en el renglón de las transacciones menores de la vida cotidiana—, obligándolos a operar por el primitivo sistema del trueque de unas mercancías por otras. Aunque ya desde 1576 se había comenzado a fundir oro en Caracas, la exigüidad de su producción no permitía adoptarlo como valor monetario de uso general; en cambio era la época en que los ostrales recién descubiertos en Las Aves, La Orchila y Los Roques, proveían a la Provincia de copiosa abundancia de perlas. Así puso en práctica el Gobernador Osorio a partir del 22 de septiembre de 1589, su originalísima y poética idea de adoptar las perlas como moneda

útil para todas las transacciones. La significación monetaria de las perlas estaba en relación con su peso, para establecer el cual fueron provistos los comerciantes de unas balanzas especiales.

También en los tiempos de Osorio expandió Caracas sus posibilidades de esparcimiento popular, pues no solo se abren por entonces —en 1590— las primeras tres tabernas que tuvo la ciudad, sino se establece el impuesto de un peso de oro por cada esclavo introducido en la Provincia, para sostener con estos recaudos las hermosas fiestas de Corpus Christi que en aquel año se celebraron por primera vez, y que más tarde llegaron a hacerse clásicas en Caracas con su vistoso paseo del gran dragón de papel y sus espectaculares danzas de gigantes y diablos.

Fue también el tiempo de Osorio aquel en que Caracas fue saqueada por el corsario inglés Amyas Preston. Los constantes asaltos con que el bandolerismo marino inglés de aquella época asediaba las posesiones españolas en América, eran un lejano reflejo de la guerra encarnizada que en aquellos tiempos tenía lugar en Europa entre la Inglaterra isabelina y la España de Felipe II; guerra que tras la aparición de una discrepancia religiosa entre protestantismo y catolicismo encubría en realidad una enconada pugna entre los dos imperios por el dominio del mundo, y en la cual terminó España por perder su armada, llamada hasta entonces La Invencible. A la cabeza de quinientos hombres de su flotilla desembarcó Preston en La Guaira en marzo de 1595, y después de someter el puerto a un saqueo del que no obtuvo sino algunos cueros y una carga de zarzaparrilla, siguió para Caracas. Desde el 1° de enero, el Gobernador Osorio había salido hacia Maracaibo y Trujillo, dejando en cargados del Gobierno a los alcaldes de turno, que lo eran Francisco Rebolledo y Garci González de Silva. Las novedades del puerto se transmitían entonces por medio

de mensajes de humo, fogatas que distanciadas unas de otras venían encendiéndose en orden sucesivo a todo lo largo del cerro, hasta que la última era avistada por los centinelas de la ciudad. Alertados los alcaldes en aquella ocasión del avance de los filibusteros, reunieron todas las fuerzas disponibles en la capital y tomaron el camino real hacia La Guaira resueltos a interceptarles el paso. Pero el previsor Preston tenía en su favor la cobardía de un español traidor llamado Villalpando al que había hecho preso en Cumaná, y quien a cambio de que le perdonara la vida, se había prestado a servirle como baquiano, trayendo a los filibusteros por un camino distinto de aquel por el que les esperaban las fuerzas de la ciudad. Utilizando así la pica de Galipán que desemboca en el río Anauco al este de la ciudad, mientras los españoles lo esperaban por el norte, pudo entrar cómodamente Preston a Caracas, encontrando las defensas de la capital en completo desamparo. La sorprendida población tomó lo que pudo de sus bienes y corrió a refugiarse masivamente con sus esclavos (pues los piratas también acostumbraban robárselos) en un sitio al sur de la ciudad, que por esa circunstancia se llama desde entonces la esquina de El Reducto. La jornada resultó victoriosa para los hombres de Preston, aunque no tan productiva en proventos de saqueo como ellos acaso esperarían, porque Caracas apenas se reponía en aquellos días de un voracísima plaga de gusanos que recientemente había abatido su economía. Pero sirvió también aquel duro trance para que la ciudad diera su primer ejemplo de heroicidad y patriotismo, en la figura de Alonso Andrea de Ledesma, viejo compañero de Diego de Losada, caballero de quijotesca estirpe, que al ver a su ciudad invadida por el extranjero montó su caballo, tomó su lanza y su adarga y arremetió él solo contra los invasores. Admirado de su noble gesto el propio Preston dio orden de que se respetase la vida del hidalgo, pero fue tal la acometividad de aquel nuevo Quijote y tales los daños de su lanza, que los hombres para defenderse se vieron forzados a dispararle, derribándolo de un

tiro de arcabuz. En homenaje de reconocimiento a la hidalguía de tan hermoso gesto, el cadáver de Don Alonso fue traído a la ciudad en procesión por los invasores y enterrado —dice Baralt— «con grandes muestras de honor y respeto». Del cobarde Villalpando, en cambio, recibió la ciudad su primera lección acerca del destino que espera a los traidores. Una vez utilizados sus servicios, completando su triste papel de Judas de la jornada fue colgado de un árbol por los mismos a quienes había servido.

Al darse cuenta los alcaldes del chasco de que les había hecho objeto el astuto inglés, bajaron apresuradamente el cerro, dispuestos a hacerle frente en la ciudad. Mas para esta eventualidad también había tomado Preston sus medidas, haciéndose fuerte en las casas del Cabildo y principalmente en la Catedral; allí sabía que por respeto a la majestad del lugar los españoles no se atreverían a atacarle. Allí se mantuvo inexpugnable desde el 29 de mayo hasta cuatro días después, cuando decidió retirarse, llevándose considerable botín y dejando a su paso numerosas casas en llamas.

La historia de Caracas recuerda con especial gratitud los incesantes empeños del gobernador Osario por impulsar su progreso y el amor de hijo más bien que de gobernante con que se desveló en servirla. El apego casi filial que lo llevó a empedrarle sus calles a la ciudad, a dotarla de educación, a estructurarle un sistema monetario, a enviar un delegado a España para que impusiese al Rey de sus principales necesidades, y hasta a organizarle sus diversiones, tal apego resulta tanto más admirable en él cuanto que aquellos funcionarios —los gobernadores y los Capitanes Generales— actuaban con sujeción a leyes que propendían no solo a hacerlos sentirse como extranjeros en su jurisdicción, sino a cultivar en ellos la indiferencia y la apatía hacia las comunidades cuyo gobierno se les encomendaba.

Las leyes españolas, en efecto, para mantenerlos como al margen de las sociedades que aquellos hombres gobernaban, privábanlos de establecer con el medio gobernado cualesquiera de aquellos vínculos de fraternidad, de amistad o de amor por medio de los cuales se atan sentimentalmente los seres a la tierra en que viven. Solo muy excepcionalmente permitíanles casarse, tanto a ellos como a sus hijos; les estaba prohibido figurar como padrinos en los bautizos y asistir a los entierros. Y la contravención a cualquiera de estas normas podía acarrearles, a más del inmediato reemplazo, un llamado juicio de residencia que si perdían les significaba la pérdida de la opción para obtener un nuevo empleo. Los resultados de semejante política eran el mecanismo y la tiesura en la acción de los gobernantes, y con frecuencia degeneraban en las más escandalosas manifestaciones de desprecio a una sociedad que por serles ajena no les merecía consideración alguna. Este fue, por ejemplo —y para no mencionar sino uno— el caso de don Juan José de Cañas y Merino, Gobernador de Caracas entre 1711 y 1714. Atrevido y vicioso, era Cañas aficionado a corromper doncellas de corta edad, eligiendo preferentemente a sus víctimas entre las huérfanas, para eludir dificultades. Para estos afanes contaba con la incondicionalidad de los policías, que actuando de proxenetas sacaban por la fuerza a las niñas de sus casas para ponerlas a merced del Gobernador. Llevando su perversión a los máximos extremos, se trasladó Cañas una vez a La Guaira y allí por medio de la policía hizo reunir a todas las mujeres blancas que fuesen jóvenes y solteras; y una a una las fue poniendo en confesión —dice un historiador— «para que declarasen si habían cometido alguna falta contra la honestidad». En vista de que todas se declaraban vírgenes, sacó entonces Cañas de su bolsillo una cinta «que dijo ser enviada por S. M. el Rey, bendita por el Papa y que tenía la virtud de hacer conocer la pureza de las mujeres. Ante aquel talismán, que las pobres chicas creyeron tener tal poder, cada una fue confesando

su falta en alta voz, antes que la cinta la denunciara». Así pudo asegurarse Cañas una provisión constante de muchachas utilizando las armas del chantaje, y así, para decirlo de una vez, dio origen a los famosos prostíbulos de Muchinga en La Guaira y de El Silencio en el centro de Caracas. Aficionado a la práctica de deportes bárbaros en la que le acompañaba toda la cuadrilla de truhanes de que se había hecho rodear, Cañas estimuló grandemente las coleadas de toros en las calles de la capital. Y como novedad deportiva que según otro historiador fue «muy del gusto de los habitantes de Caracas, inauguró en la plaza de La Misericordia las carreras de gatos y patos, las cuales presidía él mismo ataviado a la usanza flamenca de la Edad Media, con adarga de cuero guarnicionada de plata y lanza con banderola». Fue además un consumado contrabandista; para vender la mercancía que introducía de matute desde Curazao, estableció su propia tienda y en la relación del juicio que le siguieron después cuando fue destituido, consignan los ediles con candoroso asombro, que «hasta la ropa que usaba Cañas, era introducida al contrabando». Hasta el siglo pasado, en la ocasión del día de San Juan, se practicaba en la calle caraqueña de ese nombre —hoy Avenida San Martín—, el deporte conocido como «correr gallos». En un espacio despejado se levantaba un arco de viguetas a cuyo centro se colgaba por las patas un gallo vivo que así quedaba con la cabeza para abajo. De la distancia se desprendía un pelotón de jinetes corriendo a todo lo que dieran sus caballos, y el ganador era el que al pasar lograba, de un solo manotazo, arrancarle la cabeza al gallo. En una variante mucho más bárbara de este juego, las víctimas eran pollos a los que se enterraba en el camino de los jinetes dejándoles la cabeza afuera, con el mismo propósito de que se la arrancaran al pasar. Esta fue otra de las costumbres que le dejó Cañas a Caracas como herencia de su gobierno.

Todavía en los tiempos del Gobernador Osorio veíanse muchas casas con techo de paja; pero ya en los edificios religiosos que iban surgiendo, comenzaba a columbrarse lo que iba a ser la arquitectura colonial de Caracas. A cambio de una importante donación otorgada en tiempos del Descubrimiento por el Papa Alejandro Sexto a sus paisanos los Reyes Católicos, contrajo España la obligación de catequizar en la fe cristiana a las naciones que conquistase en el Nuevo Mundo. Ello es lo que explica que en todas las ciudades fundadas en América por los españoles, las primeras edificaciones que surgieran, aun antes de los edificios destinados al Gobierno, fuesen las ermitas, los templos y los conventos. Ya vimos cómo en los mismos días de la fundación de la ciudad en 1567, emprendieron los conquistadores simultáneamente la construcción de la Iglesia Mayor y la de la Ermita consagrada a San Sebastián. En 1569, víctima la ciudad de una plaga de langosta, se erigió una capilla consagrada a San Mauricio, elegido por la comunidad como su defensor contra la plaga. Entre los años de 1578 y 1579 comenzó a construirse el convento y templo de San Francisco, que en sus principios fue levantado en bahareque. En 1580 se funda la Ermita de San Pablo, a la que se anexó en 1600 el primer hospital de la ciudad. Alrededor del mismo 1600 se funda en San Jacinto —frente al lugar donde se iba a levantar después la casa de Bolívar— el primer convento de la ciudad, que fue el de los monjes dominicos. En 1637 funda doña Juana Vilela el Convento de las Monjas Concepciones en el lugar que desde entonces se llamó Esquina de Las Monjas, y cuyo recinto fue demolido para construir en sus terrenos el Capitolio Federal. En 1638 se construyó al Norte la iglesia y convento de Las Mercedes, destinado a hospedería de los frailes de esa orden. En 1675 estaba ya adelantada al sur de la Plaza Mayor la construcción del Seminario de Santa Rosa, en cuya capilla, que ocupaba la esquina donde hoy se encuentra el Concejo Municipal, se firmó en 1811 el Acta de la Independencia. En 1696 fue construida la iglesia de Santa Resalía por

iniciativa del Obispo Diego de Baños; en 1708 comienza a edificarse la de Candelaria, como homenaje de los isleños canarios residentes en la ciudad, a la Virgen patrona de Tenerife. La iglesia de La Pastora fue edificada en 1745 y la de San Juan en 1748 por una congregación de frailes capuchinos a los que debe su denominación esa zona de la ciudad. En 1770 se certifica la fundación del Oratorio de San Felipe Neri, primer gran centro musical de Caracas y de cuyo jardín de cipreses tomó su nombre la esquina donde está hoy el Teatro Nacional.

A la Iglesia Mayor le fue trasladado en 1637 el rango de Catedral que hasta entonces había ostentado la de Coro: puesto que la Capital de la Provincia se había mudado a Caracas, era natural que la Catedral, como su signo espiritual más importante, también se trasladase. La ceremonia simbólica por la que la Iglesia Mayor quedaba consagrada como Catedral, ha sido recogida en toda su emocionante sencillez y belleza por la prosa de Enrique Bernardo Núñez: «El 16 de marzo el deán don Bartolomé Escoto y el chantre don Domingo Ibarra, revestidos de blancas capas pluviales, acompañados de don Gabriel Mendoza, vicario, juez eclesiástico y comisario del Santo Oficio, y de otros eclesiásticos y seglares, tomaron posesión de la Catedral. Abrieron y cerraron el Sagrario. Sentáronse en sus sillas de prebendados, abrieron en la capilla de Santiago destinada a los cabildos, el cajón donde estaban depositados los libros capitulares, y arrojaron monedas desde la capilla mayor».

La Catedral, como todos los templos de la ciudad, tenía anexo su cementerio, y tenía igualmente en los sótanos de la sacristía, una cárcel destinada a los curas que delinquían y que servía también para recluir a los que se volvían locos. El tragaluz de esta cárcel puede verse todavía —hoy tapiado por dentro— en la base de la pared de la Iglesia que cae sobre la Plaza Bolívar, entre las esquinas de La Torre y

Las Gradillas. Desde sus primeros tiempos, la Catedral fue utilizada para efectuar los cabildos abiertos o aquellas asambleas cívicas que reunían concurrencia numerosa, dando así origen a una de las más antiguas tradiciones de la ciudad: la de celebrar en los templos actos de naturaleza no religiosa. En este sentido es el de San Francisco el templo más entrañablemente vinculado a nuestra historia civil. Fue en su recinto donde, aplaudido y vitoreado por inmensa multitud, le fue conferido a Bolívar el título de Libertador el 14 de octubre de 1813; y fue allí también, el 2 de enero de 1814, donde en momentos de incertidumbre y de peligro, le reiteró el pueblo su confianza al grande hombre, y este en respuesta a la fe depositada en él formuló la solemne promesa que tan brillantemente supo cumplir: «El honor a que únicamente aspiro es el de continuar combatiendo a vuestros enemigos, y no envainaré jamás la espada mientras la libertad de mi patria no esté completamente asegurada». Mas el recinto que fue entonces escenario de apoteosis lo iba a ser más tarde del más miserable acto de apostasía que haya manchado la historia de Venezuela. He aquí entonces ese turbulento año de 1829, cómo las mismas naves del templo que habían recogido en el 14 las vibrantes vivas al Libertador, se estremecen con los insultos infligidos a su gran figura, con las calumnias que llueven sobre su esclarecido nombre, tanto más cobardes cuanto que el agraviado se hallaba ausente. Si la causa que se defendía pudo haber sido en principio justa, los mecanismos de insidia que allí se pusieron en juego contra el crédito de Bolívar la dejó marcada de ingratitud desde su nacimiento mismo, y asocia trágicamente el nombre de San Francisco a aquel momento confuso, controversial y sangriento, en que se disolvió la confederación gran-colombiana y Venezuela devino república independiente. Decretada la clausura de conventos de hombres en 1837, el convento de San Francisco pasó a ser utilizado para las reuniones del Congreso hasta la fecha en que fue construido el Capitolio. Posteriormente Guzmán

Blanco le hizo modificar su arquitectura, sustituyéndole su vieja fachada hispánica por un estilo gótico de relojería, y en sus claustros quedó instalada la Universidad Central.

Al mismo tiempo que su valor histórico y sentimental como cuna de las más antiguas tradiciones populares de la ciudad, como escenario de la historia y como símbolo proverbial de la espiritualidad caraqueña, en la arquitectura de San Francisco, en su decoración y en su utilería, representó Caracas su contribución más pura y orgánica a la época del arte barroco. Sin los retorcimientos ni el frenesí ornamental que en muchas iglesias de México o del Perú sirvieron para abonar la conocida definición de ese estilo como el de la «arquitectura que se pone a hacer contorsiones», era el de San Francisco un barroquismo sosegado y liviano, concebido con un criterio de los espacios y de las formas que debió traducir en términos de espiritualidad el impulso de belleza que los recursos materiales no permitían expresar en primores de artesanía. Orgullo de la vieja arquitectura caraqueña y muestra excepcional del Barroco de Indias, fue el encantador retablo que constituía su imafrente, hasta que la manía modernizante del general Guzmán Blanco lo hizo sustituir por otro de un gusto romántico barato, y con la misma irresponsabilidad estética se le cambió por un dispendioso piso de mármol italiano su empanelado original de ladrillos, tan noblemente curtido por las velas de varias generaciones de caraqueños.

La proliferación de las órdenes, cofradías y sociedades religiosas llegó a ser una de las primeras calamidades públicas de Caracas y también uno de los componentes más pintorescos de su folklore religioso. Había monjes como los de San Francisco que eran intelectuales y artistas y para sostenerse cultivaban pequeñas granjas, o como los dominicos de San Jacinto que además de una hilande-

ría cerca del Anauco, establecieron una fábrica de tejas en el lugar de la ciudad que por eso se llamó la esquina de El Tejar. Pero junto a estas cofradías industriales y prósperas, azotaba a la ciudad la gran mayoría de las hermandades que vivían exclusivamente de las limosnas, de lo que les pagaban por contribuir con su asistencia a dar les espectacularidad a los entierros y principalmente de los competitísimos negocios en que convirtieron las procesiones. El criterio clasista y racial que impusieron los españoles para calificar a los grupos humanos, penetró desde muy temprano estas cofradías que se organizaban según su color y la categoría que sus componentes ocupaban en la larga escala de matices sociales que va de los blancos puros a los negros tintos, pasando por las matizaciones de los indios, los mulatos y los zambos.

La crema femenina de la aristocracia mantuana se recluía en el Convento de Santa Rosa, en cuya comunidad no se admitían sino personas blancas, de conocida limpieza de sangre, sin mezcla de moro o de judío. Los negros y mulatos se agrupaban en San Mauricio bajo la advocación de San Juan Bautista. Los de Altagracia, como los más pobres entre la vasta población de hermandades, tenían una fama ominosa: eran los encargados de salir a pedir limosna por la ciudad para sufragar el enterramiento de los reos ajusticiados en la Plaza Mayor. Como todas estas órdenes y cofradías vestían hábitos de colores distintos —y a veces eran varios colores combinados en un mismo hábito—, las procesiones, y singularmente los entierros en que se juntaban varias de estas hermandades, adquirían por la profusión de colores un aire verdaderamente carnavalesco. Colorido que sin embargo no contrastaba, sino que más bien se complementaba con la teatralidad y ostentación de aquellos magníficos sepelios coloniales en que el cadáver, tendido en adornadísimo cofre sin tapa, y apenas velado por una pieza de tul, iba ricamente maquillado y vestido como un ma-



En la primera calle de la ciudad, el antiguo edificio del Ministerio de Hacienda, levantado en el lugar donde existió el Convento de las Carmelitas, que dió nombre a esa esquina de Caracas en la más antigua de sus calles. El convento había sido refaccionado bajo la primer mandato de Guzmán Blanco, para establecer las oficinas de la Tesorería, y el gobierno de Cipriano Castro lo hizo demoler en 1906 para construir el ministerio de hacienda, que a su vez fue demolido para levantar allí el edificio del Banco Central de Venezuela.

niqué, y sostenidos los párpados con dos palitos para que se mantuvieran abiertos los ojos, a los que para que no perdieran el brillo se les ponía un colirio de miel. Celebrados los funerales en la iglesia, el cadáver era pasado a otra caja, esta sí con tapa, en la que entonces era enterrado bien en el templo mismo, bien en el cementerio contiguo según su categoría, y a continuación como parte de los ritos funerarios de la época, procedía el más cercano de los dolientes a repartir monedas entre los pobres. De allí la turba de mendigos y de hermanos de todas las cofradías mendicantes que pululaban en los entierros cuando el difunto era una persona principal.

De las constantes procesiones con fines de lucro que circulaban día y noche por la ciudad, llegaron algunas a hacerse famosas por

la agresividad pandillesca que adquirirían cuando dos se encontraban en una misma calle. El viejo uso caraqueño de decir que algo terminó con la procesión del Rosario —para expresar que acabó desastrosamente— viene precisamente de las batallas callejeras de farolazos y pedradas en que indefectiblemente epilogaba la procesión a la Virgen de este nombre. Esta salía por las noches del convento de San Jacinto, y con su acompañamiento de músicos y cantantes se iba parando de puerta en puerta, donde a petición de los vecinos cantaban todos a manera de serenata, alguna pieza religiosa por la que se les daban recompensas en dinero. Tal es el origen de los músicos ambulantes caraqueños que se llamaron cañoneros —porque amenizaban sus actuaciones haciendo detonar un pequeño cañón de bambú— y que todavía vemos salir por algunos barrios de Caracas en los días de Navidad. Las frecuentes perturbaciones del orden público en que degeneraban las procesiones del Rosario cada vez que salían, dieron motivo al Juez Provisor de la Obispalía de Caracas para prohibirlas definitivamente en 1767. Ocupación constante del gran mundo social y motivos para exhibir sus modas y sus esclavos que les acompañaban vestidos de coleta los hombres y batones de lienzo las mujeres, eran las procesiones más aristocráticas de la Semana Santa en que salía la Virgen de la Soledad. Allí, dicen los elegantes versos de Núñez de Cáceres.

*Los nobles como olímpicos paujjes
Calzando sin tacones borceguies
Mostraban en capotes y casacas
Ser la gente escogida de Caracas.*

No tenían asientos las antiguas iglesias de la ciudad sino exclusivamente para las autoridades principales, así como para los conquistadores y sus descendientes que gozaban de puestos fijos e intransfe-

ribles, y algunos magnates que pagaban a la Iglesia cuantiosas sumas por el privilegio de tener en qué sentarse durante las ceremonias. Las damas de calidad asistían al templo acompañadas de una joven esclava, negra o mulata esta, que las seguía llevándoles un pedacito de alfombra usado por la señora para sentarse o para arrodillarse durante la misa. Sobre la humanidad de estas pobres esclavitas recaían todas las faltas e imprudencias que cometían sus amas, por lo que la ironía popular las designaba como las paga-peo. Al decretarse en 1854 la abolición de la esclavitud, muchas de estas jóvenes, retenidas por la fuerza de la costumbre, siguieron fieles a sus amas y continuaron acompañándolas a la iglesia, siempre llevándoles la alfombrita. Interpretando esta actitud como desprecio a la libertad que tanto habían anhelado, y hasta como voluntad de aquellas esclavas de aparecer como superiores a sus hermanos de clase y de raza, resolvieron muchos de los que aceptaron la libertad dar a aquellas muchachas un ejemplar escarmiente, y un domingo de 1855 a la hora de la misa de diez, se apostaron a esperarlas en la esquina de San Francisco. A todas las que iban llegando en seguimiento de su ama les arrebataban la alfombra y con ella le propinaban una soberana felpa, poniéndolas en atolondrada fuga y sembrando el pánico entre todas las personas que asistían a la iglesia. El episodio, digno del bonito ballet caraqueño que todavía no se ha escrito, pasó a la historia de la ciudad como la Guerra de las Alfombras.

La ermita de San Sebastián, fundada por Diego de Losada, se levantaba en el lugar que hoy ocupa la Santa Capilla; la de San Mauricio estuvo en la esquina diagonal del sitio donde hoy se encuentra el Correo, en lo que se llamó después esquina de Las Carmelitas. Al incendiarse la ermita en 1579 la imagen del santo patrono fue trasladada a la de San Sebastián, por lo que este lugar adoptó desde entonces el nombre de esquina de San Mauricio. Una viejísima tradición

popular sin confirmación histórica sostiene que fue en esta ermita, cuando todavía se llamaba de San Sebastián, donde tuvo lugar la primera misa celebrada en Caracas. El edificio quedó en ruinas a raíz del terremoto de 1812, hasta que los escombros fueron demolidos para levantar en 1883 la Santa Capilla, que fue construida en el breve término de tres meses. La inauguración de la nueva iglesia fue parte de los números programados para conmemorar el centenario del nacimiento del Libertador. Reflejo fidelísimo del gusto afrancesado que dominaba en todos los órdenes la vida caraqueña de entonces, su estilo, su estructura y hasta su nombre mismo, fueron una copia exacta de la Sainte Chapelle que existe en París desde el siglo XIII. La inauguración de la Santa Capilla por Guzmán Blanco tuvo una significación política más que religiosa, pues le sirvió a aquel mandatario para restablecer definitivamente sus relaciones con la Iglesia Católica, cuyos intereses desde los mismos días iniciales de su primer gobierno en los años del 70, había golpeado dura y sucesivamente al intervenir los bienes del clero, clausurar los conventos de monjas, expulsa a dos obispos y tomar la iniciativa de crear una Iglesia Venezolana independiente de Roma, y con curas designados electoralmente por la feligresía. Ya desde 1876 Guzmán había dado un paso importante hacia la rectificación de su política anticlerical, halagando al catolicismo con la construcción de los dos templos gemelos de Santa Teresa y Santa Ana, doble basílica de estructura monumental a la que dio esos nombres en homenaje a su esposa la hermosísima doña Ana Teresa Ibarra. Mas cuando se emprendió la construcción de la Santa Capilla todavía, a pesar de su demostrada voluntad de rectificación, pesaba sobre Guzmán Blanco su condición de masón y sobre todo su ideología liberal, la que había sido anatematizada por el Papa Pío IX, como lo fue después la doctrina comunista. La habilidad política de Guzmán Blanco supo no obstante —sin renunciar a ninguno de sus principios— arreglárselas para quedar bien

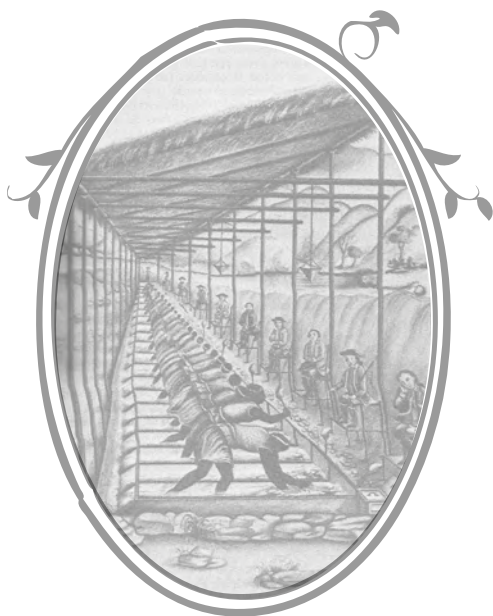


La esquina santa Rosalía, una de las más antiguas de la ciudad.

por una parte con la masonería, a la que regaló un templo en 1876, y por la otra con el clero, llegando sus relaciones de cordialidad con la Iglesia al extremo de que con motivo de la inauguración de la Santa Capilla, recibió del Papa León XIII la Condecoración de Caballero de Primera Clase de la Orden de Pío, y además fue expresamente exonerado por aquel pontífice «de cualquier sentencia eclesiástica de excomunión o entredicho» en que hubiera podido incurrir. La Santa Capilla sufrió grandes averías con el terremoto de 1900, y al restaurarla su estilo original le fue modificado.



*Esclavos
y otras cosas*



Los primeros esclavos de origen africano que llegaron a Caracas, vinieron en muy contado número como sirvientes domésticos y peones de los conquistadores; pero la primera partida de esclavitudes, considerada ya como fuerza orgánica de trabajo destinada al incremento de la producción, no ingresó hasta los años de 1600, para trabajar en el cultivo y elaboración de la caña de azúcar, que también se introdujo en esa época. Originaria de Bengala, la caña desde la Edad Media había sido llevada a Europa por los hombres de las Cruzadas; de España, que la cultivó en las Islas Canarias, la trajo Colón a Santo Domingo, y de allí la importó a Caracas el capitán poblador don Juan de Guevara, que en 1609 estableció en las riberas del Anauco su primer trapiche. La caña, pues, de remotísimo origen y los hombres que la producían, de origen no menos remoto, venían así a reunirse en la tierra de Caracas para darnos, en el papelón, el más típico producto de nuestro mestizaje cultural. Asociado a su vez a los frutos propios de la tierra como el maíz, la batata, la lechosa, el cacao, y combinando las ciencias gustativas de las tres razas que intervinieron en su elaboración, del papelón saldrá la larga familia criolla de las golosinas populares, de los caratos y dulces con que Caracas celebra sus fiestas caseras tradicionales, de los gofios, los pandehornos, las catalinas, tortas burreras y piñonates que aún venden a la puerta de las escuelas nuestros dulceros. Los dulceros aportan por su parte la melodía diáfana y espontánea de sus pregones —los que solo esperan una solícita mano de artista para perennizarse en el pentagrama—, y ahí tenemos ya estructurada una cultura del dulce que viene desde sus manifestaciones más primarias en la elementalidad de la tierra, hasta su expresión más espiritualizada en forma de arte. Mucho de melancolía indiana, de languidez y ritmo negro, así como de perfume de antiguo trapiche criollo —con evocación también de los nemorosos «polos» hispánicos— respira, por ejemplo, el pregón que hizo famoso al último de los pandehor-

neros de Caracas, el que hasta 1945 circulaba todavía por las calles nocturnas de La Pastora o de San Juan:

*Va el pandehorno,
va el pandehorno,
va el pandehorno abizcochao,
el que comen los muchachos
cuando están enamoraos...
¡Pandehornero!...*

Nunca fueron demasiado numerosas las esclavitudes introducidas en el valle de Caracas en los primeros tiempos de la ciudad, pues los pobladores en su mayoría eran pobres y los esclavos caros. Un esclavo de buena calidad costaba alrededor de dos mil reales, más un peso de oro fino de impuesto por introducirlo, lo que en conjunto resultaba una suma casi prohibitiva para un hacendado de mediana posición. De tales precios viene la costumbre caraqueña de decir que una cosa vale un negro con su cachimbo, para expresar que es demasiado costosa. Alguno que otro negro, sin embargo, lograba rescatar su libertad por el procedimiento de comprarse a sí mismo; esto es, restituyéndole al amo la suma que este había pagado por él. Mas la tal libertad no les significaba socialmente mucho, porque, como apunta Gil Fortoul, «el color era marca perenne de inferioridad». Libres o esclavas, a ninguna mujer negra o mulata se le permitía usar prendas de oro, ni perlas, ni vestir de seda, ni tampoco llevar mantos de burato ni de otra tela, «salvo mantellinas que lleguen poco más abajo de la cintura»; y solo si estaba casada con español le estaba permitido usar limitadamente unos zarcillos de oro con perlas, una gargantilla y en la saya un ribete de terciopelo, exponiéndose si se pasaba de estos lujos admitidos, a la pena de que «se les quiten y pierdan las joyas de oro, vestidos de seda y mantos que trajeren».



Además de estas restricciones, a hombres y mujeres de color, por libres que fuesen se les prohibía casarse con quien no fuera de su misma raza, usar armas y andar de noche por la calle. Llevando esta legislación arbitraria al colmo del abuso, el gobernador Sancho de Alquiza les impuso en 1610 a hembras y varones, la obligación de pagar un impuesto anual por el solo hecho de ser negros o mulatos.

Del tratamiento despectivo que se daba a los negros, a los mulatos y a los pardos —los cuales llegaron a constituir la mayoría de la población— viene la familiar costumbre caraqueña del tuteo. El tratamiento respetuoso de Don antepuesto al nombre era un privilegio exclusivo de los españoles, y aunque a fines de la Colonia se les concedió a los criollos el derecho a su uso, estos para poder disfrutar de él, tenían que comprarlo. Únicamente los blancos de probada pureza de sangre podían militar en la Guardia Real, mientras que, las gentes de color o mezcladas solo podían ingresar en el cuerpo policial llamado las milicias, y esto sin opción a obtener una graduación mayor que la de capitán.

Las variadísimas mezclas y submezclas raciales que en conjunto componían el gran potaje étnico de la sociedad caraqueña, dividieron desde muy temprano a la sociedad en castas que según sus ingredientes originales se clasificaban como los españoles, los criollos, los blancos, los negros, los indios, los mestizos, los mulatos, los zambos, los pardos, los cuarterones, los quinterones y los salto-atrás.



Avisos sobre esclávos prófugos en la «Gazeta de Caracas».

Los sentimientos de rencor social que acumulaba semejante división de la sociedad en grupos y estamentos raciales, degeneraron muy pronto en la formación de temibles pandillas, cada una capitaneada por su guapo de barrio, y que fueron durante mucho tiempo azote de las parroquias de Caracas, a las que asolaban con sus espantables «avances de piedras», sus pleitos callejeros a garrote limpio, o con sus bulliciosos joropos que indefectiblemente epilogaban con el clásico palo a la lámpara. Especialidad de estas turbas durante la Colonia y hasta mucho después, era llegar en tumulto a la casa en que la gente principal de la ciudad daba algún baile, y acabar la fiesta a piedras o arrojando por la ventana sustancias pestíferas, perros muertos y toda clase de materias inmundas. A este pelaje de bandidos perteneció a fines del siglo XVIII un tal Manuel Barboza, alias *Curazao*, de memorable figuración en la historia de nuestras fiestas terminadas en zipizape. Con mucha gracia ha relatado Benito Figueredo cómo la hueste de *Curazao* acabó de belicosa manera con el baile que el 7 de septiembre de 1784 dio en su casa el brigadier don Manuel González en honor del Conde de Gálvez. Siguiendo una costumbre muy de aquella época caraqueña, varias familias vecinas del Brigadier sacaron una mesa a la calle y la colocaron al pie de la ventana para subirse en ella a ver mejor el baile. «Cuando más distraídas estaban sobre su mesa —copia el cronista— viéronse acometidas por una partida de pardos y de negros, que estrujándolas e insultándolas la emprendieron también

contra los de adentro, resultando entre los magullados don Miguel de Berroterán, Marqués del Valle de Santiago, y don José de Ibarra». La bronca se agravó al advertir uno de los señores que se encontraban en la barra cómo uno de los pandilleros, mientras sus compinches atacaban a los danzantes, se aprovechó de la confusión de todos para mirar por debajo de la ropa de una de las señoritas que se hallaban de pie sobre la mesa.

Todavía más cerca de nuestra época está el baile que ofreció el general Guzmán Blanco el 14 de agosto de 1869, cuando la fiesta vino a ser estrepitosamente interrumpida por la pandilla de los célebres Lyncheros de Santa Rosalía, así llamados porque proclamaban la práctica del linchamiento a los liberales; y aunque aparte de amedrentar a los invitados y sembrar la angustia entre las damas, no causaron desgracia alguna, fue tal la magnitud de amenaza que asumió el asalto, que el distinguido anfitrión se vio forzado a refugiarse en la Embajada de los Estados Unidos.

Curiosamente aquel *Curazao*, al mismo tiempo que una especie de profesional de la pendencia, figuraba como mayordomo de la Cofradía de la Caridad, de gran fama en Caracas como la cultivadora más constante y activa de un teatro popular que prolongaba para nuestra ciudad las más encantadoras tradiciones hispánicas de los Misterios, pasos escénicos y autos sacramentales. Lo mismo que en España, al principio celebraban los caraqueños estas representaciones en el recinto de las iglesias, pero pronto debieron ser desalojadas a causa de los irreverentes escándalos del público, el que con frecuencia sancionaba la mala calidad de los actores arrojándoles arepitas y naranjas, o bien regando malignamente polvos de pimienta para hacerlos estornudar. Como las actuaciones al aire libre de las plazas exponían a los grupos a riesgos todavía mayores,

sus mayordomos optaron al fin por trasladarlas a casas particulares cuyos patios y corredores se acondicionaron con escenarios y asientos, instituyéndose además el cobro por la entrada. Así nació Caracas a la vida teatral desde fines del siglo XVIII, mucho antes de la aparición de su primer teatro, que no se fundó hasta 1784. Los días en que las representaciones tenían lugar eran los de las grandes fiestas eclesiásticas como el de Corpus, la Navidad y la Semana Santa. Aunque las obras se montaban casi todas utilizando figuras vivas, la cofradía que comandaba *Curazao* solía emplear técnicas de representación de un contenido artístico mucho más avanzado como los títeres y marionetas. La denuncia que por los años de 1780 formula el Oidor don José de Ribera de estas representaciones, solicitando su prohibición por irreverentes, nos sirve al mismo tiempo para conocer el mecanismo de sus montajes, así como la calidad social de sus actores, las fechas en que estaban de temporada, el precio que se cobraba por la entrada y las reacciones de su público. «Teniendo noticia anticipada —denuncia el Oidor— de que en algunas casas de esta ciudad, de Gente ordinaria y de Pardos, en los Nacimientos del Hijo de Dios, que principian a celebrarse de noche, desde el veinticuatro de diciembre y siguen hasta el carnaval, se representaba con figuras de bulto, acompañando los movimientos de estas con viva voz de los que las manejaban por debajo del Altar o Tablas, el Misterio de Anunciación del Verbo Divino, su Encarnación y Nacimiento, me acerqué andando de ronda, a examinar este particular, y hallé que, a la presencia de muchos concurrentes de todas clases y sexos, se operaba todo lo que se había informado, en verso, tono y accione de teatro de comedias, hasta el extremo de mezclar a ciertos intermedios, entremeses de Títeres, y uno que es más famoso por su extensión y tamaño de las figuras, que pagaba cada persona medio real la entrada». El Oidor termina condenando las representaciones «porque lejos de redundar en la veneración y profundo culto debido

a los Divinos Misterios de nuestra redención, servía de diversión, risadas y otras demostraciones que solo son tolerables en los teatros de comedias y actos profanos».

Tan mal vistas por las autoridades eclesiásticas, pero apoyadas casi siempre por los gobernadores, la tradición caraqueña de estas comedias logró sostenerse hasta principios del presente siglo, cuando todavía funcionaba en la Calle de San Juan, entre las esquinas de Angelitos y Jesús, el último de sus locales que fue el «Teatro de la Recreación de Azahares». De la última función a que asistió en este teatro conservaba Benito Figueredo un programa del que copió los siguientes números para leerlos en una conferencia:

«Acto 4°.- Oración en el Monte de las Olivas, donde aparecerá un ángel a conformar el cansancio y las fatigas del Hijo de Dios, el que será apresado por los crueles y bárbaros soldados del romano Pontífice, y entregado inícuamente a los apóstoles y al pueblo. Negativa del discípulo y delirio de este. Suicidio del discípulo traidor y Luzbel en los Montes de Cardena.

Acto 5°.- La enviación de Jesús en la casa de Caifás al suntuoso Palacio de Pilatos. Gran examen en el Palacio de Herodes. El lujoso e imponente cuadro del Concilio, donde hará la revelación de un sueño la esposa de Pilatos.

Acto 6°.- Columna de afrenta, Humildad y Paciencia, Proce-sión a la Cumbre del Calvario. Las tres caídas, Judío Errante, la crucifixión y lanzada de Longino, terminando con el bello y sublime cuadro de la Piedad».



*Cementerios
de Caracas y
algunas costumbres
funerarias*



Desde 1698 acordó el Obispado de Caracas con aprobación del Rey, que los cementerios se establecieran junto a las iglesias parroquiales. Así, con los primeros templos que se levantaron en la ciudad surgieron sus primeros cementerios, el más antiguo el de San Mauricio, los más importantes los de San Pablo y Catedral y el más reciente el de la parroquia Candelaria, fundada en 1708. Además de los parroquiales existían en los conventos los cementerios destinados a enterrar a los individuos de sus órdenes y a personas particulares cuyos deudos tuvieran para pagar la bóveda. Al pequeñísimo cementerio que fundaron a principios del siglo pasado los hermanos de la cofradía de San Pedro, y que fue el último sobreviviente de una larga familia de cementerios desaparecidos, debe su nombre de Los Canónigos esa céntrica esquina de Caracas.

El primer cementerio público de la ciudad fue el que existió en el extremo oeste de la hoy Avenida San Martín, en los terrenos de El Empedrado, y donde fueron enterrados muchos de los muertos ocasionados por el terremoto de 1812. Desde 1825 hasta su clausura en 1856 existió en la zona de El Conde, el Cementerio del Este, lugar desamparado y sórdido donde a mediados de siglo llegaron a verse cochinos hozando entre restos desenterrados. En 1856 se fundó al extremo norte de la ciudad el de los Hijos de Dios, uno de los más bellos que haya tenido jamás ciudad alguna y en cuya demolición se perdieron los restos de Juan Vicente González, el primero de sus poetas. Desde 1857 existió el Cementerio de San Simón, demolido en 1889 para construir en sus terrenos el Hospital Vargas. En sus inmediaciones estaba el de Las Mercedes, fundado en 1862, refaccionado en 1864 y clausurado en 1876. Por los mismos años existió el cementerio militar de Catia, fundado bajo la administración del Mariscal Falcón en los años siguientes a la Guerra Federal. Para enfrentar tan odiosa tradición como era la de discriminar a los protestantes y judíos, así



Un entierro en Caracas. Dibujo del natural por Richardson para ilustrar el reportaje de H.E. Stanford publicado en el Harper's New Monthly Magazine en 1858.

como a los suicidas, obligando a sus deudos a enterrarlos detrás de los camposantos, en 1843 se construyó por iniciativa del gran dibujante y diplomático británico Robert Kerr Porter, el Cementerio de los Ingleses, al que siguió en 1853 el de los alemanes, ambos en la zona después conocida por antonomasia como Quinta Crespo. Muchos de estos pequeños cementerios, cuyas blancas tapias y altos cipreses saturaron por mucho tiempo el ámbito de la ciudad de una poesía triste y serena, fueron abandonados o demolidos al inaugurarse, por Guzmán Blanco el 5 de julio de 1876, el Cementerio General del Sur.

Con el establecimiento de la primera agencia funeraria que conoció la ciudad, la de don Antonio Echaíz fundada en 1849, se iniciaba la sociedad caraqueña de aquellos años en la costumbre de participar las defunciones e invitar a los actos funerarios por medio de anchas tarjetas impresas, muestra de la más severa artesanía del blanco y negro, donde la tipografía romántica llevó a sus máximas posibilidades expresivas el vasto repertorio de las orlas y viñetas alegóricas de la

muerte. A diferencia de las tarjetas de invitación a bailes o a recepciones de boda, los encargados de repartirlas no eran los criados de la casa, sino unos extraños mensajeros servidos para ese menester por la propia empresa de pompas fúnebres. Especie de pajes o de ceremoniosos caballeros del siglo XVIII, en correspondencia perfecta con sus chatas zapatillas de ancha hebilla a lo rey de la baraja, vestían calzón corto ceñido a la rodilla, chaleco y casaquín, todo de brillante seda negra como las medias y como el largo crespón que les caía del sombrero de alas vueltas estilo cuáquero. Realzada la luctuosa imponencia de la vestimenta por los cordones de plata que les fulgían en las bocamangas, en la costura del calzón y en los bordes del sombrero, andaban por parejas en solemne marcha de pasos medidos, y para completar la majestad espectacular de su aspecto, llevaba cada cual un alto bastón a la manera de los maestros de ceremonia de los antiguos actos de la realza o del tambor mayor en los desfiles militares, solo que en su caso el bastón mostraba también un crespón de luto en amplio lazo de dos guías. Que el chaleco y los guantes de los mensajeros fueran blancos indicaba que el fallecido a cuyas exequias invitaban era un niño.

Casi en contraste con la fúnebre pesantez de sus orlados negros, con sus severos encabezamientos de cruces lisadas o treboladas, mostraban estas tarjetas en su texto un tierno afán de investir el acto de morir con los atributos de un hermoso sueño o de un apacible vuelo: «Confortada por los Santos Sacramentos y con la bendición de sus padres, se ha dormido en la Paz del Señor la señorita María E. García». Y a continuación de la súplica a acompañar a los adoloridos deudos en el acto del sepelio, venía el ramillete de adelfas sobre la tumba de María, trozos del más edulcorado romanticismo funerario, inspiración de literatos de segunda que habían colocado sus sollozantes plumas bajo la égida del Juan Vicente González de las Mesenianas:

¡María!... Deslizóse como ráfaga fugaz de brisa primaveral la existencia de esta hermosa niña, que por sus eximias virtudes constituyó hasta ayer el encanto de sus padres y amigos, que aún la lloran llenos de amargo desconsuelo.

¡María!... Al pronunciar este nombre que en día feliz llevara un ángel de eterna recordación, el corazón se oprime de pesar... La mente se remonta a lo infinito en pos de simpática visión y el pecho palpita con violencia a impulso de la emoción profunda...

¡María!... Hoy venimos donde tu tumba a ofrendarte nuestras lágrimas, elocuente idioma del dolor y fiel tributo de veneración a tu memoria, como lo hicimos también el día en que despojándote de prestada vestidura, desplegaste, sonreída tus alas de armiño para remontarte luego a otros mundos en busca de la verdadera perfección...

A. M. C. R.

Señal de que en alguna casa había un enfermo agónico, era la majestuosa aparición del Viático en la cuadra. Adelantado por un monaguillo revestido del blanco que iba tocando pausadamente la campanilla, mientras en los conventos e iglesias cercanas quebraban los dobles de las esquilas sus más dolientes tañidos, el sacerdote portador de los sagrados instrumentos marchaba con lentitud de bajo de un gran quitasol carmesí que tras él iba sosteniéndole otro monaguillo. La morosa procesión era seguida por los parientes y amigos del enfermo y por espontáneos acompañantes que se le iban añadiendo en la calle y marchaban con ella hasta la casa del agonizante. Al paso del Viático los jinetes desmontaban y se descubrían y, como todos los demás transeúntes, se arrodillaban en la calzada o en la acera. Más patéticas eran estas procesiones en la noche, cuando se hacían a la luz de vacilantes faroles por las oscuras y desoladas calles, y al oírse en

el interior de las casas la campana del Viático, de todos los postigos y ventanas salían brazos que sostenían velas y hachones encendidos.

Asociando la muerte al más antiguo de sus símbolos, los enterramientos se efectuaban en horas nocturnas. Momentos antes de salir de la casa, uno de los caballeros invitados leía el elogio del fallecido, enumerando las virtudes que le habían adornado en su paso por la tierra, y terminada la lectura se enrollaba el texto del discurso y atado con una cinta negra se colocaba en el ataúd junto al cadáver, tal como se entrega una carta de recomendación para un amigo que sale de viaje. Ya para entonces, provisto cada cual de una gruesa vela de cera negra previamente encendida, el cortejo de invitados se repartía en dos filas a lo largo de la calle, abriéndole camino al monumental ataúd, el que precedido por sacerdotes y mónagos en oración, era conducido sobre una especie de mesa bajo cuyo pesado paño de terciopelo negro con adornos plateados, solo alcanzaban a verse los pies de los seis peones que lo llevaban debajo. Iniciábase así la fúnebre procesión hacia el cementerio o hacia la iglesia, deteniéndose la marcha en cada esquina para la práctica de las posas, largas estaciones en que los sacerdotes oraban y el séquito coreaba sus rezos. Terminada en el camposanto o en el templo la ceremonia de inhumación, un empleado de la funeraria recogía las velas, que eran alquiladas, y los asistentes al sepelio regresaban a la casa del duelo, donde se les ofrecía un suntuoso banquete con pavo y jamón, adornados con lacitos negros el codillo del jamón y las patas del pavo. Hasta por un año permanecía enlutado el mobiliario de la casa, arropados con sábanas el piano y los muebles de sala, descolgados los cuadros de adorno, atravesados los retratos por anchas bandas negras y empañados con almidón los grandes espejos. En el certificado de enterramiento que los dolientes recibían de la administración del cementerio, para despojar el documento de su fría impersonalidad oficial agregaba el funcionario encargado de expedirlo una nota de fina



Conducción de la mesa con el féretro, en un antiguo entierro de Caracas.

cortesía personal: «El Administrador que suscribe, lamenta el fallecimiento de tan virtuoso y honrado caballero (o de tan distinguida y virtuosa señora) y se asocia al justo sentimiento de sus deudos, teniendo el honor de ser el fiel guardián de tan estimables reliquias».

Pero en contraste con los elementos de nocturnidad, con el lóbrego aparato que hacía de la muerte de un adulto el tema de un culto sombrío, los entierros de niño celebrábanse a la luz de la tarde, y revestían el colorido festivo de una bonita piñata o de una fiesta de escuela. En la casa que se llenaba de flores y bizarros adornos de cumpleaños, los felices padres del párvulo afortunado que había muerto sin tener ocasión de pecar, más que pésames recibían los parabienes de sus amigos, mientras los endomingados compañeritos del fallecido jugaban y bailaban en el alegre cortejo para llevarse al angelito. «A la hora del entierro —cuenta el Marqués de Rojas— una hermosa orquesta desplegaba al aire sus inefables armonías, en tanto que los convidados decían al desdichado padre: *Dios le dé a usted vida y salud para que mande muchos ángeles al cielo*. A estos buenos deseos seguía el *refresco*, compuesto por lo común de frutas, dulces, caratillo y huecas de varios colores, o sean azucarillos, como los llaman en España. Los convidados disfrutaban al son de la música del suntuoso refresco del angelito, y algunos menos escrupulosos hacían provisión para toda la semana...»

De un festivismo más primitivo y parrandero resultaban los mortuorios infantiles entre las gentes de los cerros y barrios pobres. Vestido el muertecito con profusión de colorines y papeles rizados, al acostarlo sobre la mesa cubierta de flores se le ponía en la barriga por debajo de la ropa un hierro de aplanchar sin asa, o una piedrita plana, para evitar con ese peso el abombamiento; y con las contribuciones en aguardiente, dulces, café y chocolate traídas por los invi-

tados, poníase una fiesta con joropos, recitaciones y juegos de salón que se prolongaban hasta por tres y cuatro días al son del arpa y las maracas. Era tradicional que en estas fiestas los tabacos con que se obsequiaba a la concurrencia corrieran por cuenta del padrino de la criatura, y que en homenaje al angelito, entre tanda y tanda de joropo, cantase alguna muchacha las más lánguidas canciones del repertorio romántico aprendido en las serenatas de ventana:

*Angel hermoso a quien amor juré,
sombra querida que en mi mente estás,
paloma pura cuyo vuelo alcé,
dime por qué,
dime por qué
no me amas más.*

*Dime a quién puedo consagrar mi amor,
dime a qué aspiro si la fe perdí:
que el mundo entero en su placer mayor,
marchita flor,
marchita flor
será sin ti.*

O a veces eran desafíos de poesías entre improvisadores como el muy famoso pulpero «Ño Esculapio», quien por los años de 1854 era disputado concurrente a los velorios de angelitos del barrio de Agua Salud, no solo por la riqueza de su anecdotario, sino por su peculiar estilo poético en que los intereses de las musas se confundían con los de su condición de bodeguero:

*¿Hay algo mejor que un beso?
—¿El alza del queso? —¡Eso!
¿Cuál es la mayor desolación?*

**—La baja del papelón y del jamón.
¡Celestiales querubes,
mi inspiración os impreca: poned por las nubes
aliños, caraotas, pan, arroz y manteca.**

El angelito, entretanto, comenzaba a dar signos de descomposición, y cuando ya la fetidez se hacía insoportable venía un grupo de niños para llevárselo y atrás iba el cortejo de invitados medio borrachos, para terminar la jarana con un gran sancocho al regreso del cementerio.

Para colmar la vanidad de los dolientes ricos disponía el ceremonial eclesiástico de la magna coreografía funeraria que componían sus cruces altas, sus clérigos de capa, sus dobles, sus incensarios, sus ocho acompañados y sus palios; pero como la obligación de enterrar a los muertos no estaba tan claramente determinada en las ordenanzas municipales como en nuestro tiempo, para satisfacer el sombrío masoquismo de ciertas grandes familias chapadas a la antigua, existían también en la ciudad técnicas de embalsamamiento que permitían dejar a los cadáveres indefinidamente encerrados en sus casas, vestidos y maquillados en algún rincón como extrañas piezas de museo. Al morir, por ejemplo, de muerte súbita el doctor Tomás Lander en la Cuadra Bolívar el 7 de diciembre de 1845, trasladado el cadáver a su hogar en la esquina de Los Cipreses su familia lo hizo embalsamar, y vestido de riguroso chaqué negro lo sentaron a su escritorio, con la pluma en la mano en actitud de escribir, y así permaneció 38 años, hasta el 5 de abril de 1884, cuando el gobierno de Guzmán Blanco dispuso su traslado al Panteón Nacional.

La pompa de los entierros se enriqueció con un nuevo elemento de vistosidad con la aparición del primer coche fúnebre, traído a Caracas en marzo de 1868 por la agencia de José Giráldez. Parientes

monumentales del landó, con su techado dispuesto en nave, con el estilo ojival de sus vidrieras y sus ángulos rematados en frondosos penachos de plumas negras, tenían estos coches suntuosidad de capillas rodantes, y evocaban también algo de los torneos caballerescos de la Edad Media en los pesados escaupiles en negro y plateado que arropaban hasta la rodilla a sus empenachados caballos. Pero entre la antigua costumbre de llevar los féretros en andas y el pésimo estado de las calles, reducían la eficacia del coche funerario a la de su papel decorativo. Para no usar los sino como adornos del entierro, contaba además el temor —no siempre mal fundado— de que en el momento menos pensado, a la vuelta de cualquier esquina, a causa del ladrido de un perro o de un resbalón en el suelo lodoso o de cualquier accidente del camino, pudieran los asustadizos caballos desbocarse, obligando al séquito a emprender desordenada carrera en seguimiento del fugitivo carruaje.

Pero tan dispendiosas y pintorescas costumbres funerarias —como los enterramientos en conventos e iglesias— eran un lujo exclusivo de los muertos ricos. Hasta la institución en 1880 del llamado «Tributo a los pobres», por el que el Municipio contraía la obligación de costear los entierros de personas no pudientes, los muertos de las clases desposeídas eran enterrados de caridad por la Iglesia. A disposición del que lo solicitara tenía siempre cada parroquia un mugriento y usadí-simo ataúd que podía utilizarse gratuitamente, pero solo para el traslado del cadáver al cementerio; allí el cuerpo era depositado en «suelo limpio», apenas envuelto en una raída cobija o en una pieza de coleta, y el ataúd vacío volvía de regreso a la Casa Parroquial, donde los dolientes de otro infeliz ya lo esperaban para el próximo turno.



*Daguerrotipo
y fotografía*



La técnica de fijar imágenes en una placa fotosensibilizada por procedimientos químicos, se llamó *daguerrotipo*, denominación derivada del nombre de su inventor Luis Jacobo Mandé Daguerre y de la palabra latina *typus* que significa modelo. Daguerre nació en 1789 y murió en 1851. Su procedimiento consistía en exponer a la luz, por medio de la cámara, una placa metálica recubierta con una capa de yoduro de plata, que luego se revelaba sometiéndola a vapores de mercurio. Este fue el principio de la fotografía, mejorada por Abbey que logró en 1835 la primera foto sobre papel, y perfeccionada en 1850 por el ingeniero Federico Scott Archer, al inventar el proceso más simple de sensibilizar la placa con el uso del colodión.

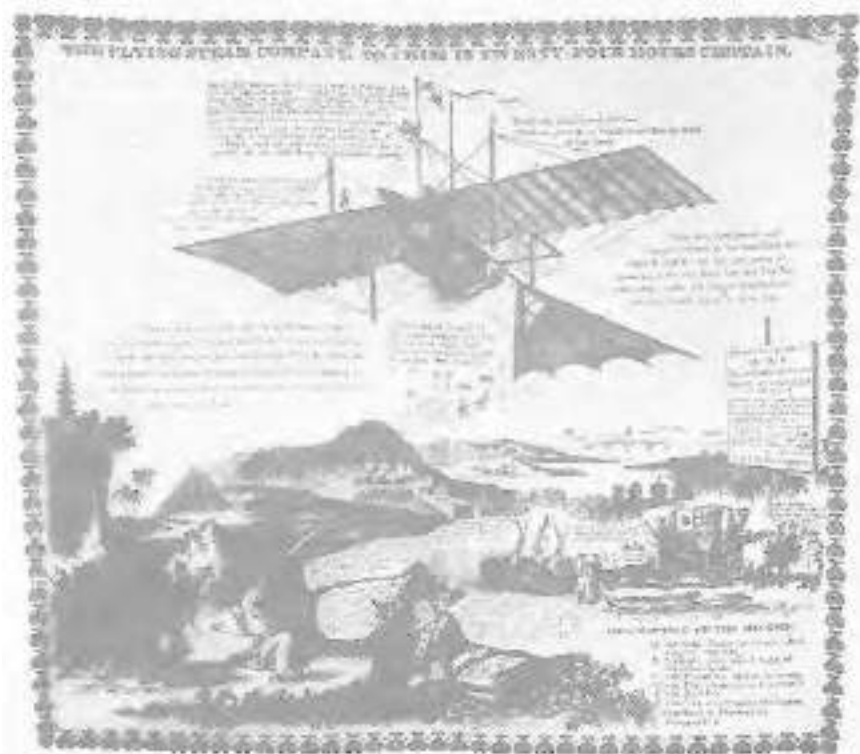
El primer equipo de daguerrotipia que llegó a Caracas, lo trajo de Nueva York un industrial español de apellido Goñi, que arribó por La Guaira en la goleta *Atrevida Barcelonesa* en 1843. «El señor Goñi —dice un periódico de la época— ha venido al país con el objeto de mejorar su salud, y al mismo tiempo aprovecha la ocasión para introducirnos este precioso invento del siglo XIX. Parece que el precio de los retratos será de 5, 8 y 10 pesos». En 1844 estableció otro taller el artista francés Constantín, quien hizo los primeros retratos mecánicos de nuestros hombres públicos. El primer venezolano que se retrató por ese procedimiento fue el general José Antonio Páez.

El primer taller de fotografía que se estableció en Caracas fue el del célebre artista Lessmann en 1864. Lessmann dejó una cuantiosa colección de fotografías de la Caracas de su época, que fue también la de Guzmán Blanco.



*Primera noticia
publicada en Caracas
acerca de la invención
del aeroplano*





El aeroplano de Henson. Dibujo alegórico ejecutado sobre un pañuelo de lino.

La *Britania* nos ha traído 200 ejemplares del *European Times*, de Wilmer y Smith, y entre las últimas noticias del mundo oriental contiene una descripción minuciosa y un grabado del carro aéreo que está pronto a ponerse en movimiento.

La invención ha excitado gran curiosidad e interés en Inglaterra. Algunos hombres distinguidos y científicos le han dado su aprobación, y han presentado un bill al parlamento para que encargue a una compañía que lo ponga en práctica en grande escala. El inventor es Mr. Henson.

La principal parte de la invención es la grande expansión de los planos que lo sostienen, que son mayores, en proporción al peso que ha de llevar, que los de muchos pájaros, pero si aún fueran más grandes no serían suficientes por sí para sostener su propio peso, y mucho menos aún el del mecanismo y carga. La máquina avanza con su eje y orilla delantera un poco elevados para presentar la resistencia de su superficie inferior al aire sobre que va pasando, cuya resistencia, obrando en ella como un fuerte viento en las velas de un molino, evita que descienda la máquina y su cargamento. El sostenimiento del todo, por consiguiente, depende de la ligereza con que atraviesa el aire, y el ángulo en que su superficie inferior se apoya en el aire. Este es exactamente el principio porque los pájaros se sostienen en su vuelo con ligero movimiento de sus alas y muchas veces sin ninguno.

Y como la dificultad después de su marcha consiste enteramente en mantener su velocidad, y esta era la dificultad que se presentaba para conseguirla desde el principio, porque ninguna máquina existía que fuese bastante liviana y fuerte a un tiempo para levantar aun su propio peso por el aire con la rapidez necesaria, el señor Henson

ha vencido esta dificultad, parte con inventar un vapor con extrema liviandad y fuerza, y parte con otro descubrimiento muy singular y que requiere mucha atención.

La máquina completamente preparada para volar sale de la cima de un plano inclinado, que al descender toma la velocidad necesaria para sostenerse en su marcha.

Esa velocidad que se destruiría gradualmente por la resistencia del aire al vuelo, es por consiguiente el oficio de los vapores, y las veletas obran solamente para reparar la pérdida de velocidad. Está hecho por consiguiente con solo el poder y peso necesarios para este pequeño efecto. Este es el principal aunque no único mérito y originalidad de la invención del señor Henson, y a este feliz pensamiento debemos el primer ensayo fructuoso para atravesar a nuestra voluntad otro dominio de la naturaleza.

El aparato consiste en un carro que contiene las mercancías, pasajeros, vapores, leña, etc., al cual está unido un plan rectangular de madera o caña de la India, forrado en lino o hule. Este bastidor se extiende a ambos lados del carro a manera de alas de pájaro, pero con la diferencia de que no puede moverse. Detrás de las alas hay dos ruedas verticales en forma de abanico acompañadas de veletas oblicuas con el objeto de ayudar el aparato por el aire.

Estas ruedas reciben movimiento por medio de cuerdas y carruchas del vapor que está en el carro. En un eje en el timón del carro está fijado un bastidor triangular con semejanza al ala de un pájaro, que también está cubierto con lino o hilo de seda. Este puede extenderse o recogerse a voluntad del que mande y se mueve con el objeto de que suba o baje la máquina. Debajo de la cola hay un timón para

dirigir la máquina hacia la izquierda o derecha, y para gobernar con facilidad hay una vela entre dos mástiles que salen del carro.

La cantidad de lino o seda que se necesita para que vuele la máquina, se calcula ser igual a un pie cuadrado por cada media libra de peso, pesando todo el aparato como 3.000 libras, y el área de la superficie extendida para mantenerlo es de cuatro mil quinientos pies cuadrados en las dos alas y mil quinientos en la cola, haciendo un total de seis mil pies cuadrados.

Se cree que su fuerza es igual a la de veinticinco o treinta caballos. Se dice en la explicación que al echar al aire la máquina es necesario escoger un lugar elevado, y que corra alguna distancia en un plano inclinado, para cuyo objeto hay ruedas verticales en el carro o bote. Cuando la máquina ha adquirido movimiento las ruedas de abanico se ponen en acción para levantarlo en el las en el aire y ayudarlo; el timón que está en el carro se usa para darle dirección. Dice el *Times* que no sería la cosa más asombrosa del mundo que los pueblos de Nueva York, Filadelfia y Boston recibiesen la visita de uno de estos «voladores» antes de saber de ellos.

Nota.- El grabado representa el Vapor aéreo: su ala semejante a la del murciélago o su vela, es la cola, que da vueltas sobre goznes, sirviendo como la cola a un pájaro, y puede ser recogida, levantada, bajada o extendida a voluntad del que manda. El carro que contiene el vapor, cargamento, tripulación y pasajeros, con cómodas separaciones, se representa por las ventanas y tres ruedas sobre las cuales puede moverse en tierra. El aéreo va hacia adelante y un poco levantado en el centro; del otro lado está la cola. El carro tiene doscientos cincuenta pies de largo y treinta de ancho y la cola cincuenta de largo. Las ruedas circulares como arcoiris, son las que impelen

sirviendo lo mismo que las ruedas de un vapor y obrando en el aire como un molino.

El Venezolano, 8 de agosto de 1830. Número 194. Redactor: Antonio Leocadio Guzmán.



*Las ventanas
de Caracas*



A sí como la historia sentimental de París es una historia de puentes y la de Praga una historia de torres, la de Caracas podría ser una historia de ventanas. Si por el Ávila define la ciudad su vocación de vuelo, por sus ventanas anuncia la gentileza de una arquitectura que estuvo entre las primeras en comprender la significación de la luz y del aire como materias constructivas. Ideadas para crear una ilusión de altura, su resultado estético fue proporcionarle a esta ciudad dominada por esa dimensión, la coherencia de un conjunto arquitectónico en que el paisaje natural parece glosarse en la forma construida, de la misma manera que el escenario se proyecta idealmente en su escenografía. Así sea muy grande su caudal de ensueño, de vocación y de conseja, poco diría el Ávila a la emoción del habitante de Caracas si le faltara ese ámbito de idealidad en que lo capturan nuestras historiadas ventanas parroquiales. Por lo mismo que ambos pertenecen a idéntica familia celeste, ventana y paisaje conjugan para los caraqueños los signos más diáfanos y livianos en que se expresa la poesía de la ciudad. Le otorgan las ventanas al paisaje del valle un acento y un clima sentimental peculiares, tan entrañablemente vinculados a ellas como lo está el labrado marco a un viejo retrato de familia. Sin dejar de desempeñarse cumplidamente en su papel como órganos visivos y respiratorios de la casa, su esbeltez y gracia decorativa, y hasta la tierna cursilería que nos conmueve en algunas, son los atributos por los que la ciudad confirma la condición femenina que le señala el más galante de sus poetas en epíteto tan fino como «Caracas, la gentil». Y junto con lo que representan como adorno de la ciudad, como mensajeras del paisaje, como expresión de una artesanía que nos dejó en ellas la más poética cultura del hierro, hay que añadir para las ventanas de Caracas la eficacia con que sirvieron nuestra vida de relaciones. Pues nuestras ventanas fueron concebidas, además, para que por ellas entraran a las casas el amor y la música. Si desde dentro servían para asomarse

como a un libro abierto a la crónica ebullente de la vida, desde fuera figuraron largo tiempo como santuarios o altares del amor, o como resonadores de estremecidas serenatas. Atributo inseparable de la femineidad criolla durante casi tres siglos, y en el que la imagen de la mujer de Caracas tiene su complemento más cabal, no solo crearon una peculiar psicología de la coquetería y del fisgoneo, sino como el zapatito de hierro de las chinas o la moda de los corsets, modelaron una tipología anatómica conformada a las artes de asomarse y acodarse con gracia. Al hábito de permanecer en ellas atribuye Depons, en 1806, cierta leve desproporción entre busto y academia que le sorprende en el físico de la mujer caraqueña: «Como pasan —escribe— la mayor parte de la vida en la ventana, podría decirse que la naturaleza ha querido embellecerles solo la parte del cuerpo que dejan ver con más frecuencia».

Rehacemos el largo viaje de la ciudad por su historia, respiramos los climas espirituales que saturaron cada una de sus épocas, conocemos los temas que solicitaron su emoción, en el moroso periplo de los estilos que nos proponen sus ventanas. Si la anatomía fundamental de la casa no conoció en siglos sino muy tímidas variaciones, y no hizo en todo ese tiempo sino repetir monótonamente sus módulos originales hispánicos, sus órganos de expresión, en cambio, en las mutaciones que les va imprimiendo el paso de los tiempos, describen un sutilísimo proceso de transculturación o sincretismo por el que las formas trasplantadas se acomodan a los modelos que les propone su nuevo mundo. En este sentido son las ventanas como las gráciles antenas del tiempo, las que recogen en el cordaje de sus hierros la vibración de cada hora significativa en la vida de la ciudad, el tono espiritual de cada generación, el eco, demorado para la historia, de la aventura humana que alentó y se extinguió en la intimidad de aquellas casas. La munificencia o miseria de cada época,

los rumbos que siguió su espíritu, las modas que crearon y aun sus pasiones, tal es la historia secreta que nos cuenta Caracas en la cambiante multimorfía de sus ventanas. Así, de los ventanucos de madera sostenidos en bahareque (como todavía en 1945 podían verse en algunas calles de alta Pastora), a las que acaban de caer con la urbanización de El Conde, hay no solo una historia de mestizaje arquitectónico significado por la búsqueda angustiosa de una autonomía para su expresión, sino están también puntualizadas como en un censo, las fechas capitales de nuestra existencia como urbe, la cuantía de nuestros haberes históricos en cada generación, la educación que recibimos y las enfermedades culturales que hemos sufrido.

El tránsito de la primitiva ventana de palo, todavía recatada en su simplicidad campesina, todavía estremecida por el reciente fragor de la Conquista, a los suntuosos frontispicios del mantuanismo, donde los ventanales alcanzan magnificencia de altares, es el signo con que la arquitectura interpreta el ascenso de una sociedad que habiendo ya dominado la brava tierra, ahora se consolida en su dominio:

*Viejas ventanas de las casonas
donde enredaron nuestros abuelos
los gavilanes de las tizonas
con los encajes de los pañuelos.
Viejas ventanas municipales,
donde dijeron a bellas damas
García de Sena sus madrigales,
Vicente Salias sus epigramas.
Donde juzgaron graves letrados
de gran peluca y hablar severo,
los exotismos inmoderados
de alguna fiesta que hubo en Turmero.*



*Junto a las cuales más de un valiente
—algo medroso, como en un robo—
sembró en el alma de un incipiente
el grano fresco de Juan Jacabo.
Viejas ventanas de aire severo,
testigos mudos de aquel vivir,
vuestrós barrotes darán acero
para la empresa del porvenir.*

(Pedro Sotillo)

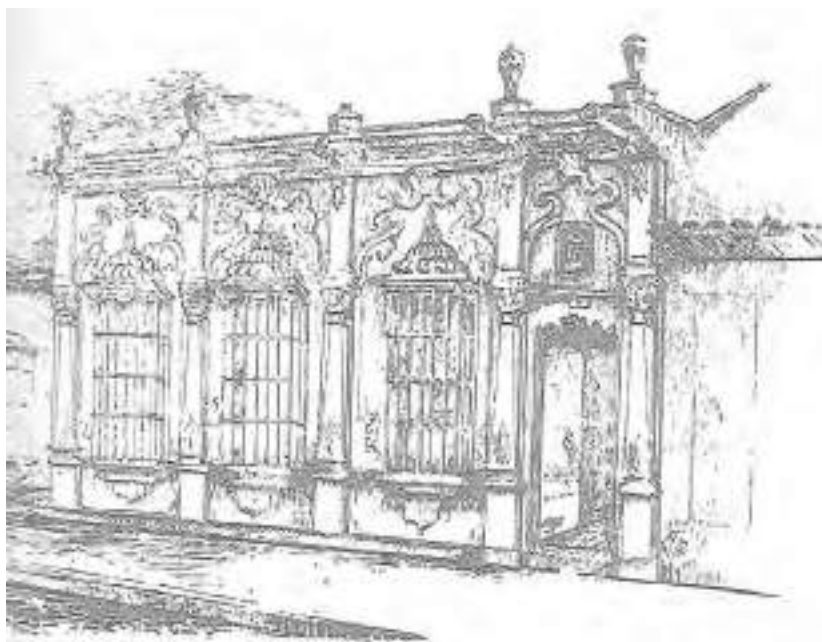
Con sus venerables balaustradas donde el sonido del hierro modula sus timbres más profundos; con sus robustos antepechos que se adosan al muro con gentileza de fontana o de copa, o con sus regios enmarcamientos que imitan desbordamiento de cortinajes o contorno de bocallave, son, esas ventanas coloniales, los trofeos de una cultura que ha ganado su más grande batalla; son la refinada culminación de un proceso histórico que ha cristalizado en el más elocuente de sus productos espirituales, así como el impulso vital primario de ese proceso reconoce su símbolo más vivo en la figura del caballo. Por eso, si se tratara de representar con una imagen a la ciudad en la simbología sucesiva de su gestación histórica y de su advenimiento estético, una heráldica ideal para Caracas sería la que se recoge en la estampa más significativa de esa época, que es la del caballo amarrado a la ventana. Pero no solo ocupa el caballo junto a la ventana esa categoría de complemento emblemático, sino, ya en el plano más objetivo de la relación arquitectónica, su alzada y su función humana son como el modulador en que la ventana pauta sus dimensiones y regimenta su vuelo; pues si resulta la ventana colonial la más alta en toda la historia de nuestra arquitectura de un solo piso, es porque el tipo de relación social que está llamada a fomentar no será con un mundo de peatones, sino con el de una villa caballerosa y romancesca que centra su máximo interés humano en la figura del jinete. Asociados, pues, caballos y ventanas por la simbología histórica y por la progenie artística de la ciudad, juntos trasuntan el sosegado discurrir de una cultura trasmigrada que ya encontró su acomodo bajo el nuevo sol. La apacibilidad costumbrista del cuadro que componen, evocador de siestas, de rondas de gratísima tisana a la sombra de los grandes corredores, es indicio de que la historia reposa. Un siglo reunió en los elementos de ese cuadro las significaciones capitales de su larga aventura; otro será testigo de su disgregación para un nuevo acomodo: será cuando el hombre

colonial, jinete en el más fogoso de sus caballos, se ausente para irle a buscar a su ciudad nuevos horizontes espirituales, y las grandes ventanas deban cerrarse tras la despedida del último guerrero. Con ellas se ha cerrado también una época. Después de prestar servicio de gentiles soldaderas, improvisando lanzas con el excelente hierro de sus barrotes cuando la ciudad las llamó en su defensa, ya no volverán a abrirse sino para saludar, la última vez en 1827, el regreso apoteósico de los libertadores.

***¡Quién sabe qué mano medrosa
dejó aquella ventana abierta!
¡Yo iba por la calle desierta
y vi su mancha luminosa!***

(Pedro Sotillo)

Semblante o mirada de las casas, dijese sobre su pecho por los que la casa evidencia en cada instante los ritmos de su secreto corazón, como si su papel debiera ser inevitablemente, el de reflejar los estados de ánimo de la ciudad en todas sus horas, en ese largo crepúsculo de nuestra historia que sigue a los días de la muerte de Bolívar, cuando los fatigados guerreros se restituyen al hogar, cuando el luto por los que no volvieron entenebrece la vida de las familias y cuando el empobrecimiento de la ciudad ha convertido sus mejores casas en almacenes de mercancías, viene en esos tiempos para las ventanas la que parecía ser su hora del abandono y del olvido. En la ciudad todavía entristecida por los erosionados paredones, por las columnas desoladas en medio de la maleza, por el melancólico paisaje de ruinas en que persistía la trágica memoria de 1812, la vida se había hecho como más íntima y recatada. Contemplado a la distancia de sus colinas respira todo el ámbito del vasto valle, un aire de elegía,



un langor melodiosamente subrayado por los saucedales que custodían a la ciudad por el sur, por las distantes campanitas que aquí y allá gotean de vez en cuando el aire, en tanto que súbitamente desprendidas de alguna vieja torre, el paso de una flotilla de palomas realza la inocencia botticeliana del cielo. A la geografía de abiertos campos y vegas que dilataban a la distancia, de opulentos árboles y riachuelos de plata en cuya atmósfera moduló la vida caraqueña de los primeros ochocientos su nemoroso acento de égloga campes- tre, había sucedido en aquellos años del romanticismo una Caracas coleccionista de recuerdos, enmarcada en sus extremos por cuatro diminutos cementerios: la Caracas de los viejos muros derruidos, la de los truncos arcos trepados de cundeamores y de trinitarias, la de las vastas techumbres hundidas por las lluvias y cubiertas de yer- bas, la Caracas a cuya trémula luz de conticinio evoca Juan Vicente González el abatimiento de la Mesenia derrotada: ¡«Mesenia, la de

los tristes cantos que inspiraron los míos»! Porque eran tiempos políticamente revueltos y las familias se sentían inseguras, porque el empobrecimiento del país había diezmado la utilería lujosa de las salas, porque el antiguo espíritu de ostentación de la sociedad caraqueña ya no se manifestaba sino en los entierros —aquellos lúgubres entierros nocturnos que salían de las casas a las seis de la tarde, llevando el séquito hachones encendidos y velas negras—, ya no se abrían las ventanas de Caracas sino un momento por la tarde, al oscurecer, cuando los criados venían a sujetar a los balaustres la vela o la lámpara de aceite con que los vecinos debían contribuir al alumbrado público. Habíase perdido al pintar las casas, la costumbre, que habíamos heredado de la España borbónica, de enmarcar los frentes con frisos polícromos realizados sobre plantilla, o esgrafiados con motivos celestes y signos del zodiaco. De los pulcros encalados de la época colonial, realzada su esplendente blancura por anchas franjas azules, se había pasado a las antipáticas lechadas de un gris funerario o de un bermellón desteñido sobre el que destacaban, de ingratísima manera, los ventanales sin estilo, desproporcionados al conjunto, de herrajes absurdamente barnizados de negro. Son las horribles ventanas de la Caracas oligárquica, con su ruda funcionalidad, con sus volados excesivos, con su falta de gracia, de las que un viajero observador y fino como el Consejero Lisboa, nos dirá en 1852 que además de representar un peligroso estorbo para los transeúntes, dan a los hogares un medroso aspecto de cárceles. Para completar la atmósfera misteriosamente claustral en que envolvían las casas, habíales inventado la carpintería romántica el complemento artesanal de los canceles, los biombos, las romanillas y celosías, todo un arte del tamiz y de la media luz, ideado para recatar confidencias de confesionario o para servir una activa picaresca del figoneo subrepticio.

***Fragua de los chismes,
turrís ebúrnea de la murmuración,
periscopio de la zanganería,
escape de las deshonestidades,
letrina del barrio,
acapara-escándalos de la parroquia.***

Llama el poeta a esas capciosas trampas de la chismografía urbana, donde las solteronas, las enlutadas, las mujeres que ya no tienen nada que ofrecer a la vida, elaboran taimadamente su rencorosa crónica.

Pero no era que la vocación de belleza se hubiera eclipsado en los espíritus, sino que los avatares de la guerra, las experiencias del luto, de la pobreza, del sometimiento político se habían traducido en maneras más íntimas de ejercitar el gusto. Era que a tono con el ánimo de introspección que entonces imprimía su tono a la vida, las gentes, a la espectacularidad y extraversión de las ventanas, prefirieron el conventual recogimiento de los jardines. Época de las ventanas apagadas, de las ventanas sin alegría y sin arte, es aquella también, coincidentalmente, la época en que los patios caraqueños comienzan a despojarse de sus lajas coloniales para cubrirse con las flores del Ávila. Entretanto, en la poética pausa floral que se abre para nuestra arquitectura entre aquellos años románticos de 1830 y 1845, entrega don Julián Churión a la Imprenta Republicana su *Colección de Métodos Prácticos para los Albañiles y Constructores que no conocen el Cálculo*. Con sus curiosas recetas para trazar una estrella, una rosa de los vientos, las cruces de la legión de Honor, de Malta y varios mosaicos, el de Churión es no solo el primer libro que se publica en el país sobre el arte de construir, sino una especie de Libro Primario de nuestra incipiente arquitectura criolla donde más de dos generaciones de albañiles aprendieron sus primeras lecciones de cursilería



decorativa. Pero junto a su ingenuismo un tanto provinciano, junto al deplorable mal gusto y estética ramplona de sus acabados, testimonia la voluntad de rescatar a Caracas para su antiguo prestigio de ciudad bien construida. Vituperado a causa de tantos falsos jaspes y decoraciones geométricas como puso de moda en la Caracas de los Monagas, la ciudad le debe en cambio a Churión algunas de las ventanas más bonitas de nuestra época romántica, especialmente las de la esponjada familia de los balconcetes, las que parecían con su contorno de jaulas de lujo, ideadas para rimar con el aspecto de aves suntuosas que tenían sus bellas ocupantes de la Caracas Federal.

En la más ostentosa de nuestras calles viejas, en la Calle del Comercio, entre las casas condales que le dan nombre a una de las esquinas y la del Convento de Las Carmelitas, erigen su aristocracia de nuevo estilo —ejemplo de una artesanía ornamental que ya consulta sus modelos en Italia y en Francia— las ventanas republicanas que se abren para el histórico sarao que ofrecerá, la noche del 14 de agosto de 1869, el general Antonio Guzmán Blanco. Gran utilero de nuestra historia ciudadana, transformista más que reformador de nuestra vida como urbe, diletante superficial y encantador, las ventanas de Caracas alige-

ran su arquitectura tradicional y se resuelven en una forma absolutamente madrileña del hierro y de la moldura, para enmarcar la figura de este suntuoso general cambiado en escenógrafo del país, y cuya enseñanza administrativa podría resumirse en la cínica frase de Holmes: «Dadnos el lujo, lo superfluo, y ya nos arreglaremos sin lo necesario». Política de fachadas llamarán no sin razón los enemigos de Guzmán, a ese, su modo de entender la transformación del país, y bajo cuya generosa influencia las primeras industrias que florecen en la ciudad son, precisamente, las del mosaico y el yeso. Para rimar con el estilo neoclásico que había trasladado directamente del París de Napoleón III al Capitolio de Caracas, o con el ropaje gótico que copió para el edificio de la Universidad, les impuso a las fachadas de la ciudad el cambio de sus aleros criollos, en los que demoraba todavía un nostálgico acento colonial y aldeano, por áticos y cornisamentos que parecían ir a buscar simultáneamente en los muebles de Boulle y en el arte tipográfico de las viñetas. En consonancia con las labradas romanillas, con la geometría ornamental de los mosaicos, con las pajareras, con los kioscos, con las macetas con palmas, con los cielorrasos al óleo, de todo lo cual se pobló el interior de las casas, se inauguró para las fachadas guzmancistas la frondosa utilería ornamental de las antefixas, las metopas, los entablamientos, las lacerías y los enmarcamientos en relieve sugerentes de grecas y follajes. Más que el advenimiento de un nuevo estilo para la ciudad, denunciaban aquellas formas la extraversión y cosmopolitismo espiritual de una sociedad que debutaba en nuevas maneras de ver el mundo; de una clase refinada y urbana que con el mundanismo que había importado en la moda de tomar el chocolate a la francesa, en la iluminación a gas, en las temporadas de ópera italiana en el Teatro Guzmán Blanco, o en el delicioso esnobismo con que llama *boulevards* a sus principales calles, había traído también de la Europa no española, las formas renacentistas y los paramentos románticos que asumían sus viviendas al conjuro de los yeseros y pin-



tores. Por lo mismo que la tipología que componen es ante todo una tipología de salón, sus vistosos uniformes recamados de entorchados y hojas de oro, y sus regias señoras vestidas por la Compañía Francesa, re claman, para las noches de gran sarao, marcos que den a sus figuras y ademanes ese señorial realce con que los encontramos en las correctas academias de don Martín Tovar y Tovar. Para ellos se abren entonces las ventanas magníficas del guzmancismo, acaso las más bellas en toda la historia de nuestra arquitectura. Es aquella la época en que la ventana colonial sustituye sus pesados quitapolvos de mampostería por ligeras pestañas de madera dentada que se sujetan como peines al travesaño más alto del enrejado; en que los balaustres se adelgazan y se pintan de blanco; en que los antepechos se afinan como repisas de la más liviana ebanistería y los balaustres, rematados en eclosión de lancetas, se unen en la parte superior por medio de arabescos y volutas. Nunca el arte de la herrería estuvo tan cerca de la orfebrería o de los oficios de la plata, como cuando enjoyó a la casa caraqueña con tan exquisito capricho de dibujos, ni nunca fue el metal tan poéticamente interpretado por la mano del hombre. Caídos o deslucidos

los estucos de sus enmarcamientos, allí quedaron para mucho tiempo después las ricas ventanas del guzmancismo, desbordándose en hilos de fina música desde la raya en que la casa comienza a ser cielo, con impulso aéreo semejante al de esas altas cascadas que en los días de junio se desprenden desde el pecho del Ávila. Trabajadas con delicadeza de dijes, como obra de artesanía tipifican una madurez de gusto y un impulso de originalidad nunca antes conocido en nuestro país, y anuncian como hecho de arquitectura un momento de afianzamiento de la personalidad nacional, semejante al que en otros órdenes de la cultura apuntaba ya en el arte de un Tovar y Tovar, o en figuras pioneras de nuestra afirmación industrial y técnica como Ricardo Zuloaga y Esteban Linares. En las viejas noches de Caracas, con la encajería de sus herrajes valorizada por la luz de la luna, o abiertas para la fiesta sobre la cristalería iluminada de las grandes salas, eran estas ventanas como visiones mágicas emanadas de quién sabe qué mundo de hadas; y en los fabulosos Rialtos o Vianas de ensueño que construían en nuestra imaginación, nos parecían demasiado esplendorosas para nuestra pobre ciudad del trópico.

Se consolidaba con la época guzmancista una de las tendencias más arraigadas de nuestra psicología urbana: la de conceder al número y calidad de las ventanas una significación semejante a la que en edades clásicas tuvieron los escudos de armas. El improvisado señor de la tierra, enriquecido en la aventura guerrera, el arrogante sucesor del viejo «gran cacao», pero sin ancestro noble, que no disponía de un escudo de familia para labrarlo en lo alto de su portal, que carecía de una evidencia simbólica capaz de mostrar su poderío y su fortuna como la continuidad de un linaje, se acogió como expresión ornamental de su hidalguía reciente a esa presuntuosa heráldica de la riqueza que divulgan convencionalmente la multiplicación y suntuosidad de las ventanas. Desde los tiempos colo-

niales, y especialmente en los del guzmancismo, la consideración y dignidad social de una familia se estimaba así en relación al número de ventanas que ostentaba la casa en que vivían. (Todavía por los años veinte, los escritores satíricos de *Fantoches* inspiran de vez en cuando sus crónicas costumbristas en el drama de esas familias urbanas venidas a menos, que sacrificaron sus últimos haberes, su bienestar y con frecuencia alguna de sus hijas, a la vanidad pueril de continuar viviendo en una casa «de dos ventanas»). El arte de la albañilería y del yeso, la arquitectura decorativa de los frontispicios, debían entonces ingeniárselas para sustituir, cuando los espacios de construcción disponibles no admitían más de una ventana, la falta de estas con la ilusoria riqueza de los enmarcamientos, con el lujo de las molduras y el dédalo primoroso de los enrejados. Cuanto menor, por eso, es el número de las ventanas, más femeninamente laboriosa es la obra de yeso que las guarnece, y más numerosa en las paredes la proliferación de esos ramajes con ondulantes lambrequines, lacerías y arabescos que sugieren a veces las más exquisitas formas de la mantelería. Entretanto los herrajes dibujaban en las tupidas frondas de sus bardas verdaderos primores de hierro martillado que evocan una paciente labor de aguja. Casas del primer guzmancismo o de la época de Rojas Paúl —como las que aún se conservan en las vecindades del Panteón Nacional, en las calles más empinadas de La Pastora o en algunos rincones caraqueñísimos de la parroquia de Candalaria— siguen mostrando, en el paramento barroco de esos frontispicios, lo que en un tiempo constituyó como una continuidad, como una correspondencia de expresiones entre el inmueble y su habitante. Pues nada se asemeja tan coherentemente a la pompa decorativa de estas casas como las modas que gastaron sus habitantes, como sus pálidos caballeros de enleontinada pechera y vistoso chaleco rameado, de facciones afinadas por la barba mosquetera en punta y flotante melena a lo Bécquer, modosos los ademanes con el sombrero de

copa en una mano y el bastón empuñado en la otra, como si siguieran el ritmo de una invisible coreografía, o fueran directamente a figurar en una escena dominical de Auguste Renoir. Nada encuadra mejor sobre aquellos imafrentes adornados y labrados como kioscos, que la velazqueña estampa de los niños de esponjados bucles y espumante camisa de encaje, que salían de sus zaguanes rodando un altísimo aro con un minúsculo palito. Ni nada, en fin, como la gracia imperial de aquellas damas con fino dije sobre el busto, de camisolín de volantes y cenefas y de abrochado botín, damas cuya labrada andaluza, peraltada por la lujosa peineta española de carey labrado parecía estilizar en una dimensión más poética y viva, la esbelta gentileza y el musical rococó de las ventanas.

Confirmando, con adelanto de generaciones, las teorías arquitectónicas formuladas en nuestro siglo por los Le Corbusier y los Richard Neutra, parecían aquellas gentes comprender intuitivamente la arquitectura como pauta para todos los actos de la vida, y así como a sus vestidos, a sus ademanes y a sus bailes transpusieron sutilmente los caprichos y rebuscamientos escenográficos que hacían de cada hogar una jaula de primores, así llevaron a sus mesas las galas de una cocina, de una repostería y de una refresquería en que los rudos manjares y golosinas criollas de otro tiempo, se suplantaron por ambigús y buffets donde triunfaban las magnas tortas de varios pisos recamadas de perlas, los bizcochos nevados, las manzanas recubiertas de caramelo como grandes joyas, las fuentes con manjares cuyos nombres evocan palabras debidas a la música o a la pintura, como la galantina, el guiso Trifón, los canapés a la Pompadour; todo ello iluminado por el fulgor impresionista de una cristalería labrada, en que el rubí de la sangría, el amatista de la naranjada, el violáceo de la tisana, el dorado capitoso del bull, repiten para la mesa la coloreada cristalería de las romanillas.

Exhibir la vida en sus momentos más gratos era entonces como una parte sustancial de su goce. Los actos sociales se celebraban, por eso, en la sala y a ventanas abiertas, y al mismo tiempo que como agasajo a las amistades se ofrecían como espectáculo a la admiración y exigente estética de la *barra*, de los espectadores espontáneos que se arracimaban junto a los ventanales por el lado de la calle, y a cuyos ojos, merced a la lujosa delimitación de brocados y cenefas que les prestaba la ventana, adquirirían las escenas interiores ese aire levemente teatral de cuadro viviente o de museo de figuras, con que los encontramos también en las páginas ilustradas del *Semanario Familiar Pintoresco*. Hay en esa coreografía perfecta de las cadenetas y vueltas de ángel de los bailes de figuras; hay en esa suntuosidad floral y actitudes reverenciales de los grandes matrimonios, una especie de vocación escénica, un afinado impulso de exhibición que, respondido generosamente por la complacencia rumorosa de las barras, por sus súbitos estallidos en aplausos, por sus agudas burlas y a veces por sus reacciones tumultuarias, le otorgan a la ventana caraqueña la significación de un auténtico teatro del pueblo, de un teatro vivo, espontáneo y colorido, cuyo poder de fascinación y jerarquía artística no ha podido llevar a su obra ninguno de nuestros autores. Tema para la gran ópera, o para el gran ballet venezolano que todavía no se ha escrito, sería, por ejemplo, ese sarao que ofreció a la sociedad de Caracas el general Guzmán Blanco la noche del 14 de agosto de 1869. Comenzada la fiesta aparecieron en las ventanas, desalojando a la barra, las bandas terroristas políticas conocidas como «los lyncheros de Santa Resalía», y entre la resolución de estos de apedrear a la elegante concurrencia y la de Guzmán y sus invitados de no dejarse amedrentar, se establece un divertido contrapunto en que los de afuera rechiflan, vociferan y amenazan, y los de adentro continúan bailando, sus cuadrillas y lanceros revólver en mano, mientras las sobrecogidas damas van desmayándose una tras

otra como grandes flores. ¿Y no están ya dados el tema, los protagonistas y hasta el decorado para un sabroso cuadro de zarzuela en la divertida noticia que nos trae un periódico de aquellos años en su sección de Sucesos?:

Las bestias continúan transitando por las aceras. Esta mañana, en la Esquina de La Torre, la señorita Carlota Marrero tropezó con una mula que estaba atada a una ventana y fue a dar con su linda humanidad en tierra, lastimándose una mano y destrozándose la crinolina.

Los caraqueños de este siglo, que todavía tuvimos tiempo de conocer a nuestra ventana en ese punto máximo de su elegancia y riqueza ornamental en que la dejó el guzmancismo, hemos vivido también para asistir al proceso de su creciente abaratamiento estético y, simultáneamente, al de su liquidación definitiva como recurso arquitectónico. Cerrado el ciclo en que treinta años de fachadas habían agotado prácticamente todo el repertorio de molduras, cornisamentos y balaustradas descubierto por Guzmán Blanco en su París neoclásico del Segundo Imperio y en los palacios venecianos, con el siglo XX inaugura Caracas su bella urbanización de El Paraíso, donde aquellas fórmulas ornamentales, al sosegarse por la expansividad que les prestan los amplios espacios, no solo alcanzan la suma depuración de su linaje estilístico, sino que lo animan de un impulso de simplificación cuya continuidad le hubiera asegurado a la arquitectura de Caracas la coherencia expresiva que ya no tiene tiempo de rescatar. Contra el espíritu de sucesión que todavía permite encontrar vínculos de familia entre las casas aledañas de 1905 y los magnos domicilios céntricos de la época guzmancista, o entre estos y las primeras ventanas de palo que levantó la Colonia en nuestras parroquias más antiguas, insurgieron por los años veinte las urbanizaciones de El Conde y la Nueva Caracas, expresión típica de una clase media caracterizada por

su descarrío cultural. Ya para entonces se habían desvanecido aquellos sonoros apellidos de procedencia colonial cuya mención aludía también a grandes casas de la ciudad. Y para la sociedad sin tradición que iba a reemplazarlos como ductores espirituales de la vida urbana, se inventó el estilo de las nuevas urbanizaciones. La sindéresis no es una virtud de esa clase social. Como los terrenos empezaban a ser costosos y los fondos pecuniarios no eran tan abundantes, la fórmula constructiva que debió aplicarse en la concepción de aquellos adfesios urbanísticos, parece haber sido la de escamotear con retorcimientos pseudolujosos de formas y acabados, la limitación de recursos económicos que denunciaba en su magra estrechez el espacio habitable. Si para el cumplimiento eficaz del propósito decorativo contaban los propietarios con la imaginación de una albañilería ducha en el manejo del estuco y el mosaico, para el aire de modernidad que aspiraban imprimirle a la casa tenían los modelos que les proporcionaba un «modern Style» algo retardado y pésimamente traducido a las paramentadas ortofónicas de la época del charleston, así como las antipáticas modas que impuso el descubrimiento de Tutankamen. Mosaicos que proponían complicadísimos juegos visuales, baldosas de baño que se trepaban audazmente a las paredes de los estrechos zaguanes, molduras, marquesinas entechadas con vidrios de colores, yesos que se regaban por toda la casa como caprichos de pastillaje reunían en aquellos barrios, particularmente en el de El Conde, todo lo que el mal gusto venezolano es capaz de producir en tan limitado espacio y en tan corto tiempo como diez años. Del afán —absolutamente surrealista— que caracterizó a aquella albañilería morbosa por forzar matrimonios entre formas y estilos de conciliación imposible, surge como su consecuencia histórica más negativa, el destino que les impone a las ventanas. Como se había perdido el sentido de la luz, y la necesidad de paisaje podía proveerse perfectamente en el inevitable mural con góndolas que revestía la pared del comedor, las ventanas

debieron abdicar su noble dignidad formal para ir a medrar, ellas también, de los experimentos decorativos. Con la adulteración de su significado humano degeneró también su forma, y con la alienación de sus funciones en beneficio de intereses distintos a los de la luz y el aire, perdió su poesía. Bajo la pauta arquitectónica que difunde El Conde desde sus casitas de bisutería, comienza a vivir la Caracas del año 29 en las barriadas más nuevas de San Juan, de Catia, de San José, su época de la resurrección de los balconcetes, especie de parientes pobres de los palcos de la ópera, por los que en aras de esa semejanza pierde la ventana caraqueña la mitad de sus balaustradas. Y junto al balconcete, cuyo origen espurio no logran disimular sus esponjados herrajes que son a veces hermosos, cunde por el sur de la ciudad la floración de las ventanas que adoptan formas de ramilleteras, de guitarra, de abanico japonés o de cursilísimas liras. Algunos espíritus demasiado vueltos hacia lo pintoresco de las cosas, creyeron columbrar en aquel dispendio imaginativo la intuición de una arquitectura balbuciente, destinada al porvenir, que para desarrollar su potencial de originalidad solo esperaba un nuevo Gaudí. Sin duda ofuscados por el escándalo de los colores, por la presencia de materiales que entonces eran nuevos en el país, por el exotismo del conjunto que tenía algo de escenografía, tomaron por anuncio de novedad arquitectónica lo que no era, bien miradas las cosas, sino la liquidación de la casa venezolana. Allí no solo se vulneró toda sindéresis en el uso de los recursos ornamentales, sino que se sacrificó a ellos el principio estructural mismo y la finalidad funcional de la casa. Más que la luz alboral de una nueva arquitectura para nuestra Caracas, lo que se percibía por aquellas ventanas desnaturalizadas era el resplandor lívido de una época que muere. Lo que puede caer ya está caído, dice el melancólico verso de Rilke. Si el destino de aquellas pastelerías del mosaico y del vidrio hubiera sido otro que el del camión de las demoliciones (terminó por servir el apetito de dinero de los traficantes de escombros ligados al gobierno), a

buen seguro que habrían encontrado su Gaudí, como nuestro viejo apego del paisaje encontró su Guinand, y los restos coloniales su Carlos Raúl Villanueva. Una deuda que la ciudad no le perdonará jamás a la memoria de aquellas casas es que la confusión, la miopía mental que fomentaron acerca de lo que debía entenderse por verdadera arquitectura, le impidió a Caracas aprovecharse, en toda su magnificencia de un talento auténticamente original como el del gran solitario Roberto Mujica, ese Reverón de nuestra arquitectura. La demolición, no siempre justa, nos privó aquel primoroso edificio del viejo Hotel Majestic, a cuyos balcones —y especialmente algunos ambientes interiores de gran belleza— llevó Mujica mucho de lo que en las ventanas de Caracas. De su arte, amorosa y misteriosamente asociado a la emoción del paisaje caraqueño, nos queda Panteón Nacional refaccionado por él en 1930.

Y ahora vive Caracas el momento final de sus ventanas. Con los últimos restos de nuestra arquitectura de un solo piso, han caído también ellas, ya inútiles jaulas del espacio y las que quedaron mueren de obturación o por cercenamiento, para abrir los compartimientos de emergencia que reclama en su expansividad la nueva demografía. Apremiados por solicitudes más urgentes de existir, acaso no tengamos ahora tiempo de reparar en cuánto de nuestra alma urbana, cuánto de nuestra historia y cuánta entrañable poesía se nos acaba con ellas. Mas ya llegará un tiempo en que restituida la vida a su perdido sosiego, y ganado un momento para volver la mirada al paisaje, añoraremos su presencia y sentiremos su nostalgia. Y entonces, quizá, desde el fondo del viejo corazón caraqueño emprenderemos nuestro remordido viaje a Canosa, en busca de las ventanas perdidas.



*Pequeña historia
del alumbrado*



Hasta mediados del siglo XVIII fue nuestra Caracas una ciudad de noches oscuras. Aunque por esa causa dominaba la costumbre de recogerse temprano, cuando los caballeros de las clases pudientes se veían precisados a salir en las horas nocturnas por las tenebrosas callejuelas para irle a buscar el Viático a un enfermo o para alguna aventura amorosa, se hacían acompañar de un esclavo que los precedía en el camino llevando un farol levantado en un palo de magüey. Los primeros vislumbres de alumbrado público surgieron casi por casualidad y tuvieron un curiosísimo origen religioso. Fue por el año de 1757, cuando llegó a Caracas el obispo don Diego Antonio Diez de Madroñero. Verdadero maniático de su fe, le dio al diligente prelado por convertir a Caracas en una especie de pequeña «sucursal del cielo», y a las calles y esquinas de la ciudad, que aún no tenían nombre, les impuso una nomenclatura tomada enteramente del santoral y del martirologio católico. Las treinta calles de que se componía entonces la ciudad se llamaron en aquel período, Calle de la Encarnación del Hijo de Dios, Nacimiento del Niño Dios, Circuncisión y bautismo de Jesús, Dulce Nombre de Jesús, Adoración de los Reyes, Presentación del Niño Jesús en el Templo, Santísima Trinidad, Huida a Egipto, Niño Perdido y hallado en el Templo, Desierto y Transfiguración del Señor, Triunfo en Jerusalén, Cenáculo, Santísimo Sacramento, Corazón de Jesús, Oración en el Huerto, Prendimiento de Jesucristo, La Columna, Ecce Homo, Jesús Nazareno, Cristo Crucificado, La Sangre de Jesucristo, La Agonía, El Perdón, El Testamento, La Muerte y Calvario, El Descendimiento, El Santo Sepulcro, La Resurrección, La Ascensión y El Juicio Universal. Como sobrevivientes de aquella época mística de la nomenclatura caraqueña quedaron hasta nuestro tiempo numerosas esquinas con nombres de santos, y también la colección de cruces que constituían el Viacrucis capitalino como La Cruz de Candelaria, La Cruz de La Vega, La Cruz Verde y la

esquina de Crucecita. Quedaron también la Colina de El Calvario y su principal acceso de entonces que era la Calle de la Amargura, demolida a mediados de nuestro siglo al reedificarse la barriada de El Silencio. Pero el Obispo indujo además a los vecinos de la ciudad a colocar sus hogares bajo el patronato de santos cuyas figuras se colocaron del lado del zaguán en lo alto de los entreportones. Se cavaron por fin nichos en las paredes exteriores de distintos puntos del perímetro urbano, instalándose en ellos imágenes que como las de muchos zaguanes, se alumbraban de noche con velas de sebo o lámparas de aceite o de manteca. De esa manera no solo dotó el Obispo Diez de Madroñero a Caracas de su primera nomenclatura urbana, sino que determinó, sin proponérselo, el nacimiento de un esbozo de alumbrado público.

El 15 de enero de 1752 el progresista Gobernador don Felipe de Ricardos les estableció a los vecinos de la ciudad la obligación de colocar en la puerta o en la ventana de su casa una «luz, farol, candil o luminaria» en las noches que no fueran de luna, y dispuso que los contraventores a esta orden fueran sancionados por cada vez con pena de veinticinco pesos si eran personas de calidad», «y los plebellos de ocho días de cárcel». En 1764 la administración del gobernador don José Solano invocando razones de moralidad pública hace instalar diez luces en los portales de la Plaza Mayor.

En 1784 entre las esquinas de El Conde y Las Carmelitas, nace con el Coliseo el primer teatro de Caracas. Lo construyó con fondos de su propio peculio don Manuel González de Navarro, gobernador de avanzadas ideas y de ánimo festivo que también por aquellos años, en una gran fiesta organizada al norte de la ciudad, les brindó a los caraqueños el extraordinario espectáculo de un globo aerostático que se elevó hacia el Avila. El Coliseo tenía una iluminación que

en conjunto consumía ciento setenta velas de sebo y dos botijuelas de manteca. Las lámparas estaban hechas de cuencos de cáscaras de naranja cortadas por la mitad.

El alumbrado con manteca o aceite de coco era el más corriente a causa de que las velas resultaban costosas por tener que importarse de España y Flandes. Su empleo se hizo ya más general desde 1825, cuando el industrial francés Juan Dallet estableció en Caracas la primera fábrica de velas de sebo. Durante toda la Colonia y hasta los años de 1850 estuvo vigente la costumbre de colocar luces a la puerta o en la ventana de las casas para contribuir al alumbrado de las calles. Todavía por los años de 1840, el propio Jefe de la Policía de Caracas, el célebre *Ño Morían* ya a las seis de la tarde andaba por toda la ciudad en su burro, recordándoles con tonante voz desde el zaguán a los que a esa hora no habían sacado aún su farol o su vela: *¡La luz de afuera!* Para esa finalidad disponían en algunas casas de elegantes briseras de cristal veneciano o de artísticos faroles de hierro forjado; pero en la mayoría se usaba una desnuda vela de sebo de las llama das *de cuchara*, que al consumirse desigualmente por el azote del viento fomentaba una fea mancha de grasa y humo en el repecho de las ventanas. Los escasos faroles públicos seguían siendo en 1857 amarillentas llamitas alimentadas con aceite de coco. Para compensar la falta de iluminación las calles eran vigiladas por rondas militares que a divisar en la oscuridad un bulto sospechoso le inquirían: *¿Quién vive?*, debiendo responder el transeúnte: *¡Venezolano!* *¿Qué gente?*, volvía a preguntar el ronda, y montaba el gatillo de su fusil por si el angustiado viandante no le respondía a tiempo: *¡Ciudadano!* En 1859 hizo grandes progresos el alumbrado general de la ciudad, pues fue ese el año en que los señores Pellier & Compañía fundaron en Caracas la primera fábrica de velas de esperma.

— 621 —

LANPARA MECANICA "HITCHCOCK"

La única lámpara sin chimenea que no tiene rival. Arde (8) ocho horas sin necesidad de darle cuerda. La llave está debajo del pié de la lámpara y sujeta á la maquinaria, de modo que no puede perderse. Esta lámpara ha tenido una buena acogida en todos los puntos donde ha sido exportada.



No necesita globo ni tubo
No da mal olor. No hace humo
Explosión imposible

La combustión es producida por un abanico movido por una maquinaria sencilla y duradera que fuerza el aire á través de la llama, produciendo una luz blanca y brillante, igual á 18 velas de fuerza. La llama puede soportar una corriente de aire, y arde así mismo en todos los climas. Tengan

cuidado con las imitaciones ó falsificaciones, fijándose con la marca de patente Hitchcock que está estampada en todas las lámparas.

F. H. LOVELL & CO.

UNION LOCKETS

231 and 232 Pearl and 118

John Streets

New York. U. S. A.

Fabricantes de objetos de lamparera, cristalería de todas clases y cualidades.



Se mandarán catálogos á los que los soliciten

El 2 de agosto de 1864 la administración del general Falcón decretó el establecimiento de catorce faroles en el trayecto comprendido entre la esquina de La Torre y la estación del Ferrocarril del Este, en las proximidades de Los Caobos. El 21 de enero de 1866 se inaugura el alumbrado de kerosene en las parroquias de Candelaria y San Juan, y el comercio anuncia en los periódicos la llegada de las novedosas y artísticas lámparas a kerosene llamadas quinqués. Y el 9 de agosto del mismo año un alarmado grupo de distinguidos ciudadanos se dirige a la Facultad de Medicina y Cirugía para inquirirle si los repetidos casos de tisis pulmonar que se han venido presentando en la ciudad no tendrían su causa en la generalización del nuevo fluido luminiscente llamado kerosene. A mediados de 1877, ya consolidado en el poder el general Guzmán Blanco, se inauguró en Caracas la primera Compañía del Gas, con el que conquistaba nuestra ciudad un tipo de iluminación semejante al de las grandes capitales de Europa. El afrancesado general Guzmán, para cuyo encantador esnobismo París representaba una especie de paradigma de modernidad y civilización, especificó en el artículo 4 del contrato celebrado con el señor Sebastián Viale Rigo para el establecimiento del gas en Caracas, que «el alumbrado público deberá tener la misma intensidad o claridad que tiene en París y al efecto se tomarán todas las medidas que lo produzcan, teniendo en consideración la extensión de las calles, plazas y paseos de la mencionada ciudad en relación con la referida capital de Francia». Y agregaba en el artículo 17: «En el caso de que en la ciudad de París fuere sustituido el alumbrado por gas por el alumbrado por medio de la electricidad, Sebastián Viale Rige hará la misma sustitución en Caracas previo nuevo convenio con el Gobierno». Al establecerse en 1884 la segunda Compañía del Gas, que fue la mayor y la última que tuvo la ciudad, ya el alumbrado público de Caracas disponía de mil doscientos faro-

les, y bajo la dulce iluminación del Siglo de las Luces se disfrutaba en los hogares de novedosos divertimientos técnicos como la linterna mágica, precursora del cine. Y en 1896, como otra de las expresiones más avanzadas de la moderna ciencia del alumbrado, se anuncia la llegada a Caracas de las primeras lámparas de carburo, cuya luz se encarece como la más clara, inofensiva y cómoda de manejar conocida hasta ahora.

🌀 *Historia de la electricidad contada para un niño* 🌀

Desde la época del filósofo griego Tales de Mileto, unos seiscientos años antes de nuestra Era, los antiguos habían descubierto que frotando en seco un pedazo de ámbar contra una superficie dócil como madera o tela, el ámbar adquiría la propiedad de atraer los objetos más ligeros. De ese modo se descubrió la electricidad y se denominó así por derivación de la palabra *elektron* que es el nombre griego del ámbar. Los primeros intentos de utilizar la electricidad para el alumbrado los realizaron el ruso Petrov en 1803 y el inglés Davy en 1816. En 1877 se estrenó en París el modelo de lámpara eléctrica creado por Iablochkov, a la que se llamó «luz rusa» por la nacionalidad de su inventor. Era una chispa constante y vibrante, producida por el encuentro de dos polos y cuya iluminación asemejaba en intensidad y color a la que produce la soldadura autógena. Entretanto, ya desde 1875 otro ruso, Ladiguin, había logrado con relativo éxito construir la lámpara incandescente que iba a alcanzar su perfección definitiva con el invento de la bombilla al vacío por Thomas Alva Edison en 1880.



ACEITE LEGITIMO
DE KEROSSEN.

ALFRED BLISS Y COMP.

CALLE DEL COMERCIO, N° 100.

Lámparas de todas clases, y aceite

FOR MAYOR Y FOR MENOR

El aceite de Kerosene da una luz
mejor y es

UN CIENTO POR CIENTO

MAS BARATO
QUE VELAS

y toda otra clase de aceite.

—3—

— 308 —
LA FABRICA DE FOSFOROS.

DE WOLLENGANG STENOP Y CA

Branch South de la ciudad de la provincia de la Guayana.

No se necesitan licencias de venta, para el comercio de los fosforos.

VENTA Y ALIENACION DE LOS DERECHOS ALIENOS

DE LOS DERECHOS ALIENOS

Para obtener el costo de los fosforos, dirigirse a la oficina de la

de la ciudad de la provincia de la Guayana.

En las oficinas de la ciudad, Caracas.

Para obtener el costo de los fosforos, dirigirse a la oficina de la

de la ciudad de la provincia de la Guayana, para obtener

los derechos de los fosforos de la ciudad.

Dirigirse para obtener el costo de los fosforos de la ciudad.

Lámpara de carburo.

La luz eléctrica se conoció en Caracas el 28 de octubre de 1873 cuando en homenaje al Libertador, el día de San Simón, se hicieron varios ensayos de iluminación dirigidos por Vicente Marcano. También se ensayó el sistema al inaugurarse la estatua del Libertador al año siguiente, mediante una planta que instaló y manejó el doctor Adolfo Ernst en la casa del antiguo correo, donde hoy se encuentra el edificio de la Gobernación. El experimento se repitió la noche del 27 de octubre de 1884, ya bajo el gobierno del general Joaquín Crespo, en el Teatro Municipal. Para la ocasión se representó la ópera «Fausto», y la función de la noche siguiente tuvo que ser suspendida por desperfectos en la pequeña planta instalada detrás del teatro y cuyo contratista era el señor Carlos Palacios. Hasta entonces el mayor problema que planteaba la electricidad —pues impedía la generalización de su uso— era que las plantas productoras debían estar muy cerca del lugar de consumo porque la energía se diluía en los trayectos largos. Este problema lo resolvieron —primeros en el mundo— los alemanes, al establecer una línea de conducción eléctrica entre la ciudad de Frankfurt y la villa de Lauffen. Por una revista científica se enteró en 1891 de tan notable suceso el ingeniero venezolano Ricardo Zuloaga, entonces recién graduado, y concibió la idea de formar una compañía para establecer en Caracas una planta capaz de dotar de corriente y fuerza eléctrica a toda la ciudad. El ingeniero Zuloaga era pobre; pero logró contagiar de su entusiasmo a un grupo de hombres de empresa imaginativos y audaces, y poco después lo encontramos en Europa gestionando la adquisición de la primera planta para la Compañía Anónima La Electricidad de Caracas. Así se convirtió nuestro país en la segunda nación del continente americano que se estrenaba en el uso de la electricidad. Los primeros focos eléctricos se encendieron en Caracas el 8 de agosto de 1897, con asistencia del Presidente Crespo y

numerosos ciudadanos, y la primera calle iluminada fue la Avenida Este, entre la esquina de La Torre y la Cervecería Nacional. Caracas fue la segunda ciudad venezolana que conoció la luz eléctrica: antes la había estrenado Valencia que desde 1888 había sido la segunda ciudad suramericana en adoptar el sistema.

La primera técnica de iluminación eléctrica anterior a la bombilla de Edison, consistía en la aproximación por sus puntas de dos carbones que gracias al mecanismo de acercamiento recíproco inventado por el alemán Alteneck, podían avanzar cada uno hacia el otro, conservándose siempre entre ambos la distancia necesaria para la formación del arco voltaico, es decir, de la chispa constante que producía la luz y que se llama así por la pila que inventó, a fines del siglo XVIII, el gran físico italiano Alejandro Volta. Las calles de Caracas continuaron alumbrándose por este sistema hasta muy entrados los años veinte. Cuando los carbones se gastaban venía un empleado de la compañía de luz y los cambiaba haciendo descender la lámpara, que se sujetaba al poste mediante un sistema de cadenas semejante al de los incensarios. La figura de estos trabajadores era popularísima entre los niños, para quienes la operación del cambio resultaba un atrayente espectáculo, y además les permitía quedarse con los carbones usados.



*Pequeña historia
de los vehículos*



Además de sus cuatro ríos clásicos —el Guaire, el Anauco, el Caroata y el Catuche— numerosos arroyos y riachuelos como Los Monos, El Teque, El Solitario, La Trinidad, Agüima y La Sabanita, mantuvieron por mucho tiempo el pequeño núcleo central de la ciudad como inmobilizado entre el más fragoso cerco de quebradas y barrancos. Para integrar su fragmentada topografía en la limitadísima área habitable y comunicada que todavía en los años de 1870 permitía recorrerla íntegramente a pie en menos de dos horas, había sido necesario en el término de tres siglos construirle unos cuarenta puentes. Una idea aproximada de lo que era hasta aquellos tiempos la circulación por las discontinuas vías urbanas, nos la da el hecho de que antes de ser construido el Puente de Hierro en 1875, en su lugar se usaban para pasar el Guaire dos troncos de sauce de propiedad particular, por cuyo uso se cobraba al transeúnte un centavo. Barrios enteros como algunos de la parroquia de La Pastora o de San José, nacieron así siguiendo el ritmo natural del terreno, a lo largo de cursos fluviales y trepados sobre flancos de quebradas, aptos únicamente para la locomoción pedestre o ecuestre por medio de escalinatas y escarpadas cuestras empedradas. Las disponibilidades de espacio que brindaba la ciudad para el desplazamiento en vehículos eran tan reducidas que los carruajes en lugar de un auxilio resultaban un cargoso estorbo para sus dueños. El medio de transporte favorito de los caraqueños era por eso la equitación, la cual llegó a hacerse tan general en la circulación urbana que el viajero William Elroy Curtís al relatar su visita a Venezuela en 1895, asegura haber encontrado en Caracas hasta mendigos a caballo. Durante la Colonia las gentes ricas —y principalmente las damas— se hacían llevar por esclavos en lujosa sillas de mano en las que



La idea de arrastrar sobre rieles carros movidos por tracción animal, fue una invención del ingeniero inglés Outran, de quien derivaron estos vehículos su primitivo nombre de *outran-way*, abreviada por el uso en la palabra *tranway* y traducida al castellano como tranvía. El que representa el grabado es uno de los modelos pequeños, de los destinados a la tracción con asnos.



El tranvía y el coche de caballos, los medios más populares de transporte público en la Caracas del 900. El tranvía eléctrico, reemplazante de su antecesor el de caballos, había sido creado en 1881 por la casa alemana de Siemens y Halske. Los que se usaron en Caracas eran de procedencia inglesa y aparecieron en la ciudad en 1905. En los primeros tiempos del tranvía todavía dominaban muchos prejuicios acerca de los supuestos efectos de la electricidad en el organismo. Para ganarle al nuevo vehículo la confianza de los caraqueños, fue necesario que el propio gerente de la compañía, Mister Ludford, saliera manejando él mismo el primero que llegó a la ciudad, e invitando a los curiosos que se agrupaban en las esquinas para verlo pasar, a subir gratis y a echar un paseo. Cuando algún audaz subía, los que quedaban en tierra lo esperaban a la vuelta cuando el paseo terminaba, para ir a rodearlo al bajarse y preguntarle cómo le había ido. Los tranviarios -en 1929- fueron los primeros trabajadores que organizaron en Venezuela un movimiento huelgario; el que logró triunfar a pesar del régimen de represión que dominaba en el país, gracias al apoyo que le prestaron los estudiantes y el gremio de panaderos. Los tranvías fueron eliminados de la circulación en 1946, privando así a la ciudad de un medio de transporte cómodo, seguro y encantadoramente decorativo.

el ocupante iba encerrado como dentro de un confesionario, y cuyo interior lucía prodigiosamente adornado con asiento forrado en cerda y revestimiento de cuero policromado al estilo árabe, además de cortinilla de seda o de brocado.

En 1685 ya circulaban por Caracas algunas carretas de mula, que se utilizaban para acarrear materiales de construcción; pero los coches de caballos no aparecieron en la ciudad sino durante el primer decenio del siglo XIX, cuando ya se encuentran en la *Gaceta de Caracas* algunos anuncios ofreciéndolos en venta. La de Guzmán Blanco fue la época de gran esplendor de los distintos carruajes de caballos, los que se conocieron —según su categoría, uso y capacidad— como «landeaux» o landós, «victorias», «cale-sas», «fiacres», «volantas», «quitrines» y el modestísimo tipo de la *lechuza*, coche corriente con dos caballos destinado al alquiler, que fue el más popular hasta su desplazamiento definitivo por el automóvil en los años de 1930.

En 1964 falleció en Caracas el señor Tomás Masa, figura en otro tiempo de gran popularidad en la parroquia de San Juan, donde poseía una de las casas más bellas de la barriada de El Guarataro. Para los viejos caraqueños su muerte tuvo muy especial significación sentimental, pues Tomás Masa, como su colega el caraqueñísimo Isidoro, había sido uno de nuestros últimos cocheros. Hasta el año de 1935, cuando abandonó el oficio, se había distinguido don Tomás entre los de su gremio no solo por la elegancia un poco anticuada de su coche —favorito de la clientela del Club Paraíso con su capota de cuero amarillo ornamentada de fulgentes cobres y su majestuoso tronco

americano—, sino por un rasgo singularísimo relativo al respeto que imponía su persona: fue acaso el único cochero de Caracas a quien se mencionó siempre por su propio nombre. Todos los demás, excepción hecha del bondadoso Isidoro, eran conocidos de los caraqueños por los más estrafalarios apodos. En 1930 un reportero de la desaparecida revista femenina *Nosotras* tuvo la curiosidad de enumerar, como en un censo, a los cocheros más populares que aún sobrevivían de la Caracas abolenga de fin de siglo. Y los risueños sobrevivientes de aquella época encantadora de la Caracas en coche, resultaron ser además de Isidoro y Tomás Masa, los que se apodaban con los remoquetes de «Conejo», «Paraguas», «Burro Negro», «Mono-con-sueño», «Monseñor», «Aguacero», «Revoltillo», «Mascavidrio», «Concha e Piña», «Rabanito», «Malabar» y «Morrongo».

En 1881, bajo la segunda administración del Presidente Guzmán Blanco, se inauguraron en Caracas los tranvías de caballitos, tirados en realidad por mulas y —cuando eran de tipo pequeño— por burros. Los términos extremos de la primera línea que se tendió en la ciudad fueron la estación del Ferrocarril de La Guaira en Caño Amarillo, y la estación del Ferrocarril Central entre Sarría y Los Caobos. El viajero Elroy Curtís que conoció aquellos tranvías en 1895, nos dice que los carros resultaban sumamente incómodos y que las damas solo los usaban en casos de mucha necesidad. «Son pequeñísimos —escribe—, sin visillos laterales ni persianas; para proteger al pasajero de la intemperie solo disponen del techo, y están de tal manera infectados de chinches que el viaje en ellos resulta hartamente desagradable. Carecen en general de amortiguación, y los asientos son simples tablas colocadas transversalmente». Para

anunciar la presencia del tranvía en las bocacalles, el conductor soplabá largamente una corneta que hacía pensar en los heraldos de la Fama o en el arcángel del Juicio Final.



Pequeña historia de los helados

ACERTO Y NOVEDAD.

HACE ya algun tiempo que se nota en Carácas la falta de un refrigerante tónico y agradable como el que produce un buen helado en cristalina copa. Nosotros, que deseamos contribuir ya, por nuestra parte á cuanto pueda agradar á esta exulta sociedad, no hemos omitido trabajo ni sacrificio alguno para ofrecerle el servicio de los helados por un nuevo y especial procedimiento poco conocido hasta hoy; de cuyo resultado nos prometemos dejar satisfechos á todos cuantos tengan la bondad de acordarnos sus favores.

No serán solo los helados los que serviremos al respetable público de Carácas, sino tambien un escogido y variado surtido de jarabe frigerifico al gusto del que lo pida.

Esperamos con sobra de razon que nuestros favorecedores nos animarán en esta empresa y nos ayudarán para prolongarla en varios puntos de la ciudad; pues por ahora solo se hallarán en la ~~esquina~~ calle de Carabobo, entre las esquinas de las Gradillas y la Sociedad, desde el lunes en adelante, de siete á nueve de la noche.

Carácas, Agosto 1º de 1866.

Mucho han contado los helados como amable motivación y fomento de las buenas relaciones sociales entre los caraqueños. Como tantas otras golosinas y postres hoy extendidos por todo el mundo, son los helados una remota invención de los árabes, quienes los crearon con el nombre de *xorbet* y también de *sherbet* de los que derivó nuestro idioma la palabra sorbete. Aunque hay indicio de que ya los antiguos romanos los habían conocido, la introducción de los helados en Europa se atribuye al gran viajero veneciano Marco Polo, quien al regreso de su largo viaje por el Oriente, en los albores del Renacimiento, trajo entre sus apuntes varias recetas para prepararlos. Desde esa época hasta mediados del siglo XVII la técnica para enfriar fue un secreto casi exclusivo de algunos afamados reposteros italianos, particularmente de los de Venecia. Pero la especialidad se extiende a Francia llevada por Procopio Calpilla, que en 1860 establece en París la primera heladería del mundo. Entre los grandes artistas del postre frío que desde entonces dieron lujosa fama a la repostería francesa, uno a quien nunca olvidará esa exquisita industria es a Vatel, el renombrado cocinero del príncipe Condé. Célebre porque se suicidó en un raptó de impaciencia al faltarle el pescado para una comida en la que el invitado era el rey Luis XIV. Vatel es también famoso en la historia de la gastronomía porque precisamente el día de su suicidio y para esa misma comida trágica, había inventado la forma más exquisita del mantecado: el quesillo frío.

La primera ciudad de nuestros trópicos en conocer los helados fue La Habana, en 1807, con hielo importado de los Estados Unidos. Desde 1805 el norteamericano Federico Tudor había establecido un curioso «comercio internacional del frío», servido por barcos que salían del cauce del Hudson, de Maine, Michigan y Wisconsin, llevando copiosos cargamentos de hielo y nieve hacia las Indias Occidentales y, a partir de 1815, para las colonias españolas de ultramar.



La famosa «Confitería de las Familias» en la esquina de Las Madrices, afamada por sus sorbetes. La fotografía fue tomada a principios de 1900, cuando en las calles empiezan a alternar los postes del tendido eléctrico y sus extrañas lámparas de arco voltaico, con los esbeltos faroles del alumbrado a gas. Los rieles son todavía los del tranvía de caballos que baja desde la esquina de La Torre hasta la estación del Ferrocarril Central, cubriendo toda la ruta del Este. El pavimento de la avenida es de adoquines dispuestos diagonalmente, mientras el de la calle transversal sigue siendo de piedras coloniales. La figura de oscuro que se ve plantada en el centro de la bocacalle es un agente de policía. En aquella época vestían un uniforme de dril azul y se tocaban con una cachuchita que los asemejaba a los primeros jugadores de beisbol.

Ya en 1825 avisa el periódico caraqueño *El Venezolano* a sus lectores, que para las celebraciones del 5 de Julio se ha hecho un pedido de nieve a los Estados Unidos para los granizados y refrescos. Y en 1856 el señor Fausto Teodoro de Aldrey, fundador después del periódico *La Opinión Nacional* anexa a su «Café Español» la primera heladería de Caracas. La solicitud de permiso para establecerla fue redactada por Cecilia Acosta en un poético memorial en que exaltaba la significación de los helados como estímulo de la amistad. «Los

sorbetes —dice allí el gran pensador— sirven de aliciente al espíritu de asociación, matan los rencores y hacen que los hombres se acerquen y se entiendan. La desunión engendra el odio, y el odio no puede vivir sino entre las sombras que forma la distancia. La enemistad es desechada y se aísla para aborrecer; pero en un salón de buena compañía donde hay generosidad en vez de hiel, la frente se desarruga y la palabra concilia al fin los sentimientos».

Poco después, el 12 de marzo de 1856, en su aviso del periódico *El Foro* se excusa el señor Aldrey de no haber podido cumplir sus compromisos relacionados con la fabricación de helados, porque la goleta de nieve que encargó oportunamente a Nueva York había quedado bloqueada en el Hudson a causa del riguroso invierno; pero avisa a sus clientes que para abreviar en lo posible la demora ya ha hecho un pedido de emergencia a los depósitos de hielo y nieve existentes en la isla de Saint Thomas.

La producción de helados en escala industrial y la generalización de su consumo, comenzaron por el año 65, después que el ingeniero francés Carré inventó la máquina de fabricar hielo, perfeccionada después y convertida en artículo de uso doméstico por el suizo Carlos Linde al inventar la refrigeradora en 1874. Sin embargo, la primera sorbetera eléctrica no vino a llegar a Caracas sino en 1921, cuando la pastelería «La India» anuncia en los periódicos la novedad de sus helados elaborados «por fuerza motriz», y establece su servicio de despachos a domicilio de sorbeteras, moldes y cajitas «desde dos copas».

En 1929 la gran novedad de Caracas fue la aparición de los helados duros de palito, o sea los popsicles, que se vendían a real y no eran fabricados en el país, sino que venían en cavas especiales de los Estados Unidos.



La esquina de La Torre, la más céntrica de Caracas, diagonal con la torre de la Catedral, como era en 1895 cuando se inauguró la célebre botillería de Jaime Escofet, en cuyo alto existió uno de los Salones para familias más elegantes de Caracas, con música de piano y famoso servicio de sorbetes.

Para las fiestas como bautizos, bailes y matrimonios, era costumbre encargar una sorbetera de helado así como un sifón de cerveza que la cervecería despachaba acompañado de su correspondiente panela de hielo. La elegante costumbre de ir a los lugares públicos para tomar helados en copas, entró en su decadencia durante la época conocida como «los años locos», entre 1926 y 1930, cuando las damas de Caracas empezaron a preferir los cocktails al estilo norteamericano y los caballeros la cerveza. Había vivido su edad de oro en 1877, en los tiempos afrancesados de Guzmán Blanco, días hermosos de nuestra ciudad en que se inauguraba «El Polo Ártico» con el ofrecimiento de «un nuevo y elegante salón para señoras, completamente independiente, en donde se servirán helados y muchas otras cosas, al son de un famoso piano».



La Sampablera



EN LA
SOMBRERERIA PARISIENSE

DE
JOSE MARTIN,
ESQUINA DE PAJARITOS,

SE sabe en de recibir por los últimos liques vea-
das de Francia, un grande y variado surtido
de sombreros y pajas, á saber:

LOS TAN AFAMADOS sombreros de pelo negro
Electro-higiénico á corriente de oro, de
seda, seda, y que no se para el color.

PERFECCIONADAS pajas de paille duro sobre cor-
cho, impermeables, de varias formas y os-
tros.

FINISIMAS pajas de terciopelo negro y de color.
RICAS pajas de castora.

NUEVAS pajas de seda y otras de caprichos,
lo que se hace de mas nuevo en Paris.

FINAS pajas de caimir
GRAN SURTIDO pajas de paño de toda clase de
color, forma y precio.

ELEGANTES pajas de paja y cordón de toda clase
de color, forma y precio.

Tambien para niños
Un variado surtido de pajas de paño, paja y cordón
de varias clases de color, forma y precio.

TODAS ESTAS MERCANCIAS,
se recomiendan por el buen gusto, la elegancia y
la duración

á precio equitativo.



La Plaza del Municipal, antigua Plaza de San Pablo, con la estatua de José Gregorio Monagas al centro y el peristilo del teatro antes de ser mutilado para construir el Centro Simón Bolívar.

El 1° de agosto de 1859, uno de los sucesos iniciales de la Guerra Federal fue la prisión del Presidente Julián Castro, sucesor de José Tadeo Monagas. Castro, al derrocar a Monagas, había formado un gobierno conservador, el cual le tocó enfrentarse al movimiento federal encabezado por Zamora, Falcón y Guzmán Blanco. Ahora bien, al comprobar el impulso que el movimiento de los rebeldes cobraba en todo el país y cuando ya estos marchaban hacia el Centro, Castro empezó a dar síntomas de querer entenderse con ellos, por lo que el Comandante de Armas de Caracas, coronel Manuel Vicente de las Casas, procedió a hacerlo preso por traidor. Pero a pesar de la prisión del Presidente, la situación del poder siguió siendo precaria, por lo cual el propio de las Casas resolvió oportu-



La Antigua Plaza de San Pablo, transformada después en Plaza del Municipal. Grabado de Cornelio Aagaard.

nistamente revolverse él también contra el gobierno, y aunque no soltó a Castro reunió a toda prisa sus tropas en la Plaza Bolívar y se declaró partidario de los federales. Pero su actitud no encontró el apoyo civil que él esperaba, quedando en una situación de desconcierto que fue hábilmente aprovechada por los conservadores para reestabilizarse en el poder. Casas, al ver que el gobierno recobraba su estabilidad, volvió sobre sus pasos y se restituyó a las fuerzas gubernamentales. Al enterarse de la primera parte de aquellos sucesos, pero sin conocer el desenlace que habían tenido, el jefe federalista Pedro Vicente Aguado, que dominaba en La Guaira, resolvió marchar con sus tropas sobre Caracas, donde esperaba ser jubilosamente recibido. Pero al contrario tuvo una ingrata sorpresa al encontrarse con que las fuerzas de Caracas, que ya él creía sus aliadas, lo recibían a fuego cerrado. Se enfrentaron entonces los de Caracas y los de La Guaira en una fiera batalla que tuvo como escenario la Plaza de San Pablo, lugar donde hoy se levanta el Teatro Municipal. El combate



Un sector de la Plazuela de San Pablo tal como estaba en 1857. En la zona de la izquierda que no se ve en el dibujo estaba el templo de San Pablo y anexo a él el primer hospital que se levantó en la ciudad, así como el cementerio donde fue enterrado José Angel Lamas, autor del *Popule Meus*. En el rincón del fondo se ve el hermoso frontispicio de la casa que habitó la familia Salias, de gloriosa memoria en la historia nacional, y uno de cuyos miembros, Vicente Salias, fue el autor de la letra del *Gloria al Bravo Pueblo*. Esta casa fue también, desde 1847, la residencia del general José Tadeo Monagas, sucesor de Soublotte y primera figura de la «dinastía Monaguera», compuesta por José Tadeo y su hermano José Gregorio, que gobernó al país hasta 1858, cuando fue derrocada por la revolución de Julián Castro. El templo de San Pablo fue demolido por Guzmán Blanco para construir en su lugar el Teatro Municipal. En primer plano se ve el soldado de ronda que daba el ¡Alto, quién vive! a los transeúntes nocturnos. Dominando Ja altura del fondo se ve la antigua ermita de El Calvario y el aspecto árido que ofrecía el cerro antes de ser transformado en paseo público por el general Guzmán Blanco. Dibujo de Richardson, 1857.



Compra de ratas y ratones, método de lucha contra la peste bubónica en Caracas, 1910.

de San Pablo, uno de los más aspavientosos que ha presenciado la ciudad, se libró en la tarde del 2 de agosto de 1859. De aquel suceso memorable se originó la palabra caraqueña *sampablera*, que en nuestra habla popular designa una alteración masiva del orden.

Las condiciones de suma austeridad gráfica en que a falta de buenas técnicas auxiliares tuvo que desarrollarse la imprenta caraqueña desde su establecimiento en 1808, significaron para el periodismo de la capital un largo retardo en comenzar a considerar la tipografía como un arte. Muy restringidamente comenzaron a hacerse los primeros ensayos de grabados por los años de 1855 en la revista *El Mosaico*, de Luis Delgado Correa, y en 1854 estableció Félix Rasco la primera litografía y el primer taller para grabar clisés. Pero carente de buenos tipos de adorno, de viñeterías y de materiales de decoración que no aparecieron sino con *El Cojo Ilustrado*, y estancada desde los tiempos de la *Gaceta de Caracas* en avejentados módulos de composición que no variaron ni siquiera en un periódico de tendencias más avanzadas como *La Opinión Nacional*, la publicidad periodística tuvo que sustituir con ingenio literario y gracejos de redacción, los atractivos que sus avisos no podían ofrecer en alardes de arte tipográfico. Galas de estilo, travieso humorismo e ideas expresadas con originalidad y soltura, construyeron así en siglo y medio de periodismo caraqueño, una escuela de publicidad comercial que está entre las más encantadoras de la prensa hispanoamericana.

Con un lenguaje mucho más fresco, más popularmente espontáneo y con frecuencia más veraz que el de muchos graves textos de sociología o fastidiosos editoriales, está indirectamente narrada la historia espiritual de cada época de nuestra ciudad, en los avisos de la prensa. Aun prescindiendo del tema que los motiva, en su lengua-

je, en su tono y en la forma literaria que sus autores prefirieron para redactarlos resultan el más diáfano testimonio de los afanes, gustos y modas que en cada momento del devenir ciudadano inquietaron la psicología colectiva. En ellos define la ciudad su caracteriología como en la palma de su mano; con ellos nos acercamos a un aspecto de nuestra literatura menor que aún no figura en ningún tratado.

Punto de partida para el estudio que todavía no tenemos de nuestra literatura publicitaria, sería la propia *Gaceta de Caracas*, precursora del periodismo caraqueño y también de un estilo de publicidad cuyo pulido casticismo dominará hasta 1840, cuando la prensa de la ciudad conoce sus primeros grabados. Es el estilo de aquel «Aviso a las Señoras de Buen Gusto», donde las gracias de un lenguaje digno de las modosas damas a quienes se dirige compensan ampliamente la pobreza de una técnica tipográfica toda vía balbuciente.

Ya para los años cincuenta, época de relativa prosperidad en el país y cuando el arte tipográfico podía ya disponer de una conquista como el clisé, la creciente expansión del comercio reclamaba por otra parte un tipo de publicidad más ingenioso y dinámico, como conviene a una clientela que ya no eran las cinco o seis familias pudientes de 1808. Y para un pueblo que había conquistado su derecho a las solicitaciones de la buena propaganda, se instauró en la ciudad la moda, ya antigua en España, de los avisos versificados que encabezan sus textos con bonitas siluetas de liras, diablitos o caballos alzados en dos patas:

***Nada en el mundo acredita
al más apuesto doncel
como beber moscatel
y fumar Doña Juanita.***

***Faltan encantos y hechizo
y sobran fieros pesares
donde faltan los manjares
que prepara el Café Suizo.***

Son muestras primorosas de una lírica comercial largamente cultivada después por Leoncio Martínez, Job Pim, o por las musas ocasionalmente traviesas de Andrés Eloy Blanco y Alfredo Arvelo Larriva. De «Leo» son ciertas celebradas décimas compuestas en 1920 para la publicidad de los cigarrillos «El Tabacalero».

***Zapatero, tero tero
que mientras trabajo canto
y mis angustias espanto
fumando «El Tabacalero»;
fumo y gozo mi dinero
porque ese vicio no es malo,
y además tengo un regalo
que «El Tabacalero» da:
¡un reloj que marcará
la hora de echarme el palo!***

Y de Arvelo Larriva ha recogido la posteridad los regocijados endecasílabos que escribió para la propaganda del Ponche Nacional, rival que le apareció al celeberrimo Ponche Crema por el año de 1919:

***Leda al Cisne, después del embeleso
del primer beso tierno y pasional,
le preguntó: ¿Y a qué te supo el beso?
Y dijo el Cisne con el pico tieso:
¡A Ponche Nacional!***

Evidencias extraperiodísticas del adelanto que las técnicas del grabado habían alcanzado hacia 1870, son a pesar de su vacilante ortografía, ciertas lujosas litografías sobre papel de hule que en ese tiempo imprime don Félix Rasco especialmente para médicos y dentistas. Así aquel bonito afiche en que el doctor José Antonio González nos ofrece su específico para quitar instantáneamente los dolores de muelas, además de recordarnos que pone dientes a diez y ocho reales cada uno.

Pero todos los recursos decorativos de la tipografía romántica se han agotado en el *Anuario Comercial de Rojas Hermanos*, con su vistosa variedad de mayúsculas festoneadas, sus buidas orlas interrumpidas a los extremos por lancetas y solanges, y la primorosa trama de su composición, evocadora a veces de las finísimas encajerías del arte flamenco.

Con la entrada de nuestro siglo —y paradójicamente con el aumento de las disponibilidades técnicas que comportan la electricidad y el fotograbado— decae un poco la calidad artística y el valor literario de los anuncios. Y es que la tradición tipográfica europea a la que se había acogido Caracas desde los primeros tiempos de *El Cojo Ilustrado*, comienza a saturarse de un rudo funcionalismo a la norteamericana, como el que se expresaba en los primeros avisos del Linimento Sloan donde ya nada tenía que ver la imaginación y el ingenio caraqueño. La tradición del aviso artístico va a refugiarse entonces en Job Pirn y en «Leo», sus últimos grandes representantes en la primera mitad del siglo XX.





EN LA

SOMBRERERIA PARISIENSE

DE
JOSE MARTIN,
ESQUINA DE PAJARITOS,

SE acaban de recibir por los últimos buques venidos de Francia, un grande y variado surtido de sombreros y pajas, à saber:

LOS TAN AFAMADOS sombreros de pelo negro Electro-biológico à corriente de oro, de forma nueva, y que no se pasa el sudor.

PERFECCIONADAS pajas de paño duro sobre corcho, impermeables, de varias formas y colores.

FINISIMAS pajas de terciopelo negro y de color.

RIGAS pajas en cartera.

NUEVAS pajas de seda y otras de caprichos, lo que se hace de mas nuevo en Paris.

FINAS pajas de casimir.

GRAN SURTIDO pajas de paño de toda clase de color, forma y precio.

ELEGANTES pajas de paja y cerda de toda clase de color, forma y precio.

Tambien para niños

Un variado surtido de pajas de paño, paja y cerda de varias clases de color, forma y precio.

TOODAS ESTAS MERCANCIAS,

se recomiendan por el buen gusto, la elegancia y la duracion.

à precio equitativo,

12-11

ANUNCIOS.

ROBO.

En la madrugada de ayer 20 se introdujo un ladron à mi casa por la puerta habiéndola encontrado abierta à causa de haber salido la familia para misa; y me extrajo toda la ropa y aun el sou-liezo dejandome reducido al vestido con que dormia; en la que se lleva habia en el chaleco, quince pesos, un pantalon de casimir y el pauto; son enteramente nuevos y hechos por mi. Lo participo al público para que se abstenga de comprar los objetos porque estoy dispuesto à hacer valer mi derecho; tambien lo aviso à las autoridades para que esten en cuenta y me presten el apoyo necesario.

Noviembre 21 de 1870.

Francisco de P. Quintero. 3-1

Sirvan estas rimas de consolacion y sea tambien consuelo que doi, à los presaladores de calumnia tan ruin. —Caracas, Octubre 15 de 1868.

Nicolás Fragachan. 8-1

UNA GRATIFICACION

ALL que diere noticia cierta del paradero de Juan Uaste, quien asegura Vicente Martel haberse suado el caballo que rizo en la posada que está junto al teatro de Caracas. Se dice que es un bilioso, y se excita al mismo Vicente Martel à suministrar datos.—Orderrase al establecimiento. "Panaderia de Santa Rosalia."

Caracas, Octubre 16 de 1868.

8-1

ANUNCIOS.

!! QUE AGUINALDO !!

Se ofrecen al público un sugeto para cuido de gallinas, chivos y otros animales domésticos, ó para jefe de una revolucion, pues para ambas cosas tiene aptitudes naturales y conocimientos prácticos.

Dirijirse por informes al seudónimo.

José Eusebio Hernández Noya.

Caracas, diciembre 12 de 1870. 3-1

Primer aviso relativo a modas publicado en Caracas. «Gazeta de Caracas», 1809.

En tiempo de paz todo el mundo ríe, canta, toca, baila y se divierte.

¿QUEREIS LA PAZ?

Rejas Hermanas ofrecen á sus relacionados 1000 piezas de música para piano, á una y dos manos, y de los principales autores modernos.

Todas estas piezas se venden á precios regulados.

Escopetas de cacería, pistolas de salón, finreles, máscaras, etc., mudiciones, sacos y polverosas.

Manteles, toallas y servilletas de hilo y algodón (artículos ingleses).

La Guerra ó el Mal Ladrón.

LUE O TINIEBLAS.

Bien pueden continuar las tinieblas en las calles de Cádiz; nadie se opondrá, pero en las salas de cada familia habrá siempre luz.

Nada puede faltar al gran número de lámparas, tubos, mechas y demás accesorios del alumbrado que acaba de recibir Rejas Hermanas.



CAJAS DE HIERRO

INCENDIABLES.
En los tiempos de robos es necesario guardar el dinero y las prendas. Las cajas de hierro que venden Rejas Hermanas pueden resistir sin dificultad á cualquier temperatura y son tan sólidas que resisten á prueba de incendio y de robo.

En tiempo de guerra los más háyos ó se esconden, los menos pelean.

¿QUEREIS LA GUERRA?

Rejas Hermanas ofrecen á todos los enemigos de la paz, revolvers de todas tamaños y clases, pistolas de todos tamaños y clases, puñales, cuchillos y trabucos.

Cajas de hierro incombustibles para guardar prendas y dinero.

Bañes de vapor (imperiales) como nunca habían llegado á Cádiz, bañeros, sacos de noche, capoteras para viajeros en campaña ó personas que emigran.

EL DILUVIO.

Aviso en «La Opinión Nacional», 1870. El anunciante se aprovecha del espacio que ha comprado en el periódico para aludir sarcásticamente a la situación belicosa que en ese momento vive el país.

*Recuerdos
del General
Guzman Blanco*



Amás de medio siglo del terremoto de 1812, la Caracas de los años sesenta seguía viviendo entre las ruinas de aquel magno desastre. Poderosos árboles crecieron entre los llagosos muros que habían quedado en pie de la caída de las grandes casas de otro tiempo; el norte de la ciudad era como un abandonado cementerio de la arquitectura colonial, donde los astrágalos agrietados se ahogaban atenazados por musculosas raíces de trinitaria, y órdenes enteras de desamparadas pilastras brotaban de la maleza como fantasmas de gigantes. Entre las grietas de los que fueron los empanellados de los corredores brotaban las flores y las espigas de la hierba invasora, y las panelas habían criado esa pátina verdosa del ladrillo que hace años ha emprendido su lento viaje de regreso a la tierra. El aire húmedo del Ávila había emplumado de plantas aéreas los desolados balcones, cuyas maderas se podrían con las lluvias y que quedaban alzadas en pleno campo enmarcando la inmensa tristeza de aquel mundo devuelto por el olvido a su origen vegetal. A la ruina dejada por el terremoto había seguido en la ciudad la sembrada por la guerra de la independencia; luego había venido un largo período de pobreza y de luto, y otra vez la guerra. Los empedrados de las calles circuladas por caballos y con escasísimos carruajes, mostraban en las esquinas las amplias caries abiertas por las corrientes de las lluvias; la mayoría de las casas desaguaba sus cloacas en la calle; como en las ciudades medievales de los tiempos de San Antonio del Vianesado, todavía se veían en el centro de la ciudad puercos revolcándose en las pútridas charcas. Arrieros y carreteros que iban al mercado conduciendo sus traqueteantes puntas de carretas, o sus recuas al son de la esquila del burro campanero, daban a la ciudad un aire de aldea de tierra adentro, con sus anchos sombreros de paja y sus camisas de mochila hasta la rodilla. Nadie se ocupaba en pintar las paredes de descascaradísima lechada, donde las prácticas de unos carnavales semisalvajes habían acumulado una costra mu-

grieta de huevos podridos y aguas negras. Al pie de las casas y entre las lajas de las ruinosas aceras, crecían el cadillo de perro y la verdolaga, y en lo alto de las ventanas negreaba aún el ahumado grasiento dejado por las velas que en otro tiempo constituyeron el alumbrado público. El pueblo de los barrios andaba descalzo, deformados los dedos de los pies por las niguas, y en el único teatro de la ciudad, así como en las posadas y rancherías, pululaban las chinches y pulgas. Aunque ya existía el moderno Cementerio de los Hijos de Dios, en los camposantos destinados a los pobres veíanse cadáveres medio salidos de la tierra que se acababan de descomponer a la intemperie, con perros y cochinos merodeando entre ellos.

No disponía la ciudad ni de un parque ni de un jardín público para su esparcimiento. La Plaza Mayor, denominada Plaza Bolívar por decreto municipal desde 1825, era todavía el mercado público que describió Bolet Peraza, poblado de carnicerías donde a veces se mataba cochino a la vista del viandante; de ventas de mondongo y de verduras que se improvisaban en el suelo bajo pequeños toldos, y rodeada de grandes arcadas de tapia real a cuyo cobijo se guarecían las pulperías y tiendas de ropa. A pesar de su viejo prestigio de ciudad culta, Caracas parecía haber involucionado espiritualmente bajo el impacto moral de la guerra de los cinco años. Las diversiones de la ciudadanía —fuera del teatro, siempre destinado a minorías— seguían siendo a más de las peleas de gallos, los toros coleados que se corrían en las calles de San Juan o Candelaria, y unos carnavales significados por su desbordamiento de suciedad y grosería, en los que el juguete favorito era una vulgarísima jeringa de poner enemas llena de un agua inmundada. O eran los bailes con pianito de manubrio que solían acabarse a palos en los barrios prostibularios de Bajo Seco o de El Silencio, o pésimas corridas de toros en los improvisados circos de Maderero y de Ferrenquín. Los periódicos de la época



El Palacio Arzobispal de Caracas, en la esquina de Las Gradillas, antes de ser refaccionado por Guzmán Blanco. Al lado, en la esquina de Las Monjas, se ve todavía el edificio del Seminario de Santa Rosa de Lima, en cuya capilla se había firmado en 1811 el Acta de la Independencia. Dejando a salvo la capilla, que hoy sirve de salón de sesiones del Concejo Municipal, el seminario fue demolido para construir, a principios de siglo durante el gobierno del general Cipriano Castro, el Palacio de Justicia donde por mucho tiempo funcionó la Gobernación del Distrito Federal. Litografía de Neun.

se quejan frecuentemente de que los domingos y otros días feriados ninguna familia puede pasear por las riberas del Anauco a causa de la multitud de hombres y mujeres que allí se ven bañándose medio desnudos. A pesar de que ya existen tiendas modernas como «La Tentación», «El Universo», «La Rosa», «La Ciudad de Caracas», sastrerías como «Los Diez Mil Paltós», zapaterías como «La Bota Verde» y la «Zapatería Francesa», y un almacén de ropa hecha como «La Crinolina» —negocios elegantes que tratan de imponer a los caraqueños las modas parisinas—, Caracas en aquellos tiempos viste mal y feamente, unos driles y cretonas que denuncian la pobreza y el gusto provinciano impuestos a la ciudad por la guerra.



La estatua de Guzmán Blanco entre el viejo edificio de la Universidad y el Palacio Federal, era popularmente conocida como Saludante, y a la del mismo general Guzmán que se levantaba en la redoma de El Calvario se la llamaba Manganzón. Ambas estatuas fueron bajadas de su pedestal en 1878 al sobrevenir la reacción antiguzmancista encabezada desde el poder por el general Linares Alcántara. Pero muerto repentinamente Alcántara y restituido Guzmán al poder, las estatuas volvieron a su puesto. Desaparecieron definitivamente cuando el pueblo las derribó en los primeros meses del gobierno del doctor Rojas Paúl, época en que el guzmancismo llegaba a su ocaso.

Civilizar a aquella Caracas medio campesina, devolverle su dinamismo de ciudad testera de la Revolución Hispanoamericana, embellecerla y transformarla en una de las capitales más espirituales y simpáticas que recordaron los viajeros por la América Latina de aquellos años, fue la magnífica proeza cumplida por el general Antonio Guzmán Blanco durante los dos lustros en que ejerció o influyó el poder de la nación. Los del guzmancismo que se inician con el año de 1869, son los tiempos del remozamiento y esplendor de la ciudad; hasta el nombre de Revolución de Abril con que se llama el movimiento que instaura a Guzmán en el poder, respira un aire de primavera histórica. «Pocos períodos —escribe Ramón Hurtado— de la historia social, política y literaria de Venezuela tienen la adorable sugestión de esos días. Ni la Caracas libertadora de 1811,

grávida de epopeyas; ni la Caracas federalista, roja y negra, presentan, al evocarlas, ese suave dejo de añoranzas que tiene la Caracas de la Revolución de Abril. Eran días de renacimiento. Imperaba en todo el país un entusiasmo férvido y cálido. Venezuela se reponía de las violencias sufridas durante largos períodos de luchas sangrientas y el Ilustre daba a beber a la Patria en copa de oro, un gran trago de generoso vino».

Como gobernante puede acusarse a Guzmán Blanco de altanero, egocéntrico y tiránico, pero no de incivil ni de inactivo. Para hacer de su pequeña Caracas el centro de uno de aquellos «despotismos ilustrados» que se inspiraron en la Francia aparatosa y retórica de Napoleón III, no le faltó ni la proximidad de una nueva Eugenia de Montijo, en la muy ornamental figura de su gentil esposa Ana Teresa Ibarra. Su formación universitaria y su mundanismo de viajero a lo gran señor pesaba sobre su condición de general, y como nuevo Augusto, para emprender la reforma de su república rodeóse de hombres de letras, de arquitectos, de científicos y de artistas. La falta de sentido histórico y aun de buen gusto con que acometió la transformación arquitectónica de su ciudad, está compensada con el amor de jardinero con que quiso cubrirla de flores. En la transformación del árido cerro de El Calvario en recatado ámbito de jardines y árboles, le hizo a la ciudad su más fino regalo. Su acueducto de Macarao a El Calvario y su ferrocarril de Caracas a La Guaira, figuraron entre las mayores obras de ingeniería en la América de su tiempo. Dotó a las calles de la capital de sus primeros tranvías, le sustituyó sus viejos faroles de aceite de coco con los más modernos del alumbrado a gas, y con la transformación de la plaza del mercado en la Plaza Bolívar, le dio a la urbe un ágora, un centro de espiritualidad y el que después ha sido núcleo clásico de la cultura y la gentileza ciudadana, como le dio en el Teatro Municipal un verdadero «templo del arte» y una



El Restaurant del Puente de Hierro, «rendez vous» de los caraqueños elegantes desde la época de Guzmán hasta fines de siglo cuando se convirtió en lugar de reputación discutida. Litografía de Neun.

de las joyas arquitectónicas más primorosas de la Caracas de su época. Su influencia de gobernante enamorado de París afecta desde el nombre de *boulevards* con que bautiza algunas calles, hasta el estilo francés que impone a los uniformes de los generales, con sus esbeltas casacas a lo Napoleón III y sus vistosos entorchados en oro. La vida social que fomenta es la de las grandes damas que pasean por los jardines del Casino su majestad de aves exóticas con sus modas y peinados que evocan grandes paújies; es la de los caballeros de barba a lo Boulanger, melena de león y amplia capa romántica forrada en seda roja, y finamente ladeado sobre la ceja el fulgente sombrero de copa. Bajo la égida del gusto afrancesado del general Guzmán Blanco, Caracas aprende a jugar al carnaval con flores y perfumes, se hace paseante y jardinera y hace de la vida de relaciones un fino espectáculo de buenos modales y espiritual *causerie*; los vetustos cafés de estilo español se transforman en elegantes salones para fa-

milias, con esplendor de mármoles, cobres pulidos, y espejos que cuelgan como lagos en su moldura dorada. Aparecen las grandes tiendas al estilo parisino como «Las Últimas Novedades de París» y la «Compañía Francesa». La *Boulangerie* y *Patiserie* de Sociedad ofrece a su selecta clientela exquisiteces que se llaman *gateaux de roi*, *abricotine*, *bisquit pistaches*, *petit religieuse*, *babas aux kirch* y *tartelettes aux ananas*. Las calesas y quitrines de capacete bajo ponen de moda los paseos vespertinos al Puente de Hierro, que desde la inauguración del puente se ha convertido en el *rendez-vous* de la mejor sociedad. En *La Opinión Nacional* tiene la ciudad no solo su primer gran diario moderno, sino la primera imprenta mecánica de funcionamiento al vapor. El ritmo febril con que progresa la ciudad exhibe su símbolo en el inmenso edificio del Capitolio que el ingeniero Luciano Urdaneta ha logrado construir en cuatro meses, y en el contrato que ha firmado en 1874 el Ministro Muñoz Tébar, primero con Rafael Domínguez y luego con H. L. Boulton, para la construcción de quinientas casas de habitación en dos años. Con la construcción del audacísimo Puente del Guanábano sobre una de las quebradas más profundas de la accidentada topografía urbana, la ciudad ha dado su gran salto hacia el Norte. Pasado el breve período reaccionario de Linares Alcántara, Guzmán al reasumir el poder ha reconstruido totalmente cincuenta y cinco cuadras, ha refaccionado otras cientos cincuenta y nueve y ha construido cuarenta y seis aceras de lajas, más doce de cemento Vicat. En la zona de la «Quinta Guzmán» en las proximidades del Ávila por el Norte, y en «La Guzmanía» de Macuto, Caracas tiene ya sus primeras urbanizaciones. El asiento de la Presidencia de la República, que hasta los años del setenta había estado en la esquina de Camejo número 24, había sido trasladado al lugar del centro de la ciudad que desde entonces se llamó Casa Amarilla, transformada por Guzmán en un lujoso palacete, y al construirse la residencia presidencial de Antímano, el



Carátula e interior de una tarjeta de bautizo al estilo que se impuso desde los tiempos afrancesados de Guzmán Blanco. En enero de 1880 fue bautizado en el Palacio Arzobispal de Caracas, Diego Antonio, hijo del Presidente. El agua empleada en la ceremonia fue traída especialmente del Jordán por el propio general Guzmán Blanco.



Bocina del primitivo teléfono de Bell El norteamericano Alexander Graham Bell inventó el teléfono en 1876, y poco más de año y medio después, entre 1877 y 1878, ya estaban funcionando los primeros teléfonos en Caracas. Los primeros aparatos fueron traídos a la ciudad como una curiosidad científica, por el señor Gerardo Borges; e instalada una línea de ensayo entre Caracas y Petare, los primeros caraqueños que hablaron por teléfono fueron el propio señor Borges y el Presidente Guzmán Blanco. Cinco años después, el 2 de julio de 1882, se inauguró la primera línea entre Caracas y La Guaira.



apacible aledaño se convertirá con sus airosas casas al estilo francés decoradas con mosaico y estuco, en lo que se llamó «el Versalles del Ilustre». Caracas asiste entonces a grandes temporadas de ópera en el Municipal y escucha bajo los auspicios de Guzmán, el piano ilustrísimo de Teresa Carreño. Los temporadistas a Maiquetía y a Macuto repletan los vagones del ferrocarril de La Guaira. En el centro de la ciudad se inauguran nuevos salones de billar, nuevas cervecerías, nuevos lugares para tomar el helado durante los intermedios de la retreta de la Plaza Bolívar, donde se ha establecido también para las tertulias de amigos un servicio de sillas de alquiler. Los periódicos abundan en anuncios de ayas y modistas francesas que se ofrecen a las familias. Ya existe la hermosa moda de ir a la Plaza la noche del 31 de diciembre, para esperar allí el clásico cañonazo que se escuchó por primera vez en 1871, instituyéndose desde entonces como una de las más amables costumbres caraqueñas. Las Ciencias Positivas triunfan en la Universidad, y en sus adyacencias se ha construido, en el Palacio de la Exposición, un observatorio astronómico donde el doctor Ernst atisba las estrellas. El 18 de octubre de 1886 se inaugura



en Caracas la Casa de la Moneda en la esquina de Caja de Agua. En el acto se acuñaron monedas de oro de cien bolívares y de plata de cinco; la primera que arrojó la máquina le fue presentada a Guzmán Blanco en rico estuche de terciopelo azul. La maquinaria podía acuñar treinta mil bolívares al día. Con el monumento de «Die Wacht am Rhein» de los alemanes comparan algunos viajeros la soberbia estatua que Guzmán Blanco se ha hecho erigir en el tope más alto del parque de El Calvario, sobre la redoma que es al mismo tiempo pedestal y paseo, y que el humorismo popular llama por su empaque a la *non chalaneé*, la estatua de *Manganzón*, como llama *Saludante* a la que se le ha erigido al Ilustre entre la Universidad y el Palacio Federal. La de El Calvario estaba rodeada de una verja formada por cañones de viejos fusiles capturados por Guzmán al enemigo durante sus campañas. Para las noches de las fechas conmemorativas de sus glorias, en las bocas de aquellos fusiles se colocaban velas encendidas, y el egregio personaje, iluminado por su resplandor, parecía una antigua deidad surgiendo del fuego. Cuando ya agonizaba el siglo y con él llegaba a su ocaso el guzmancismo, el pueblo y el estudiantado de Caracas echaron estas estatuas a rodar por las calles. Pero olvidada su fanfarronería y sus desplantes de déspota ilustrado, en el estilo de ciudad fina, amante de las flores y de las fuentes y devota de la elegancia que supo el gran general imprimirle a Caracas, quedó lo más imperecedero de su espléndida personalidad.



❧ *Las modas en la época guzmancista* ❧

Las modas y tocados que dominaron en Caracas durante toda la época de la influencia guzmancista, eran los que dictaba París a través de revistas traducidas y reeditadas en España como el *Semanario Familiar Pintoresco*. Las telas de vestir y de adornar tenían hermosos nombres franceses como Arabia, Alemanisco, Barege, Bullante, Brin, Céfiros, Cottonías, Catín, Fouland, Guingas, Nansoules y Tarlatán. La prosa modernista de Ramón Hurtado evoca en una hermosa remembranza de la Caracas de 1886, aquellas elegancias de antaño que «llevan basquiñas de moaré rameadas de azabaches, de pesados pliegues de imagen, mangas en forma de melón y el relojito de oro prendido sobre el corazón. En los lóbulos de las orejas titilan límpidos salomones inverosímiles. Las caraqueñitas de entonces —cuántas, Fabio, ¡oh dolor peinan ahora pompadourescas pelucas blancas o duermen en la tumba!— usaban polizón, descotes velados por canesús de tules, crujientes faldas de gró tornasol y llevaban el romántico sombrerito «Hernani» con su pluma bandidesca y su ala de búho bajo la cual se escapaba un maravilloso mazo de bucles atirabuzonados. Era la época de los colores estridentes. Desconocíanse

CARACAS JULIO 8 DE 1886

ANNO I

LA CARICATURA

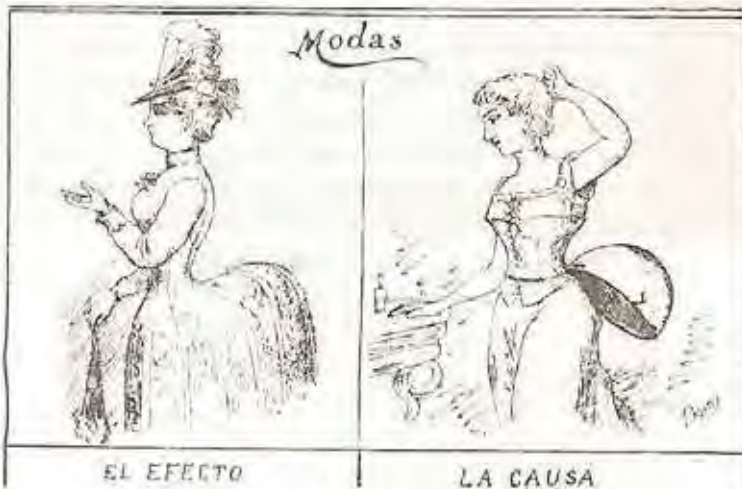
ALBUM CÓMICO

DE PAOLO

Publica artículos ilustrados de todo género y a precios dimensionales.

REPRESENTANTE: P. PAREDES
TELÉFONO N° 255

Salv. Jueves y Domingos y se vende a Centavo
OFICINA DE DIRECCION
CALLE DEL CAMINO NUEVO - N° 35
ADMINISTRADOR: F. HURTADO AYALA



las medias tintas, las tonalidades suaves. Se vestían las mujeres de verde, de escarlata, de amarillo. Usaban los hombres, patillas de contrabandista o perilla soñadora a lo Bécquer, amplios levitones sentimentales, corbata de negro lazo desgarbado, chaleco blanco, pantalón sin filo lleno de rodilleras y calzado enterizo a la moda militar de ahora».



☞ *La primera carrera de caballos* ☞

La primera carrera de caballos pura sangre que se celebró en Caracas y que puede tenerse como inauguración del deporte del «turf» en la ciudad, tuvo lugar en mayo de 1877 al extremo oeste de la Calle de San Juan. «El próximo domingo —anuncian los periódicos del 7 de mayo— se correrán dos caballos en el sitio denominado Palo Grande. El padre se llama José y el otro Santiago, y están casados doscientos pesos. El padre será corrido por Justo Barrios».

En 1895, bajo la presidencia del general Joaquín Crespo, se inauguró el Hipódromo de Sabana Grande, con el que comenzó la expansión de la ciudad hacia el Este. Al año siguiente, para dotar a aquel centro deportivo y social de Caracas de lo que podríamos llamar un refinamiento técnico, le fue concedido al veterano periodista, humorista y telegrafista caraqueño Maximiliano Lores, un permiso para tender una línea telegráfica de Sabana Grande a la capital, destinada a transmitir las carreras de caballos directamente desde el hipódromo. Así los apostadores y aficionados que no podían asistir al espectáculo, se reunían los domingos en la estación telegráfica de Caracas a esperar los boletines con los resultados que enviaba Lores, y cuyo texto se comunicaba al público por un pizarrón colocado a la puerta de la oficina.

El hipódromo de El Paraíso, que sucedió al de Sabana Grande, se inauguró el 15 de febrero de 1908.

❧ **Origen de nuestro abrazo de año nuevo** ❧

«Tienen los franceses una bella costumbre que nosotros deberíamos imitar... El día primero del año todos los que han tenido algunas relaciones se buscan, se abrazan y se dan el ósculo de la amistad, dando por terminadas todas sus diferencias...»

Tomás Lander

El Venezolano. Caracas, 13 de enero de 1823.

❧ **Origen de nuestro cañonazo de año nuevo** ❧

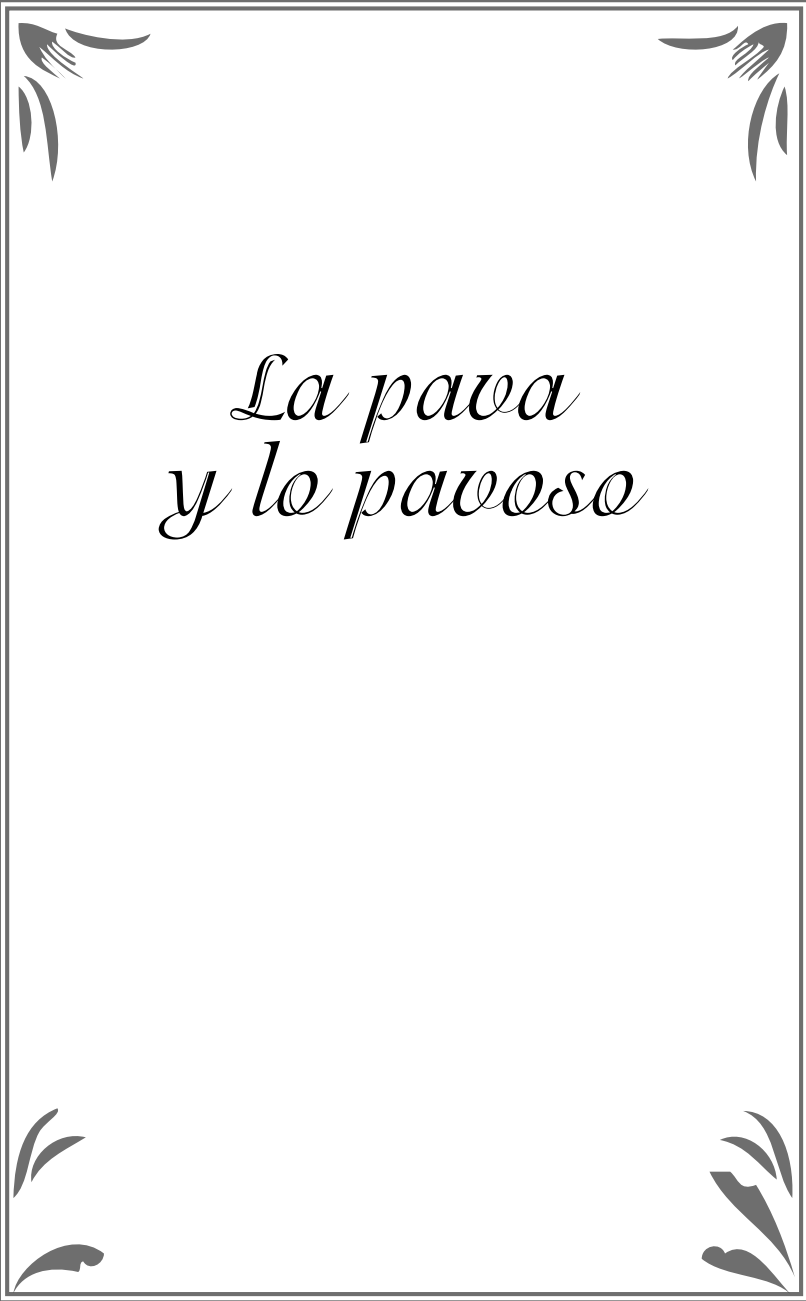
La Gran Serenata

«Sigue adelantando con calor el pensamiento de esperar reunidos en la Plaza Bolívar la venida del año de 71 y ver expirar el que está muriendo, en la noche del sábado. Y como parece cosa resuelta que la plaza estará iluminada con esplendidez, y que las bandas de música alternarán ejecutando trozos escogidos de ópera y baile, desde las nueve hasta las doce de la noche, diversas personas se han dirigido al cronista de *La Opinión Nacional*, rogándole excite al señor Comandante de armas del Distrito a disponer que una pieza de artillería situada en lugar conveniente, en una de las plazas centrales de la ciudad, disparase tres cañonazos al sonar el último campanazo de las doce, que serían funerales del año que perece y al mismo tiempo saludo al año nuevo.

La Opinión Nacional

Caracas, diciembre de 1870.





*La pava
y lo pavoso*

Como en ninguna otra forma del folklore urbano, la espiritualidad del caraqueño tradicional —mezcla curiosa de humor, de sentido mágico de la vida y de una propensión natural al buen gusto—, tiene su manifestación más típica en la idea de la «pava». Con sus sinónimos de *mabita* y *guiña* y con su terrible derivado *pavoso*, se define entre nosotros como *pava* a la superstición popular que atribuye a ciertos objetos —y principalmente a ciertos objetos de carácter decorativo— la propiedad de atraer la mala sombra sobre el infeliz que los posee. Semejante en este aspecto a la alusión italiana de la *iella*, a la *yeta* argentina y al *ñeque* de los cubanos, se diferencia nuestra *pava* criolla de aquellos ilustres congéneres en ser el único entre ellos que ha evolucionado del plano de lo puramente supersticioso, para convertirse en la institución crítica por excelencia de que disponemos para la valoración de nuestros gustos estéticos. La fina intuición crítica de los caraqueños cataloga dentro del género *pava* y le atribuye según su peligrosidad su correspondiente lugar entre las diversas categorías de lo *pavoso*, a todo lo que es estéticamente mostrenco, a las cosas fabricadas con una finalidad decorativa y que fracasaron en su aspiración de belleza; a cuanto en el mundo resulta innecesariamente feo. Otras veces es a la inarmonía entre la cosa y el uso indebido que se hace de ella —tal como usar una vela para calentar el café, o emplear una brocha de afeitar para pintar los muebles—, y aun hace extensivo el peligroso concepto de *pavoso* a ciertas formas literarias, a muchas formas de la conducta, a algunos personajes por su manera de vestir o por su modo de ser, y hasta a muchas venerables instituciones que han ido a la quiebra al caer bajo tan ominosa catalogación. Al atribuirle a las cosas enumeradas la propiedad de atraer el malestar al ambiente en que se encuentran, coincide curiosamente la intuición caraqueña con las teorías de la moderna psico-biología, según las cuales hombre es un animal de naturaleza optodinámica, un ser cuyo medio más im-

portante comunicación con el mundo es la vista, y por eso, tanto mayor será su sensación de bienestar, de equilibrio psíquico y tanto mejores sus aptitudes para el disfrute de la vida, para el amor, para la elevación moral y plena realización de la personalidad, cuanto más intensa sea la sensación de armonía, de claridad y de belleza que reciban sus ojos. Si la disposición de lo visible es capaz de influir de tal forma en los impulsos de nuestra subjetividad, es comprensible entonces que en la presencia de lo chato, de lo mediocre, de lo inestable y de lo ramplón, nos sintamos como ensombrecidos, como psíquicamente perturbados. Es un mal que los psiquiatras denominan psicosis de lo feo y que el folklore urbano de Caracas llama sencillamente la *pava*. Si el que se siente bajo la influencia de la *pava* no está en capacidad de discernir racionalmente los verdaderos motivos del malestar que lo perturba, hay en él en cambio una especie de intuición crítica, algo así como una potencia defensiva secreta, o vacuna espiritual, que lo conduce invariablemente a localizar la causa de su perturbación en el objeto más antiestético o más anacrónico que tenga en su cercanía y que es, para él, un objeto pavoso.

A tan peculiar expresión de folklore caraqueño le viene el nombre de *pava* del ave nocturna llamada así —en otro tiempo habitante de las arboledas del Ávila—, cuyo vuelo sobre las casas en la alta madrugada con su melancólico quejido, se tenía como anuncio de desgracia. Creíase que la pavita nocturna era la forma que adoptaba alguna bruja del vecindario para echar sus maleficios sobre las casas, y para conjurarla, la primera mujer que oyera su canto en la noche debía gritarle: ¡Venga mañana por sal!, mientras tendía en el patio un pantalón blanco con las piernas abiertas. Se suponía que atraída por el pantalón (pues las brujas son siempre mujeres solas), en la primera hora del siguiente día la hechicera, ya restituida a su figura humana, visitaría la casa con el pretexto de pedir un poquito de sal,

permitiendo así su identificación por los vecinos a los cuales les quiso echar su daño.

El sinónimo de *mabita* le viene a la *pava* por comparación del estado de ánimo que abate al «empavado», con el estado de ruina en que quedan los árboles cuando los invade el parásito así llamado que cubre sus hojas en forma de feas manchas blancas.

El humorismo caraqueño ha inventado para describir la *pava*, la ciencia popular llamada Mabitografía y un supuesto aparato, el Mabitógrafo, que al serle sometido un objeto tenido por pavoso, o una persona sospechosa, describe, como una máquina electrónica el potencial de mala sombra que uno u otra son capaces de desarrollar; para lo cual se dispone también de una unidad convencional de medición que parodiando el kilovatio de los medidores eléctricos se denomina el *pavovatio*.

☞ **Lista de algunas cosas pavosas** ☞

El zapatico del niño menor que algunos hacen momificar en cobre (al zapatico, no al niño), para colocarlo como pisa-papel en el escritorio;

Los muchachitos que dicen el que da y quita el diablo lo visita;

Llamar a las prostitutas «mujeres de la vida»;

Decirles a las visitas cuando se despiden «en esta humilde choza nos tiene a su orden»;

Las madres que se pasan la noche en la cabecera del hijo enfermo y se quedan dormidas sosteniendo una cucharilla y un frasco de remedio;

Usar al mismo tiempo elástica y correa (lo que se tiene por hábito de hombre prevenido);

Cargar en el bolsillo un frasco de remedio y una cucharilla para cuando llegue la hora de tomar la cucharada y uno está en la calle;

Las arepas clavadas detrás de la puerta entre un casquillo y una penca de zabila para que no falte el pan, los negritos de tablas que sostienen un cenicerero, tener un loro entre el cuarto, tomarse un ojo de toro en vino, comer cambur titiario chupándose por el piquito, tenerle cariño a una gallina y bailar pasodoble viéndose los pies;

Decir voy a hacer una necesaria cuando uno va para el baño;

Decir que el luto se lleva con el corazón;

Usar en la conversación eufemismos como pe-ene-pen guayabita, no jose y te voy a dar un fondazo;

El «mamerismo literario», o sean los versos que algunos poetas ramplones escriben sobre el amor de madre, por el estilo de aquellos que le dicen:

***¿Qué es madre? Madre es el nombre
que con letras de granito
por el mismo Dios fue escrito
en el corazón del hombre.***

***Para el pobre y para el rico
sin diferencia de idioma,
la madre es una paloma
que lleva amor en el pico.***

***Cuando el dolor te taladre
y manen llanto tus ojos
ponte un momento de hinojos
y acuérdate de tu madre;***

Decir toma la cruz, perro sucio, cuando nombran al diablo;
Decirle usted a un perro;
Los ateos que cuando el hijo les pide la bendición le con-
testan yo te bendigo;

Imitar un idioma extranjero diciendo guariguanche son
frijole y cotejer;

Escribir con el meñique paradito;

Ponerse un algodoncito con leche de pecho para el dolor
de oído;

Cepillarle la planta de los pies a una persona que tiene un
ataque;

Tratar de despertar a la persona que tiene una pesadilla
llamándola por un nombre que no es el suyo, por creer que si
se la llama por el propio se vuelve loca;

Leer en el periódico las invitaciones de entierro para ver si
lo han puesto a uno;

Llorar leyendo;

Los novios rascados que la noche del matrimonio, entre
confidencias y cursilerías, le dicen a la mamá de la novia: Se-
ñora Fulana, usted pierde una hija, pero ha ganado un hijo;

Sacar un perro para que se purgue comiendo pajita;

Fumar desnudo;

Rezar para acostarse a dormir la siesta;

Los poetas que al saber que su mujer está embarazada le
escriben unos versos acerca del hijo que está por venir, como
aquellos que dicen:

Tú le dirás si atolondrado crece, que su papá lo encerrará en la cueva del hijo que a su madre no obedece viene el pájaro negro y se lo lleva;

Decir cuando uno está comiendo que está haciendo por la vida;

Los puntos de yodo, los parches porosos y echarse linimento con una pluma;

Limpiarse los oídos con una horquilla;

Bañarse con agua asoleada a la cual se le han añadido unas gotas de yodo y sal para que parezca agua de mar;

Los muchachitos que se hacen los borrachos en la Nochebuena;

Tener una piedrita apartada en el baño para cuando uno se lava los pies;

Echar una gallina con huevos de gallineta;

Las pantuflas bordadas con una dedicatoria repartida entre las dos pantuflas así: en la izquierda *a mi que*— y en la derecha —*rido padre*;

Decir al dar un pésame que no somos nada;

Retratarse cabeza con cabeza;

Y el estilo vargasviliano de escribir con punto y coma y aparte, como está hecha esta lista.

🌀 **Formas pavorosas de la indumentaria venezolana** 🌀

1. Liguiliqui con camisa de manga larga.
2. Liguiliqui con corbata abajo.
3. Paltó de casimir con saco de pijama abajo.
4. Pecho peludo con camisa sport y cadenita.
5. Elástica y correa juntos.
- 6 . Paño de mano por el pescuezo.

7. Camisa con ligas en las mangas, y si tiene yuntas peor.
8. Corbata larga pisada con la pretina del pantalón.
9. Pantalones de tubito combinado con zapatos de dos tonos y tacón francés.
10. Chaquetas de dos tonos, de esas que dan la impresión de que el tercio se bañó de avena con chocolate.

☞ ***Cosas que pasaron de moda*** ☞

- Mandarle un papel a la novia con la sirvienta de la casa y esperar la razón en la esquina.
- Ponerle la orina a las hormigas a ver si uno tiene diabetes.
- Poner una escoba detrás de la puerta para que se vaya la visita.
- Recibir todas las semanas un Santo en su nicho para que pase el día en la casa.
- Vestir a todas las hermanas de un mismo color para que se vean que son hermanitas.
- Comer papelón con queso y decir: deme un San Simón y Judas.
- Tocar una serenata con un peine soplado a través de un papel.
- Hacer hallacas y mandarle de regalo a todo el vecindario.
- Clavar dos tenedores en un corcho y ponerle a este una aguja para que gire sobre una botella.
- Comerse un aguacate muy sabroso en el restaurant y llevarse la pepa en el bolsillo para sembrarla en la casa.
- Meter los huevos en una ponchera de agua y si flotan es que están buenos.
- Esconderle los zapatos al muchacho para que no ande vagabundeando por la esquina.
- Comprar un centavo de sal, dos de manteca y pedir la ñapa de papelón.

- Pedirle un flux prestado al vecino para hacerle uno igual al muchachito de uno.
- Purgarse con zábila y pasar el día en alpargatas con medias.

☞ ***Nueva lista pavológica*** ☞

- Las reconstrucciones radiales de eventos deportivos.
- Las pañeras hechas con tubos de luz fluorescente quemados.
- Tornar café con leche en vaso de cristal.
- Las sombrereras hechas con bombillos quemados.
- Los teléfonos pintados al óleo.
- Los paisajes pintados en los zaguanes.
- Los muchachitos vestidos de terciopelo.
- Los retratos de cantantes con cigarros en la mano.
- La frase: «Obras son amores y no buenas razones» que usa A. V. Jota.
- Los muchachitos vestidos de militar y con bigotes pintados.
- Las liguitas para sostenerse las mangas de la camisa.
- Las pantaletas moradas.
- Los zapatos de muchachito colgados en los autobuses.

☞ ***¡No despilfarre sus utilidades!*** ☞

Adquiera con tiempo uno de estos preciosos Objetos

- Unas pantuflas con trabillita de tripa de automóvil y una vela de sebo de Flandes para ablandarse los callos de noche.
- Un par de yuntas de vidrio con un paisajito pintado adentro.
- Un frasco de ají en leche con su tusa para tapanlo.
- Un ejemplar de la novela «Maldita sean las Mujeres»
- Un flux volteado.
- Una mota de perillita.

—Una cesta para la ropa sucia, con tapa en forma de muñeca disfrazada de dama antañona.

—Un tobo desconchado, con las desconchaduras disimuladas con pintura al óleo.

—Un juego de copas de concha de coco pulida, hecho en Maracaibo.

—Una lámpara de cacho en forma de pescado con un bombillo en la boca.

Si ninguno de estos objetos le parece suficientemente bonito para comprarlo, entonces le aconsejamos que se compre un revólver y se pase la Nochebuena tirándole tiros al vecindario.



Souvenir
1900



L 898... Los últimos resplandores del Siglo de las Luces arrancan un fulgor mortecino a los relojes musicales con esfera de porcelana, a los relojes en forma de grutas, de castillitos, por cuyo desahuciado rococó se descuelgan rondas de angelitos desnudos que marcan un ritmo de contradanza a la fuga de los días... Para que la marcha del tiempo participe también del frenesí ornamental que va a caracterizar la *belle époque*, los almanaques en que se anuncia el 900, recorren en cartón escarchado toda esa pastelería del alegorismo romántico que va desde el abanico abierto o la bota llena de violetas, hasta el absurdo carrito de flores tirado por un chivito.

Cuando llegó 1900, pareció que el mundo hubiese tirado por los últimos balcones románticos todos los saldos de la cuantiosa utilería decimonónica, para ponerla en una especie de realización por motivo de viaje. El ciclo histórico que terminaba había sido demasiado sinfónico y trascendental, y por eso el mundo del novecientos asumió las divertidas características de un acto de variedades. Fue cursi, informal y recargado. Era un mundo cronológicamente nuevo, pero nunca lo pareció en realidad porque fue demasiado abundante en bigotes, en guarda pelos, en cosas viejas que se resistían a morir.

Todo asumió un aire de falsificación en aquel mundo que pretendía incorporarse a una nueva forma de vida sin renunciar por completo a las que comenzaban a quedarse atrás. Se pretendió un matrimonio imposible entre la camarita y el aeroplano, entre los pantalones de tubito y las urgencias de la era mecánica; por eso el mundo de 1900 se nos presenta, a esta distancia, como un grotesco baile de disfraces.

La propia Naturaleza había sido trasladada en masa a los telones de boca de los teatros, las palomas se pusieron enteramente al ser-



Señoritas del 900 practicando una audaz diversión.

vicio de las postales, y los pájaros eran disecados para ponerlos de adorno bajo una gran campana de cristal en los salones. Fue la época de las inmensas pieles de tigre con la cabeza embalsamada en su gesto más fiero, y de la gente que se retrataba simulando estar sentada en un peñón marino pintado por el propio fotógrafo en un tabique.

Los hogares del novecientos se adjetivaban con epítetos rimbombantes como *sacrosanto* y *honorabilísimo*; pero había en ellos tantos muebles, tantas rinconeras, tantos percheros y tantos paraguas, que mejor que casas de familia parecían los depósitos del Instituto de Crédito Mobiliario. Por todos los rincones salían escupideras de rameado peltre que se esponjaban como patitos. Las paredes resultaban siempre pequeñas para la cantidad de ampliaciones al creyón, y nunca faltaban en ellas las consabidas relojas en rojo y filete dorado, como una pantufla sin compañera, donde los señores depositaban cada noche su reloj con el ademán incomparable de quien archiva el corazón.

Los hombres de 1900, peinados a la flor de parcha y con los bigotes erectos, daban la impresión de estar siempre posando para la portada de «El Secretario de los Enamorados»; se afeitaban como en el cuadro de «Cada cual a su Oficio» se retrataban con la mano en la mejilla y generalmente se llamaban Edgardo. De sobremesa encarecían las hazañas aeronáuticas de Santos Dumont, y se ponían solemnemente de pie para pronunciar la palabra Progreso, que entonces se escribía con mayúscula. Como los pantalones a cuadros les quedaban es trechos, practicaban la esgrima embutidos en unos calzoncillos de lana que se combinaban con los bigotes para infundirles un aspecto de nabos arácnidos. Hablaban por unos auxiliares de teléfonos que parecían máquinas de coser, y practicaban un inocente turismo semanal en tandem, cuyas peripecias comunicaban



Señora del 900 tomando té con su hijito Gastón.

puntualmente por carta a los redactores deportivos de las revistas ilustradas. Al regreso, cuando se enteraban de que la esposa se había visto con cierto primo calavera en la última kermesse la conminaban con un gesto teatral a abandonar el hogar profanado. Pero la escena nunca les salía perfecta, porque en el momento de estirar la mano para señalarle la puerta diciéndole: ¡Vete!, el puño postizo se les salía como un tiro.

La gente se escribía unas cartas de cortesía por cuyo pliego azul se distribuían las exquisitas letras de la caligrafía francesa como una decoración de violetas. O se mandaban recados, aun dentro de la propia casa, en tarjetas que las criadas llevaban en una bandejita. Pero casi no se hablaban las personas. La facultad de hablar quedó para inaugurar estatuas o para recitar a Campoamor en las veladas,

apoyándose en el espaldar de unas sillas labradas como peinetas, a las que solo para estas ocasiones se las despojaba de la habitual batola con que se las protegía del polvo:

***Un mozo de café
al encender la luz rompió el quinqué:
Los inventos del Siglo Diez y Nueve
no son para la gente de la plebe.***

De ahí en fuera, las cosas más trascendentales se discutían en el lenguaje del abanico, en el lenguaje de las flores o por medio de postales alegóricas, según la circunstancia. Y hasta las cuestiones de honor se reducían a un seco intercambio de guantazos. ¡Plás plás!

Casi todos los novios eran primos como Doña Rosita la Soltera, y se hacían el amor en ese asiento doble llamado el bis a bis, cuya construcción bifronte los forzaba a adoptar actitudes de hermanitos siameses, y estimulaba sus coloquios de corazón a corazón: ella acomodando en el álbum las más recientes barajitas de la fábrica de cigarrillos «La Hidalguía» o «Fama de Cuba»; él susurrándole al oído unas palabras que olían a sen sen y a palitos de orosuz... Hasta que del grueso reloj incrustado en la barriga de una Venus de bronce, salían, en impertinente llovizna de campanitas, los primeros compases de La Marsellesa anunciando las nueve y media. El se despedía entonces ceremoniosamente de los futuros suegros, mientras la tórtola quedaba revolcándose de desesperación en un canapé. ¿No había dicho el poeta que partir es morir un poco? Hasta mañana, amor, hasta mañana... Pero ese mañana quizá no llegaría nunca, pues en el interregno bien podía él suicidarse por una deuda de juego, o ella fallecer de una tisis romántica enteramente calcada en La Dama de las Camelias.



Señoras, señores, jóvenes y niños de 1914.

En los balnearios poblados de kioscos con banderitas, frente a una mar serena a la que no le faltaba ni el clásico barquito de vela para completar su estilo postal, los caballeros se empeñaban en parodiar a las cebras con sus rayados y bolsudos trajes por la rodilla, o se dedicaban a leer bajo amplios parasoles de coney island, exhibiendo al cruzar la pierna aquellos botines blancos que se desabotonaban por un lado con una especie de abrelatas. Y ninguna señora que se estimara iba a la playa sin dominar bien el francés, ni se metía al agua sin tocarse con un gorrito que parecía una lechuga de trapo. El traje de baño consistía en una especie de franela con mangas hasta el codo que les llegaba mucho más abajo de la cintura, y debajo unos calzones a rayas horizontales que a partir de la rodilla se completaban con unas medias negras de algodón.

Casi todos los niños del novecientos se llamaban Gastón, jugaban con aros que les doblaban en altura, cazaban mariposas que cruzaban el aire como grandes calcomanías, y tenían un fiel perro que en las lecciones del Libro Primario los salvaba de morir ahogados, conquistando con esa hazaña el premio de un hermoso collar. Cuando tenían la tos ferina, sus padres los enjaulaban en enormes cunas de cobre con bolas en los copetes, y en premio a su buena conducta se les permitía meter el perro en la cuna y mirar en el estereoscopio las postales de la Gran Exposición de París.

Las niñas, modeladas en el estilo de esas muñecas francesas que abren y cierran los ojos, tenían algo de criaturas florales, algo de caja de música y algo de frascos tallados. Se llamaban con nombres aprendidos en los cuentos ejemplares de Mandevill —Beatriz, Dora, Leonor—, y la mirada se les edulcoraba de tanto tratar de divisar el jardín a través de los gránulos del azúcar cande.

Las madres de acolchado pecho y mangas de jamón, exhibían bajo la férrea presión del corsé, una esbeltez forzada que las hacía enteramente iguales a las pimpantes jarras de sus aguamaniles. No penetraban sin permiso en los aposentos del bigotudo esposo, y a menudo comprobaban en sí mismas que la existencia de una señora resultaba demasiado corta para la enorme extensión de «María o El Hada del Bosque» «Las dos Golfas» y otras novelas por entregas que impusieron la costumbre romántica de llorar leyendo.

Nunca faltaba en las casas un saloncito decorado con muebles capitoné, donde la madre y los niños prodigio entristecían la velada con las langorosas notas de la Serenata de Toselli, o la poblaban de una vaga nostalgia a los compases del vals Sobre las Olas tocado a cuatro manos. Con la madre sentábase al piano la niña que tenía



La suripanta, especializada en la explotación de viejos verdes y quebradero de cabeza de familias honestas.

actitudes de perrito amaestrado, rasgaba el niño Gastón un violín que parecía prolongar el estilo avolutado de su trajecito de pana con cuello de encajes a lo Mozart, y a veces los acompañaba con la viola una tía joven que además de música por fantasía, sabía confeccionar pantuflas y cojines con iniciales, palomitas y corazones bordados.

Casi todos los viejos ricachones de 1900 eran solterones y calaveras, y perdían la cabeza por aquellas bailarinas que bailaban el french can-can con unas medias de malla que infundían a sus piernas un aire de botellas alambradas. Sus picardías y verdecas constituían el dolor de cabeza de la familia, sobre todo para las hermanas solteronas, que sufrían soponcios y pedían las sales, cuando en domingos de retreta y verbena, veían al picarón pasar en un coche, alegremente anidado entre grisetas a las que peyorativamente daban las señoras honestas el nombre de suripantas.

Ya los primeros salones de cine comenzaban a industrializar la magia de la noche. Una juventud progresista que también creía en el porvenir de la aviación, en el feminismo y en el advenimiento del Idioma Universal, se embelesaba viendo a Francesca Bertini reptar por las paredes, mientras Gustavo Serena la perseguía disparándole miradas que fulguraban como fogonazos en la pantalla. En el cine de entonces todo se veía como a través de una cortina de lluvia. Seres y cosas desfilaban por la pantalla silenciosa con ese temblor de cosa sumergida y remota, cuya comparación más aproximada sería el mundo de los sueños. En las salas de proyección, sobre los últimos gritos del insistente caramelero, un pianista de alquiler iniciaba dulcemente los compases del vals «Oro y Plata», y en el torrente de polvo iluminado que se volcaba de pronto sobre la pantalla, llegaba el desfile de fantasmas que venían a buscar sitio en nuestra emoción. En 1905, diez años después de inventada la cinematografía, los hombres de Caracas con gran alarma de las damas, agotaban las entradas del Circo Metropolitano, para ver «El Beso» donde se veía a la pareja formada por May Irvin y John Rice dándose el primer beso que aparecía en la pantalla. El cine, como técnica y como arte, todavía no tenía un nombre preciso. A las funciones del Metropolitano y del Teatro Nacional se las llamaba exhibiciones de Kinetoscopio.

Unos automóviles que tienen hipo y aspecto zancudo comienzan a invadir por aquellos tiempos las calles del mundo, y a imprimirle el rito de su sacudimiento a la vida humana. Como repitiendo en una dimensión trágica la detonación de sus motores a chispa, suenan ya en Europa los preludios del acontecimiento que iba a fijar la frontera definitiva entre los dos siglos. Los cañonazos de Verdún hacen caer para siempre el telón del tiempo sobre aquella época encantadora, retrechera y cursi, que circuló con botines de trapo por la historia.



Señorita domadora de 1900.

Y como si con las cosas también tuvieran que morir sus símbolos, cuando del mundo novecentista no queda ya sino un vago perfume de Agua Florida, muere Sarah Bernhardt, que fue la última y más adorable de sus grandes representantes.

Con dos gratísimas novedades hizo la ciudad de Caracas su entrada en el siglo XX. Una era el hermoso barrio de El Paraíso, cuya urbanización había decretado desde 1891 el gobierno del Presidente Andueza Palacio, y que al desarrollarse llegó a desplazar a El Calvario, a Antímano y a Los Chorros como paseo favorito de los caraqueños. Con viviendas elegantísimas en que se veían desde castilletes al estilo renacentista francés —cuyos domos, atalayas y partes laminadas se traían del exterior—, hasta sobrias estructuras neo-

helenísticas de concepción «art nouveau» El Paraíso, en los treinta años que estuvo de moda como barrio residencial de las gentes más cultas y acaudaladas del país, le dio espontáneamente a Caracas aquel «museo de las arquitecturas» que ya había pedido Ebenezer Howard para Inglaterra. Orgullo de la ciudad eran sus aristocráticos jardines, tupidos, amplios, simétricos y deslumbrantes como tapices de Bechir; y como aliciente para los alegres paseantes del domingo, ofrecía además de la límpida corriente del Guaire y de sus raudas acequias, la poesía de una laguna bordeada de pensativos sauces.

La otra novedad novecentista de Caracas eran los tranvías eléctricos que desde 1905 empezaron a deslizarse como fantásticos cetáceos por su calles. Con su aire primaveral de kioskos de kermesse o de balcones rodantes, parientes estéticos de las hermosas ventanas del año 80, de las retretas y de los salones para familias, eran el complemento que le faltaba a Caracas para completar la elegancia de «pequeño París» en que la había soñado Guzmán Blanco. Su pintoresca espectacularidad, su filiación ferroviaria, la preferencia de que gozaba entre los niños, los viejecitos, las cocineras que volvían del mercado con sus grandes cestas, los petimetres que viajaban audazmente de pie en la plataforma de atrás, y hasta su peculiar olor a limaduras de hierro y a papel nuevo, proporcionaron durante más de treinta años un abundante temario a los cultivadores del folklore y del costumbrismo caraqueño. Casi hora y media demoraban de Caño Amarillo a Sabana Grande —estaciones extremas de su itinerario de Este a Oeste—, con sus pausas de soñolienta espera en los desvíos, con sus trasbordos en los que el siguiente carro aparecía invariablemente lleno, con no raras interrupciones en la electricidad, y hasta con forzadas operaciones de retroceso como las que debían hacerse al bajar Las Madrices, cada vez que el automóvil del general Eustoquio Gómez aparecía estacionado sobre los rieles.



El amor era un arte cuya técnica se aprendía en libros.



Cleo de Merode

A expensas de sus accidentados y morosos viajes prosperó en la ciudad una literatura cómica que enriquecía las páginas de *Fantoches* con las más deliciosas caricaturas y crónicas de «Leo» Job Pim y Pako Betancourt. En las pausas de los desvíos, eran los muchachos callejeros que asaltaban al pobre carromato para jugar «gárgaro malojo» a lo largo de sus estribos; en los alrededores del mercado eran las fámulas que subían con su gran canasto, molestando al resto de los pasajeros que se negaban tenazmente a ladearse para que ellas entraran; en los barrios elegantes eran los grupos de señoritas que no acababan de subir, despidiéndose de las amigas que habían venido a acompañarlas hasta la esquina. Después de cada trasbordo, eran los intrincados pleitos por algún paquete olvidado en el carro anterior, o eran las infinitas dilaciones en el empalme de la Estación Central, aguardando la llegada del tren de Santa Teresa para poder



Coleccionar las barajitas que circulaban en las cajetillas de los cigarrillos «Fama de Cuba» fabricados en Caracas por la tabacalera de Pérez y Morales, fue uno de los entretenimientos caseros que apasionaron a los caraqueños de 1900. Las barajitas traían las fotografías en colores de las personalidades mundiales más resaltantes de la época, desde bellezas célebres y reyes hasta toreros de fama, así como obras de arquitectura, animales raros, barcos y niños de todos los países. Para coleccionarlas la fábrica suministraba un álbum hermosamente decorado.

utilizar la vía hacia Sabana Grande. Alguna vez un error en los horarios permitió la salida del tranvía antes de la llegada del tren, y cinco minutos después se le veía reaparecer a toda máquina, con todas las campanillas llamando a rebato, y perseguido de cerca por una locomotora que —si mal no recuerdo— se llamaba «Titán». Todo esto constituía un mundo mágico para los que entonces éramos niños, los que amenizábamos nuestros frecuentes «júbilos» escolares con largos paseos en tranvía. La magia del paseo solía completársenos con la fulgurante aparición del Duque de Rocanegras, erigida su figura de Príncipe sobre la plata forma con aquella dignidad y gallardía de quien se sabía el pasajero tranviario más elegante de Caracas.



*Los poetas
de Caracas*



☞ *Buenos días al Ávila* ☞

*Buen día, señor Avila.
¿Leyó la prensa ya?
¡Oh, no!... No se moleste:
siga usted viendo el mar,
es decir, continúe
leyendo usted en paz
en vez de los periódicos
el libro de Simbad.
¿Se extraña de la imagen?
Es muy profesional.
¿O es que es obligatorio
llamarlo a usted Sultán
y siempre de Odalisca
tratar a la ciudad?
¡Por Dios, señor, ya Persia
no lee a Ornar Khayyam,
y en vez de Siro es Marden
quien manda en el Irán!*

*Cambiamos, pues, el tropo
por algo más actual:
digamos, por ejemplo,
que usted, pese a su edad
y pese a que en un ojo
tiene una nube (o más),
es un lector celeste
y espléndido, ante el cual
como un gran diario abierto
se tiende la ciudad.*

*¿Se fija usted? La imagen
no está del todo mal...
¿Que le ha gustado? ¡Gracias!
Volvamos a empezar.*

*Pero, ¿por qué solloza,
si nada ocurrirá?
¿Le asusta que las kódaks
aprendan a volar?
O dígame, ¿es que teme,
¡mi pobre capitán! que novios
y turistas se puedan propasar
y como a un conde ruso lo
tomen de barmán?
¿Es eso lo que teme?
¡pues no faltaba más...!
¡Usted de cantinero...!
¡Qué cómico será!
¡Usted, que más que conde
fue en tiempos un sultán,
con una nube al brazo
diciendo: —Oui madame,
en tanto que la triste
luna de Galipán
le sirve de bandeja
para ofrecer champán...!*

*Buen día, señor Avila, me voy
a retirar.*

*Saludos a San Pedro
y a los hermanos Wright.*

*(El Avila lloraba,
llovía en la ciudad).*

*Buen día, señor Avila,
¿leyó la prensa ya?
¿Se enteró de que pronto
con un tren de jugar
su solapa de flores
le condecorarán?
¡Oh, no! ¡No, no! No llore,
¿por qué tomarlo a mal?
Será, se lo aseguro,
un tren de Navidad
con el que usted, si quiere,
podrá también jugar.*

*Serán, sencillamente,
seis cuentas de collar
trepándose en su barba
e viejo capitán.
Tendrá el domingo entonces
un aire de bazar
con sus colgantes cajas
de música que van
de la ciudad al cielo,
del cielo a la ciudad.
¡Adiós, adiós! los niños
le dirán al pasar
y el niño sube-y-baja
tal vez le cantarán:
usted dormido abajo
refunfuñando: —Bah...!
y arriba los viajeros
cantando el pío-pá.*

∞ El último pandehornero ∞

*Va el pande horno,
va el pandehorno,
va el pandehorno abicochao,
el que comen lo muchacho
cuando están enamoao...!*

*Calle arriba y calle abajo,
diciendo el viejo pregón
por el que canta el recuerdo*

*de un tiempo que ya pasó;
calle abajo y calle arriba, fur-
tivo como un rumor, con un
cristal de nostalgia
quebrándosele en la voz,
va el último pandehornero
por esas calles de Dios.
Las roscas en el canasto
—¡tan tostaditas que son!—*

*tienen la color morena
y hasta la misma calor
de la mano campesina
que en oro las modeló,
y del mantel que las cubre
—blanco mantel de algodón—
fluye un aroma casero
—leña, maíz, papelón—
con que olorosas las calles
va dejando el vendedor
a lejanísimos campos
con maizales bajo el sol.*

*Va el pandehorno,
va el pandehorno,
va el pandehorno abicochao,
el que comen lo muchacho
cuando están enamoao...!*

*La ciudad vuelve a su infancia
cuando escucha su pregón
y las antiguas ventanas
tornan a abrirse en su honor
y en el ojal del pasado
revive la vieja flor,
en tanto que el pandehornero
va de portón en portón
como el último recuerdo
de un tiempo que ya pasó.*

*¡Viejo tiempo en que Caracas,
vestida de tradición,
al Ávila se asomaba
como a un florido balcón
para escuchar las romanzas
que le cantaba el amor,
y los domingos se abrían
como abanicos de sol
para gentiles paseantes
con modales de salón
que con helados de fresa
se quitaban el calor
o asistían a retretas
donde en la parte mejor
los niños en los tranvías
pasaban diciendo adiós,
en tanto que el pandehornero
desgranaba su pregón:*

*Va el pandehorno,
va el pandehorno,
va el pandehorno abicochao,
el que comen lo muchacho
cuando están enamoao...!*

*Calle arriba, calle abajo,
diciendo el viejo pregón
por el que canta el recuerdo
de un tiempo que ya pasó,
va el último pandehornero
por esas calles de Dios*

☞ *A la sombra de la ceiba* ☞

*Tú, que a tantos transeúntes diste sombra,
frente al pórtico sombrío del Convento;
tú que a tantos transeúntes distes sombra;
tú, que a tantos transeúntes diste aliento:
hoj tus hojas otoñales en el suelo son alfombra*

cantaré tu sombra...

*Hoy el sol agujerea
la gran sombra que nos diste,
ceiba triste,
ceiba fea.*

*Esa sombra de tu sombra de otra vez,
esa que hace largo tiempo escuchas
ponderada por las muchas
bocas que hablan a tus pies
esa sombra rala,
era ala,*

*y en el vuelo de tus hojas vino al suelo
y en el vuelo de tus lanas se fue al Cielo.*

*La veremos renacer
y otro día lucirá tu verde veste
bajo el beso de las brisas del Oeste
y estremecimientos de mujer...*

Voces de la Ceiba

Pequeño limpiabotas, ¿conoces el secreto

*que mi vivir encierra?
Yo tengo muchos pies
que están bajo la tierra y tú no ves.
¡Yo tengo en los zapatos mucha tierra!*

*Los dos viejos miran las hojas caer.
Ay, qué triste ver
la hoja amarilla...
—¡Qué tonos tan bellos!
—¡Qué tiempos aquellos!*

*A ti te lo digo:
con mis lanas viejas fabricas una almohada: soñarás conmigo
cada noche que no sueñes con más nada...
Esa viejecita que aprisa camina,
aquella que siempre va dando traspiés,
casi un siglo hace que cruza la esquina
y va a misa de diez.*

*El cocuyo que vino hace un momento
enciende un farolillo en mi aposento.
Se lo permitiré por esta vez,
pues no soy ningún árbol japonés.
Y ojalá no se lo apague el viento.*

*Pobre viejo limosnero
color de tierra de arcilla,
en tu raído sombrero
te pongo una hoja amarilla.*

Doctorzuelo:

**aprende alguna cosa que no tenga importancia:
en mi infancia,
cuando aún no había nacido tu abuelo,
crecí con la esperanza de tocar el cielo.**

**¡Amanece! ¡Hola! ¡Hola!
¡Se trata de un gran día de fiesta nacional!
Me han puesto gallardetes
y alguna banderola.
¡Con tal que no me quemen los cohetes!**

**Pasa el General
a leerle al pueblo su Mensaje anual;
y al son de tambor —pandereta enorme—
yo le pongo hojitas en el uniforme...**

**Esta casa es propia. ¡Qué malo debe ser
vivir en un follaje de alquiler!**

**A los estudiantes que vienen de fuera
les digo dónde era
la Universidad,
y al representante que viene al Congreso,
¡qué importa!, le digo dónde queda eso...**

Corredor:

**¿a cómo cotizas lana de tambor?
¿No asoma de mi lana en el reguero
un alma de cordero?**

*La vida es apenas un breve momento,
y yo, con ser ceiba, soy perecedera.*

Hago testamento:

el día que muera

¡le dejo a la tierra toda mi madera

y todas mis flores se las doy ál viento!

Envío

*Ceiba de San Francisco, fabricante de lana
y monja franciscana:*

si posees memoria,

recuerda todo aquello que a tu sombra se dijo

y lo que tantos aires te soplaron de fijo

en tantos años de historia.

Y de nuestras cosas y nuestros anales,

de los entusiasmos y de las angustias

y los altos hechos y las glorias mustias

sabes más, acaso, que Eloy G. González ...

¡Ceiba centenaria,

que estás llena de gloria y estás llena de historia

e indulgencia plenaria!

Año tras año

deshojas, reverdeces (le das vuelta a tu noria),

y sabes que estos versos no te producen daño, porque te

acostumbraste en las edades

a todas las calamidades...

JULIO GARMENDIA



*La Caracas
de los años veinte*



Puntoches

SEMANARIO HUMORÍSTICO
DE INTERÉS GENERAL
DIRECTOR LEON



Este periódico vale en el interior de la República lo mismo que en Caracas: 25 céntimos

Número 56

25 Centimos

APRECIACIONES



—No te fijas tanto. Después que sea fama me va una mujer mala...
—¡Mhm!...¿A mí me parece buena? (Obras de Leo)

Entre esos años finales de la primera Guerra Europea y el vuelo de Lindbergh sobre el Atlántico en 1927, nuestra Caracas es como una pequeña caja de resonancias a la que llegan con cierto retardo, pero con el encanto de una música nueva, las vibraciones de un mundo que adquiriría una expresión remozada, bajo la acción rejuvenecedora de las primeras hojillas «Gillette». Fue muy lento el proceso de acomodación de la ciudad a los nuevos modos de vivir que le imponía su creciente invasión por las innovaciones estéticas y tecnológicas del siglo veinte. Aunque los automóviles habían venido adueñándose de sus calles desde 1907, y ya en 1912 los caraqueños habían visto aterrizar en el Hipódromo de El Paraíso el aeroplano de Boland, no parecía Caracas muy presurosa por incorporarse al ritmo acelerado en que se anunciaban los nuevos tiempos. Todavía en 1922 muchas señoritas caraqueñas calzaban botines adornados con lazos, y realzando su aire de inocencia por la cinta azul pálido que les ceñía la cabeza, recogida la cabellera en peinado de piñata que se socorría con abundancia de horquillas, vestían aún las angélicas batas de la moda «princesa», popularizada desde el 900 por las bellezas arquetípicas de las tarjetas postales. Y en pleno 1927, cuando culminaba en su momento más frenético el gran estremecimiento mundial de los «años locos» se continuaban viendo en Caracas caballeros que asistían a las retretas de la Plaza Bolívar con pimpante bombín y ribeteados paltó-levitas, como en los buenos tiempos de doctor Rojas Paúl. La afición al cinematógrafo, que despertaba en aquellos tiempos estimulada por la aparición de grandes estrellas como Chaplin, Mary Pickford, Douglas Fairbanks, John Gilbert o Rodolfo Valentino, no había logrado desplazar el viejo gusto de los caraqueños por las buenas temporadas de género chico en el Nacional, ni su caballeresca devoción por las coupletistas y tonadilleras españolas, que aun en plena efervescencia del charleston siguieron deleitándose con sus anticuados reper-



Rodolfo Valentino y Natacha Rambova, «los perfiles más perfectos del mundo».

torios de «Es mi Hombre» y el pasodoble «La Hija del Carcelero». En 1922 se terminó la pavimentación de la carretera de La Guaira y se pusieron de moda las excursiones automovilísticas a Macuto; pero el espíritu de *belle époque* dominante en la atmósfera de la ciudad, sobrevivía en la preferencia de los caraqueños parranderos por los coches de caballos para correr en las noches sus jubilosos truenos, o en el cuadro de las engalanadas familias que los domingos concurrían con sus niños a la retreta matinal de la Plaza Bolívar, para luego llevárselos en un ensoñado paseo de jardines en el tranvía de El Paraíso. Otros preferían el de El Valle que les ofrecía en el camino la emoción de un túnel, o la ruta de Sabana Grande para la que partía desde la estación Central la estampa absolutamente fantástica de un tranvía de dos pisos.

En sus gustos y en muchas de sus costumbres, estacionaria en su afrancesamiento de viejo estilo, Caracas seguía siendo el «París de un piso» con que la había comparado Eleroy Curtís en 1895. «La Glaciere» y «La India», con sus salones para familias, adornados con grandes espejos franceses, eran como los templos de la chismografía social, donde

los literatos pontificaban en torno a unos pumpás de cerveza que parecían columnas talladas en cristal de roca, y las damas fulgían como joyas antiguas en los lujosos colores de sus modas Tutankamen.

Los deslumbrantes tesoros descubiertos en 1922 por Howard Carter al excavar en el valle del Nilo la tumba del romántico faraón niño, habían difundido por todo el mundo la magnificencia y decoratividad minuciosa de aquel estilo funerario de hacía tres mil años, dando lugar —en ese lustro confuso del 20 al 25— a una curiosa estética, mezclada de «art nouveau» y egiptología, que invadió desde las formas planas de los vestidos femeninos, hasta el linealismo estereométrico de los muebles y los frascos de perfume. De las lujosas jardinerías en piedras preciosas representadas en los pintajantes y pectorales de Tutankamen, con sus hieráticos animales vaciados en alveólos de oro y policromas pastas de vidrio, salieron los temas egipcios que decoraban las telas importadas por la Compañía Francesa en 1925 para las mujeres de Caracas. Y los colores eran —como los de las taraceadas policromías que adornaban el trono eclesiástico del faraón y sus cajas de ungüentos—, el oro rojo y el alabastro, el azul turquesa de los nemsets, el castaño y marfil de las taraceas, el ópalo misterioso de los escarabeos sagrados. Sinónimo de excelsitud del gusto, todo lo que después se significó por la sucia palabra «pepiado», se traducía entonces para los caraqueños por la palabra Tutankamen.

En 1926 ya las mujeres de Caracas habían adoptado definitivamente la moda de la falda corta y el talle bajo, así como las medias de seda color carne, y las ceñidísimas zapatillas con tacón de cinturita que dejaban todo el pie a la vista. Cuando cruzaban la pierna podían vérselas con facilidad unas adornadísimas y rizadas ligas que se parecían vagamente a los dulces de pasta de la Panadería de Solís, y adoptando una actitud sofisticada que habían aprendido en las películas de

Greta Garbo fumaban públicamente en unas finas boquillas, largas como batutas de marfil. Querían ser como el resumen de los distintos especímenes en que el cine definía la tipología de la mujer moderna: eran audaces y dinámicas como Perla White, enigmáticas y un poco sombrías como Pola Negri, simpáticas y traviesas como Mary Pickford, y le imitaban a Clara Bow su maquillaje de ojos encarbonados y boca en forma de corazón. De las manos afeminadas de los peluqueros para señoras del recién inaugurado «Salón Dorsay» en la esquina de Las Madrices, salían luciendo el audaz corte marimacho de pelo «a la garconne» que había tomado su nombre de la desacreditada novela de Víctor Margarite, y a la salida de las vespertinas elegantes en el Rívoli o en el Rialto, se iban a las tardes danzantes del «Tea Room Avila», donde se desgonzaban bailando charleston y shimmy.

El sentido del trópico y del deporte que despertaba en esos años, se manifestaba en la preferencia de los hombres por el saco tachonado a la espalda, los zapatos de balatá y el sombrero de pajilla, todo ello armonizado con camisa rayada de cuello corto y corbata tejida y angosta al estilo «mecha de lámpara», que se sujetaba con pisacorбата en forma de aeroplanito o de raqueta de tennis. La tela masculina en boga era un paño liviano y picante cuyo nombre norteamericano de «Palm Beach» sincopó el habla de los caraqueños en la palabra pámbiche. El peinado de los hombres —simplificación de la flor de parcha novecentista—, era de raya al medio, muy alisado con la gomina que se había puesto de moda, al estilo de Valentino en la película «Cobra», responsable también de las patillas en corte de piquito que en aquellos años estuvieron igualmente en boga. Las noches en que a los empambichados novios les tocaba de visitar a su prometida, le llevaban un paquete de pastas finas de la panadería de Las Gradillas o de Solís, o un cuarto de kilo de helado de los que despachaba «La Francia» en sus afamadas cajitas a domicilio. También se regalaban los voluminosos

caramelos en palito llamados «bolas americanas», y unos dulces de procedencia francesa conocidos como «carlotas rusas», especie de variante comestible del Jabón de Reuter, hechos de una materia esponjosa, liviana y perfumada, con textura de anime, que había que comer muy poco a poco para evitar la asfixia.

Aunque el medio favorito de transporte público siguió siendo por mucho tiempo el tranvía, ya desde 1924 habían empezado a aparecer en las calles de Caracas las primeras líneas de autobuses. A continuación de la línea para La Pastora, en 1926 se estableció la ruta de Antímano, servida por un enorme carromato de color pizarra, provisto en la parte de atrás de una plataforma en la que los pasajeros de pie viajaban como en un kiosko. A causa de su funerariorio aspecto fue popularmente bautizado como «La Pantera Negra», nombre que sin el adjetivo se generalizó después para todos los autobuses: ¡Ahí viene la Pantera! El elemento de competencia que empezaban a significar para los lentísimos tranvías, se expresaba en las provocativas cancioncitas con que los colectores del autobús invitaban a los pasajeros a subir en el vehículo, poniéndole siempre la música de «El Manisero»:

***Señorita no se monte en morrocoy;
Palo Grande y 19 y ya me voy...***

Contra la realidad cruel de una dictadura que sumada a su antecesora, la de Castro, ya llevaba casi veinte años en el poder, la ciudad había movilizadado hacía ya tiempo esos pobres recursos de sobrevivencia espiritual que se llaman el ingenio, el «humour», el «esprit» colectivo. En el centro mismo de la capital se pudrían en vida los presos del gomecismo o morían en el tormento; pero a pocas cuadras de aquel lugar de horrores, junto a los afamados sorbetes de «La Fran-

cia» o «La India», las pláticas orbitaban entre el reciente estreno en el Teatro Princesa de la comiquísima película «Fatty en el Garage», y el concurso organizado por una revista social para elegir entre las elegantes choferesas de Caracas, a la próxima «Reina del Volante». Los periódicos, domesticados por la dictadura, cultivaban cuidadosamente el ocio mental de sus lectores, y las largas tiradas de prosa trivial en que algún «croniqueur» europeo narraba por enéima vez los últimos momentos de Mata Hari, o cómo perdió la pierna la gran Sarah Bernhardt, alternaban con las noticias en que el Teatro Ayacucho anunciaba la suntuosa inauguración de sus vespertinas llamadas «Flores del Avila», o con inocentes concursos en que se proponía adivinar para qué sirven los dos botones posteriores del paltó-levita, o con cartas abiertas como la que en 1922 publicaban varias señoritas en *El Nuevo Diario*: «Señor Cronista de «El Nuevo Diario». Presente. Nosotras, varias señoritas de esta culta capital, nos dirigimos a usted con el propósito de exigirle nos haga el favor por medio de su importante diario, de exigirle al maestro don Pedro Elías Gutiérrez repita en la retreta del próximo jueves el paso doble «Las Coristas» y el vals «Sanidad Nacional» que tanto han gustado en esta capital».

El alma de aquellos años, ese espíritu conmovedoramente trivial por el que el recuerdo los asocia a la época dorada de la opereta, de los bulliciosos corsos carnavalescos o de los últimos Juegos Florales, se encarna por orden de sucesión en dos nombres que hoy son solo lejanos resplandores en el pasado de la ciudad. Uno era el de «Cenizo», especie de aristócrata de la bohemia perruna de Caracas y cuya procedencia nunca se llegó a conocer. Decíase que su amo había sido un extranjero solitario que al morir lo dejó abandonado. El hecho es que Cenizo apareció misteriosamente en la Plaza Bolívar en 1918, —y adoptándola por residencia permanente—, pronto llegó a hacerse tan familiar a ella como sus historiados rosales o el

caballo del Libertador. Mimado de los literatos, de los artistas y de toda la gente «bien» que concurría a las comedillas de la cervecería Donzella, de «El Universal» y de los jueves y domingos en la Plaza Bolívar, se convirtió Cenizo a la vuelta de los años en una especie de mascota de la gente más distinguida y culta de Caracas, a todos cuyos actos asistía con la formalidad de un huésped bien educado. Fue uno de los primeros en llegar a la fiesta cuando se inauguró en 1925 el Almacén Americano de los señores Phelps; estaba presente en el brindis que ofreció «Leo» a sus amigos con motivo de la salida del primer número de Fantoques, y asimismo comparecía en los entierros de personas importantes de la ciudad, a los que acompañaba hasta el cementerio. Constantemente mencionado en la crónica de los periódicos, celebrado en los versos de Job Pim o dibujado por «Leo», llegó Cenizo a escalar una popularidad tan dilatada como no han alcanzado sino algunos perros del cine. En un homenaje que le tributaron los intelectuales de Caracas en 1925, por iniciativa del gran escritor Manuel Díaz Rodríguez le fue conferido un collar de oro que poco después le robó alguien aprovechándose de su mansedumbre. El 29 de agosto de 1927 murió rodeado de gran multitud que se aglomeró en la plaza a la voz de que había amanecido agonizando. Su cadáver fue botado por los trabajadores del Aseo Urbano en los terrenos de Los Chaguaramos al este de la ciudad donde estaba entonces situado el horno crematorio; pero a la noticia de que Cenizo había sido objeto de semejante desconsideración, en el acto y con el apoyo de toda la ciudadanía, se constituyó una junta integrada por los señores Luis Hernández Gómez, doctor León Barrios y Jesús Aldrey, que se encargó de rescatar los restos y depositarlos en una caja especial en la que se le dio solemne enterramiento el 2 de septiembre a las tres de la tarde en medio de un torrencial aguacero. La Junta, ampliada con la incorporación de muchos importantes ciudadanos, recabó también fondos para consagrarle a Cenizo un

monumento que nunca se llegó a erigir. Todos los intelectuales de Caracas se mostraron de acuerdo con aquel homenaje, excepto la musa traviesa de Job Pim que con tal motivo publicó en El Nuevo Diario:

∞ El monumento a Cenizo ∞

*En medio al desconsuelo general,
murió Cenizo, el can más anormal
que de seguro el mundo ha conocido
desde que perros en el mundo ha habido.*

*¿Era venezolano? No hay constancia:
lo mismo pudo ser de Rusia o Francia,
de China o de la América del Norte,
pues siempre circuló sin pasaporte,
ni tuvo, al menos que de ello se hable,
editor responsable.*

*Tampoco por su traza
se pudo nunca colegir su raza;
su edad era un misterio;
y aún algo más serio:
ni siquiera se sabe si era perro,
pues yo lo dudo y pienso que no yerro.*

*Se sabe solamente que a costillas
vivía de la gente decente;
que a clubs, dancings y cines concurría;
y que fue indiferente
para con los humanos
y para con los perros sus hermanos.*

***Debido a su simpática presencia
se daba aristocrática importancia:
fue su solo atractivo, la elegancia
y su única virtud la independencia.
¡Señor, y a este parásito social
se le quiere erigir un monuimento!
Yo del criterio unánime disiento
y lo juzgo inmoral.***

***Si es verdad como un templo
que Cenizo no tuvo sino yerros
¿no será el homenaje un mal ejemplo
para los otros perros?***

***¿Cuántos que sí son útiles al hombre
llevan con humildad su vida perra
y mueren sin lograr: ese renombre
Por eso yo hago esta protesta en nombre
de los perros honrados de mi tierra.***

Fue también Cenizo el primer perro venezolano que alcanzó figuración internacional. Al evocar la Plaza Bolívar en los recuerdos de su visita a Caracas en 1926, la escritora española María Álvarez de Burgos escribía:

«A las tres de la mañana en la Plaza Bolívar, frente a la estatua del Libertador, no hay más que dos personas Cenizo y yo. No sonriáis irónicamente por esta afirmación, porque os aseguro que junto complacidísima mi personalidad con la de este buen perro de estirpe bohemia, que no quiso aburguesarse viviendo plácidamente al

calor de cual quier hogar, y que, cual yo, noctívago y lunático, divaga a altas horas de la noche, quizás huyendo de la crueldad humana. Este buen perro Cenizo, viejo y deslucido, me da la sensación de encerrar dentro de su pobre cuerpo cansado, el alma arcaica y lejana de algún fiel amigo que siguió las huellas de Simón Bolívar, que contempló la gloria de sus batallas, que se echó humildemente a la puerta de su vivienda, que se sintió acariciado por las manos próceres y que con toda la constancia del recuerdo y de la fidelidad características, viene, noche a noche, a interrogar la fría inmovilidad de la estatua esperando el gesto familiar de la llamada y mirando con pupilas absortas, cómo el bronce no se hace carne viva y palpitante para venir a compensar la humildad de su cariño...»





El otro nombre en quien encarna de una manera mágica el espíritu de aquellos años, es el de su Excelencia el señor Vito Modesto Franklin, Duque de Roca negras y Príncipe de Austrasia. Criatura insólita de la fantasía y del humorismo de la ciudad, en el esplendor físico de aquella figura y en la atmósfera de leyenda que respiraba su fascinante personalidad, conoció la Caracas de los 20 al que fue su personaje más típico por más de diez años, y al mismo tiempo una estampa humana mitad broma mitad poesía, parte locura y parte ensueño, que reunía en sí la elegancia de un Brummel, las extravagancias modísticas y mundanismo refinado de un Oscar Wilde, el misterioso deslumbramiento de un nuevo Conde de Montecristo, y la poesía conmovedora de aquel señor de Bougrelón que en la conocida novela de Jean Lorrain, pasea su inocente megalomanía y su soliloquio delirante, por las solitarias salas de los museos de Holanda. Era nautral de La Guaira donde en su juventud había figurado entre los recios caleteros que acarreaban sacos de café a los barcos. Su vida de aventuras comienza apenas a los 15 años, cuando un Rodulfo, su amigo de la niñez, lo incorpora a la clientela un poco bandidesca de «El Gato Negro», famosa posada y garito guaireño que poetizaba la sólida reputación de su cocina criolla en sus anuncios versificados del periódico *La Lira*:

***Es El Gato, en verdad, un paraíso,
allí el talento del mondongo brilla:
la gracia virginal de la morcilla,
la sublime elocuencia del chorizo.***

Iniciándose como el jugador afortunadísimo que fue siempre, en una de sus jugadas logró Franklin desbanicar la ruleta de «El Gato», dando lugar con su triunfo a un violento episodio de sangre del que le resultó un encarcelamiento por tres años. Cumplida su condena

se trasladó a las tierras cacaoteras de Barlovento y allí se hizo de cuantiosos bienes, no siempre sin utilizar sus admirables mañas de picapleitos y abogado de afición, merced a las cuales se le llegó a conocer en aquella región bajo el título de Doctor Franklin. Pero cuando más prósperamente florecían sus negocios, sufre lo que él mismo describirá después como una de sus crisis de misticismo, y decide ingresar en el Seminario. A punto ya de ordenarse sacerdote, y cuando ya casi todo Caracas lo conocía como el Padre Franklin, las autoridades eclesiásticas le impiden la ordenación luego de investigar las turbulencias de su vida pasada, y es entonces cuando Franklin comienza su carrera de «grand viveur» cosmopolita y elegante.

La época de su primer viaje a Europa es aquella en que Madrid celebra, con grandes cursos de flores, el cumpleaños del Rey Alfonso XIII el día de San Pascual; es la época en que la literatura de Pierre Loti y las páginas de la revista *L'Illustration* habían puesto de moda los lujos de la mueble ría oriental, los cigarrillos turcos y el turismo por los países exóticos. Es la época en que Europa se halla en plena efervescencia danunziana, y el ruidoso poeta impone en la literatura la moda de los amores raros; cuando aún París asiste con un entusiasmo robusto al espectáculo de los últimos duelos —vagidos póstumos del romanticismo— y en que en la Costa Azul se oye sonar, de vez en cuando, el pistoletazo de un suicida mundano, galante e insolvente.

Trasladar a sus pequeñas ciudades de la América tropical un poco de ese mundo decadente, pero tan decorativo, fue el sueño de algunos suramericanos sensibles que por entonces viajaban por Europa. Y si en el Perú, por ejemplo, un Abraham Valdelomar se conforma con provocar un formidable escándalo a la luz de la luna en pleno cementerio de Lima, la mayoría de nuestros impresionables viajeros

permanece rebelde al reingresar en sus formas usuales de vida una vez conocida tanta maravilla. Y así algunos renuncian a su personalidad real para asumir otra más poética o, al menos, más cónsona con aquel mundo del que espiritualmente se han hecho huéspedes para siempre:

***Yo fui moro una vez. Mi faz morena
quemada por el sol de Andalucía,
tuvo la singular melancolía
y la grave altivez de la agarena,***

comienza un soneto de Andrés Mata, que por aquellos tiempos publica *El Nuevo Diario*, ilustrado con una bizarra fotografía en que el poeta aparece vestido con turbante y atavíos moriscos.

A esta familia de criollos vueltos hacia lo exótico, perteneció nuestro Duque desde 1921 como el más vistoso y original de sus representantes. Para poner a vivir la hermosa farsa que fue su vida durante diez años, adoptó un ropero de su propia creación, caracterizado principalmente por sus deslumbrantes ensamblajes de colores en que concurrían el leonado y el verde Nilo, el carmesí y el negro, el esmeralda y el gris claro, el violeta y el rosa, todos ellos aplicados a las más curiosas formas que adoptaron jamás las ropas masculinas, como combinaciones de paltó-levita y calzón corto a lo chambelán, chistera y camisa mosquetera de ancho cuello y bocamangas de encaje, tirolés con escarapela de plumas, corbata de plastrón y zapatillas de raso con hebilla de plata.

Completaban la irrealidad de su figura no solo sus pelucas que parecían de seda, sino el leve maquillaje de carmín y polvos de arroz con que avivaba su semblante, siempre realzado por un monóculo



El duque de Rocanegras y el Pinocho de «Leo», 1923

del que pendía una larga cintita del mismo color de la corbata. Famosos fueron también sus bastones de riquísima y complicada empuñadura que excedían a veces el tamaño normal, y por la manera como él los empuñaba le infundían el aire de un majestuoso maestro de ceremonias. En fa muñeca izquierda llevaba invariablemente una soberbia pulsera adornada con tres bellotas de oro de las que él decía que representaban a sus antepasados los Tres Infantes de Borbón; y de sus guantes, célebres también por sus colores, no prescindía sino en ciertas especialísimas noches de gran teatro para mostrar algunas de las sortijas que componían su rutilante colección.

Gozoso de la admiración que a su paso suscitaba entre los videntes, salía todos los días a la diez de la mañana de su casa en la esquina de La Glorieta e iba a situarse en la Plaza Bolívar, donde pasaba casi todo el resto del día, con la mirada perdida entre los árboles, galanteando ceremoniosamente a las damas que pasaban o a veces charlando con sus numerosos amigos en el corrillo intelectual de «La Francia».

Para 1922, y todavía sin llevar su extravagancia a los extremos que alcanzó por el año de 1929, ya la figura del Duque era popularísima en Caracas. Y para confirmar apoteósicamente su caudaloso prestigio, en los carnavales de aquel año un grupo de sus amigos formado por Arístides Silva Pérez, Armando Capriles, Julio Coll Pacheco Magín, Henrique Silva Pérez y Antonio José Santana, integraron una comparsa en la que todos iban disfrazados a la usanza del Duque y con la que el propio parodiado fue paseado en triunfo con acompañamiento de gran multitud, por las principales calles de la ciudad.

Hasta aquella época se le conocía popularmente en Caracas como el Doctor Franklin y también como el Padre Franklin; pero a raíz de su apoteosis carnavalesca, y para halagarle el prurito nobiliario de que había vuelto contagiado desde su viaje a Europa, un grupo de sus amigos encabezados por el dibujante «Leo», tuvieron la ocurrencia de hacerle llegar por trasmano un pergamino supuestamente expedido por el Rey de España, en que se le confería la dignidad de Duque de Rocanegras. Nunca sabremos si Franklin, por ser también un humorista en el fondo, se prestó conscientemente a ser un elegante juguete en manos de sus amigos, o si, ofuscado por su incurable manía del esplendor, se sentía de verdad protagonista de la fábula ducal que le inventaron. El hecho fue que apenas recibido el pergamino se hizo entrevistar por todos los periódicos, despertando

tal entusiasmo entre la ciudadanía con la noticia de su ducado que en 1924 para celebrarlo, se le organizó una fiesta especial en el Circo Metropolitano. Los organizadores de la fiesta —dice la reseña enviada desde Caracas a la revista madrileña *Sangre y Arena*— «solicitaron de Su Excelencia el Duque de Rocanegras les hiciera el despejo de la plaza en una carroza preparada al efecto.

«La alta dignidad ducal cumplió su cometido, y después, gentilmente invitado para tomar una copa de champaña en el centro del ruedo, se le dio libertad inopinadamente a un hermoso novillo... Los invitados, como por encanto, desaparecieron del redondel; solamente el Príncipe, el auténtico (teniendo sangre azul no podía ser de otra manera) aguantó con la mayor impavidez las embestidas del morlaco, y paso a paso, con toda la majestad que el caso requería, se retiró hasta el más lejano burladero, conservando intacta la virginidad de su línea».

Poco después fue seleccionado entre los humoristas, los periodistas y gentes de la bohemia caraqueña el grupo que habría de constituir el séquito de pajes y gonfaloneros del Duque. Y desde entonces hasta 1930 el espectáculo nocturno más frecuente en Caracas era el de nuestro personaje y su parodística corte desfilando hacia El Paraíso o hacia el Restaurant de El Calvario en lujosos coches a capacete bajo o celebrando fiestas paganas con profusión de flores y bombones en las *soirees* de gala del Teatro Olimpia.

Aunque se aseguraba que en sus relaciones con las damas nunca excedía el Duque los límites de un elegante platonismo castamente alimentado con flores y bombones (Casto Varón de las Vestales le llamó la revista *Elite* en 1930), se desvivía S. E. por las mujeres de teatro y especialmente por las bailarinas y coupletistas. Para tenerlas

al alcance de su esplendor y admiración se compró el viejo Teatro Olimpia, desde cuyo palco central en las noches de debut o de despedida les arroba al escenario grandes cantidades de rosas. Eran los tiempos en que recorrían América tonadilleras de fama mundial como Rosita Guerra, Carmen Flores, Raquel Meller, Pastora Imperio y Lydia Ferreira «La Lusitana», la que al visitar Caracas por primera vez en 1922, había estrenado en el Teatro Calcaño el couplet *El Duque de Rocanegras* con letra de «Leo»:

***Petronio, fuiste un paleta,
Brummel, no valiste nada;
la multitud fascinada
solo me proclama a mí.***

En el homenaje popular de que en 1924 fue objeto el Duque para proclamarlo «El Hombre de las Líneas más Perfectas», fue Carmen Flores quien fungió como sacerdotisa encargada de consagrarle. La ceremonia, que respiraba un paganismo de caricatura, consistió en tender al Duque semidesnudo en un lecho de rosas y verterle champaña en su vientre para que Carmen bebiera del cuenco de su ombligo. Ahora bien, siguiendo a la Flores, de quien estaba inútilmente enamorado, había llegado por aquellos días a Caracas don Enrique de Borbón, personaje de la realeza española y primo del Rey Alfonso XIII a quien parecieron excesivas aquellas confianzas de Rocanegras con su amada, por lo que en un ruidoso encuentro que tuvieron en los salones de «La Francia» le arrojó un guante a la cara y lo retó a duelo. Pero parece que a última hora se acobardó el Borbón y cuando el Duque y sus padrinos fueron en su busca en la explanada de El Calvario, ya don Enrique iba camino de Colombia, siempre en seguimiento de su evasiva Carmen. En Caracas no ocurrían duelos desde los años románticos de 1850, cuando se

libraron los últimos en los matorrales del lugar llamado La Matanza, donde hoy se encuentra el Nuevo Circo. Tampoco habían tenido los caraqueños, desde los tiempos de la Colonia, muchas ocasiones de mirar de cerca a una persona de la nobleza; todo lo cual, sumado a la gran popularidad de que gozaba Rocanegras, le aseguró al esperado espectáculo del desafío una concurrencia digna de la mejor corrida de toros. Interpretada la fuga del Borbón como un triunfo por «forfeit» para su contendor, la enorme multitud de curiosos que se habían aglomerado en El Calvario para asistir al duelo se echaron en hombros al Duque, y entre aclamaciones aplausos y vivas a Venezuela lo trajeron cargado hasta la Plaza Bolívar.

Un nuevo elemento, acaso el más bellamente fabuloso de todos, vino por el año 24 a enriquecerle al Duque la materia novelística de su vida. Con procedimiento semejante al que habían usado para hacerle llegar el pergamino con sus títulos, el círculo de amigos, entre los que siempre andaba metida la mano de los redactores de Fantoches, fechándola en la remotísima villa francesa de Metz le hicieron llegar como escrita por una supuesta princesa cautiva una declaración de amor, para cuya firma eligieron el nombre de un conocido medicamento recomendado contra la dispepsia: se llamaba Princesa Piperazine de Midy.

«Estimado Duque —decía la carta—: Tiempo mucho ha que os amo en secreto como bien le consta a mi almohada, a la que comunico todas las noches las inquietudes de mi corazón, y en especial a mi loro particular con quien paso mis horas de ocio conversando acerca de vos. Estáis ceñido a mi amantísimo corazón como presa en mi corsé lo está mi cintura. Permitidme contar desde hoy con vuestra mano. La mía, vuestra fue desde siempre. Beso vuestros pies, Piperazine de Midy, Princesa Cautiva de Austrasia».

Si creyeron sus amigos sorprender la inocencia del Duque con la invención de semejante princesa, lo que lograron en realidad fue proporcionarle un tema para demostrar todo lo poeta que era. No solo admitió la existencia de tan lejana y fabulosa enamorada, sino de tanto mencionarla, de tanto brindar por ella en sus fiestas, de tanto salir en su defensa cuando se la aludía sarcásticamente en los periódicos, llegó a infundirle vida, llegó a darle corporeidad en el folklore de Caracas, llegó a asociarla a su nombre, a su aventura y hasta a su tragedia como lo está a la figura de Don Quijote la imagen de Dulcinea. Con las mismas materias de fantasía y de mentira, de imaginación y de ensueño en que había modelado su propia fábula, realizó la leyenda de Piperazine en el milagro de una nueva Galatea. Se le sentía junto a él como una presencia casi palpable. A nadie extrañó por eso aquella especie de ceremonia de desposamiento, celebrada en el Restaurant de El Calvario, en que se declaró Consorte de la Cautiva, y adoptando el título de la desposada se proclamó Príncipe de Austrasia. Para precisar por fin a la mítica princesa en el contorno físico que aún no tenía, los traviosos amigos le hicieron llegar subrepticamente al Duque, con apasionadas dedicatorias, una colección de tarjetas postales en que la misma bella modelo aparecía en distintas poses. Una se publicó en Fantoques esa misma semana, y así quedó configurada en la imaginería sentimental de Caracas la semblanza melancólica y tierna de Su Alteza Real la Princesa Alice Piperazine de Midy, musa secreta del Duque, Ninfa Egeria de la loca farsa de su existencia, único amor en que acaso llegó a creer, porque fue el único en alcanzar la altura de su fantasía .

A esa amable sombra le vemos acogerse un poco desesperadamente, como a un recurso extremo de publicidad y figuración, en aquellos días trágicos, de amarga prueba para su narcisismo y para su vanidad, en que la creciente popularidad de Valentino comienza

a despertar sus celos. Sin que su vanidoso ensimismamiento le permitiera advertirlo, uno tras otro desde 1925 le han venido socavando silenciosa pero implacablemente su prestigio, los éxitos cinematográficos de «Cobra», «Sangre y Arena», «El Gaucho», «El Hijo del Sheik», «El Aguila Negra» —los cinco títulos de oro que envuelven el nombre de Valentino en un fulgor de leyenda—, y poco a poco la ciudad ha ido rindiéndose a la fascinación de la nueva «divinidad viviente», que cada tarde congrega a sus idólatras en las vespertinas del Teatro Princesa, o en las friolentas intermediarias del Circo Metropolitano. Ebrío de halagos habíase dormido el Duque en sus mentirosos laureles de opereta, y como Nathaniel Winkle al fin de su largo sueño, al despertar se encontraba con que su época había pasado, con que el mundo a que despertaba no era ya su mundo, con que la ciudad había ido insensiblemente dejándolo solo, seducido su veleidoso corazón por la tiranía romántica del nuevo ídolo. Contra sus rebuscadas extravagancias de otoñal Petronio, contra sus teatralerías de «mannequin vivant» profusamente socorridas con aderezo de afeites, peluquines, corsets, monóculos y guetas, surgía en Rodolfo Valentino un concepto menos barroco de la estética viril, nació el estilizado tipo del moderno galán, síntesis de un raro dandismo que podía reunir a la expresión desengañada y lejana de un abatido Hamlet, la armonía lineal y pulcritud apolínea de un jugador de tenis. Allí estaba, pues, el árbitro de la nueva elegancia y del nuevo arte de seducir arrastrando en su halo de hechizo a las mujeres más bellas de la tierra, unas veces sorbiendo como un perfume perturbador los besos «modero style» de Natacha Rambova, otras rendida su mirada febricitante a la onda de misterio en que lo rapta Pola Negris; siempre idealizado por el arte de la luz y la sombra su evanescente perfil de joven dios o Príncipe de los Sueños.

En un intento casi angustioso por rescatar el sitio de fama que con tan desiguales armas le arrebatara el extranjero, el ya avejentado Duque de Rocanegras disparó en todas las direcciones los variadísimos recursos de su propaganda. Ataviado con la magnificencia multicolora de un Ave del Paraíso, y siempre seguido por varios coches en los que iban sus cortesanos como figuras de carnaval, a la hora en que salían de los cines hacía pasear por el centro de la ciudad en un fulgurante automóvil plateado (el primero de ese color que se veía en Caracas) al que le mandó sustituir el claxon por una estridente campana eléctrica, para que su presencia resultara más llamativa. Eran aquellos los primeros desahogos de su vanidad herida, los que capitalizados abundantemente después por los periodistas con pintorescas declaraciones del Duque, con sus disparatadas entrevistas cargadas de invectiva contra el rival de su belleza y de su fama, acabarían por convertir el caso en el gran tema del día. Parecen los caraqueños de entonces las comparsas de una vasta ópera cómica magnificando con sus coros de carcajadas y ensayados aplausos, las ocurrencias del funambulesco Duque. Aceptando en un raptó de sumo exhibicionismo, el reto que le lanzaron los humoristas de *Fantoches* a permitir una comparación pública entre sus proporciones y las que ya se conocían de Valentino, posó medio desnudo para un famoso retrato de la Fotografía Manrique, cuya exhibición en las céntricas vitrinas de La Bota de Oro, resultó el más gozoso espectáculo que se había ofrecido a la Caracas de aquellos años. Simultáneamente celebra en el escenario del Olimpia la reunión de «artistas y otros expertos», a los que ha convocado para que, a la vista del público, sometan su cuerpo a las mediciones usuales en los torneos de belleza. Fue aquel un acto rico de buen humorismo caraqueño. Como el Duque había pedido —para garantizar la ecuanimidad del veredicto— que los encargados de hacer las mediciones fueran personajes íntimamente familiarizados con la figura de Valentino, el ju-

rado para la ocasión estuvo compuesto «por un competente grupo de operadores de cine».

Rescataba así su popularidad nuestro Duque; mas esta no descansaba ya como en otros tiempos en el prestigio de su persona, sino en el apoyo que le prestaba la radiante actualidad de su émulo cinematográfico. Por algún tiempo logrará todavía deslumbrar a los caraqueños con el resplandor de esa luz prestada; pero en la tarde del 23 de agosto de 1926, toda la ciudad se vuelca hacia las pizarras de *El Universal* y *El Nuevo Diario* para comprobar la noticia de que Rodolfo Valentino acaba de morir en Nueva York. Esa tarde, como de costumbre, paseaba el duque su elegancia por los alrededores de la Plaza Bolívar. No hizo ningún comentario al saber la noticia: separándose de su corro de amigos fue a acodarse en uno de los barandales del parque, y allí permaneció en cavilante silencio hasta la medianoche cuando volvió solitario a su casa. Ante los homenajes que siguieron a la memoria del astro desaparecido; ante las silenciosas manifestaciones de duelo en que se convirtieron las funciones de cine consagradas a recordarle, cuéntase que inquirida la opinión del Duque acerca de la desaparición de su rival, comentó tristemente: «¿Mi rival? Ahora es cuando comienza a serlo».

La muerte de Valentino significó para él una especie de orfandad. Derrocado por la muerte el dulce príncipe de cuyo caudal de popularidad medraba su manía de figuración, resultó como el figurante de una comedia interrumpida en la que se le dejara de pronto absurdamente solo entre sus maquillajes y sus trapos. Con cariño no exento de lástima le siguió viendo la ciudad exhibir por las calles sus galas de ropavejero de la elegancia, y olvidadas sus fiestas paganas, sus reinados de carnaval, sus competencias de belleza, se le remitió a la categoría inofensiva y ornamental de los

monumentos públicos. Otros intereses solicitaban la atención de Caracas; ya desde 1926 se había inaugurado en la ciudad la primera estación de radio; ya —precisamente junto a Valentino— había aparecido en la pantalla Teresa Infante, primera figura venezolana que triunfaba en Hollywood, y en 1928 Caracas acudiría masivamente a la Plaza Bolívar para saludar al victorioso Charles Lindbergh, primer aviador que cruzaba el Atlántico. A 1.800 toneladas alcanzó la cantidad de papel picado que Nueva York arrojó por las ventanas al paso de Lindbergh por sus calles; los caminos que rodean la casa de Lindbergh en Nueva Jersey han quedado bloqueados por los automóviles de los miles de admiradores que desean ver a su héroe.

El Duque lee las noticias que le trae *El Nuevo Diario* esa mañana de 1927, y pensativamente las compara con los versos que a él acaba de dedicarle Job Pim en el mismo periódico:

*Señor Duque de Roca Negras,
Excelentísimo señor,
¿qué te ha pasado, que la gente
no te concede ya atención?*

*Ni tus trajes ultra-elegantes
por su corte y por su color,
que con pañuelos y corbatas
forman feliz combinación;
Ni tus armoniosos andares
con balanceo de foxtrot,
ni tu línea más renombrada
que la del Havre a Nueva York;*

*Ni tus pergaminos flamantes
ni tu principesco bastón:
nada es bastante a que Caracas
vuelva a otorgarte su favor*

*Y aunque tu gran melancolía
encubres con polvos de arroz,
yo sé, buen Duque, tu tristeza
porque el público te olvidó.*

El poema tiene el acento de una cariñosa elegía, pero la obcecación exhibicionista del Duque le atribuye el sentido de un llamado a reactualizarse. Ya es tarde para volver a las cabriolas de antaño, pero entre la ronda de pequeños gorreros que todavía le halagan para petardearle una peseta, hay un mozo latonero que hace tiempo lo asedia para que le ayude a salir adelante con la invención de cierta misteriosa máquina que se le ha ocurrido. El Duque en sus tiempos de estudiante, leyó historias de grandes señores de la antigüedad y del Renacimiento, que alcanzaron la inmortalidad merced al pro hijamiento que oportunamente brindaron al talento y al genio. Ahí está el caso de Mecenas con Virgilio; ahí el del Magnífico Lorenzo con Sandro Botticelli. El Duque reasumió su dinamismo y locuacidad de otros tiempos, y se anunció como el Ludovico Sforza del nuevo Leonardo.

Sería su última aventura, y la que cerraría con un epílogo de tragedia, la larga comedia de su vida. El 6 de diciembre de 1930, invitado por su protegido a asistir en el Garage Venezuela a una prueba del invento, hace explosión la máquina hiriendo al Duque en la frente con uno de sus fragmenros, y ocasionándole con otro la pérdida de una pierna. Postrado en una cama del Hospital Var-

gas, medio borracho todavía por la anestesia, oyó leer el vano consuelo que le quiso llevar el poeta humorista Juan José Churión en sus versos de La Esfera:

∞ *El Arbiter Elegantiarum* ∞

*Lo siento como nadie la catástrofe.
Nuestro querido amigo el noble dandy
que envidia a Potemkin y a Brummel diera,
o sea el señor Vito Modesto Franklin,
no solo de elegancia nuestro príncipe,
sino a más inventor de vuelo errátil,
inventando un científico aparato
a punto estuvo, de la ciencia mártir,
de perecer en la explosión terrible
y sumergirse en la región umbrátil.
Y si bien hoy se halla en el hospicio,
remanso de la vida, dulce oasis,
con el fémur derecho lastimado,
y tal vez quede cojo, o casi casi,
al menos nos alegra que la vida
del apreciado amigo quede intáctil.
Pero, ¡ay! habrá perdido aquella línea
que fuera envidia de los diletanti,
pero aun cojito tiene un modelo
en Byron, que aunque cojo fuera un dandy.
Yo felicito al estimado amigo
que ha podido escapar, en sus análisis,
de esa emboscada de la cruel Atropas
y acaso ha de perder la línea grácil.*

Mas —como escribió después «Leo», evocando el suceso— «muchos rencos y mochos trafican por este mundo, quizás sin recordar siquiera el origen de su pena. Pero para este hombre consagrado a la línea, que no vivía sino para ella y para sus éxitos, constituye una tragedia, mayor que haber perdido la vida, haber perdido la línea». Arrastrándose sobre dos muletas como un pobre pájaro roto; cruzada la frente por tajante cicatriz, humillado por la piedad de los que aún no lo habían olvidado, así le siguió viendo Caracas de tarde en tarde, en aquellos años de sus últimos paseos a la Plaza Bolívar. Aún le aguardaba la amargura de ver despojar a los jardines de la plaza de sus antiguos rosales franceses, última alusión al mundo frívolo y galante en que él había reinado. Y cuando comprendió que la ciudad no tenía ya nada que decirle, se retiró como un viejo rey destronado, al refugio de sus recuerdos. Allí entre el descolorido museo de sus antiguos lujos, soñando el pasado entre aquel montón de papeles amarillentos, de apagadas fotografías, de antiguallas absurdas y muertas que resumían su vida funambulesca, pasaría sus últimos días de gran exilado del tiempo. Su Excelencia murió el 17 de julio de 1938, sin otra despedida que un mal soneto en que Juan José Churión le canta su elegía:

☞ **Epitafio** ☞

*Se ha hundido en el abismo de la fosa
Vito Modesto Franklin, cuya fama
cubriera un día con su verde rama
y lo llevara en actitud gloriosa.
Y ya todo pasó; la veleidosa
deidad se nos convierte en melodrama,
y junto al madrigal el epigrama
nos hunde con dulzor su punta odiosa.*

***Su alcurnia tuvo origen en febrero,
brotó en un carnaval, pues vino armado
con todo el memorial de un caballero.***

***Vivió como Quijote enamorado
de un fantástico título en acero
envuelto en el blasón de su ducado.***

Su aspiración de fama se cumplió de la más hermosa manera. Derivada del diminutivo de su nombre, y como sinónimo de megalomanía, de envanecimiento y narcisismo, dejó inmortalizada en el lenguaje de su pueblo la palabra Vitoquismo.

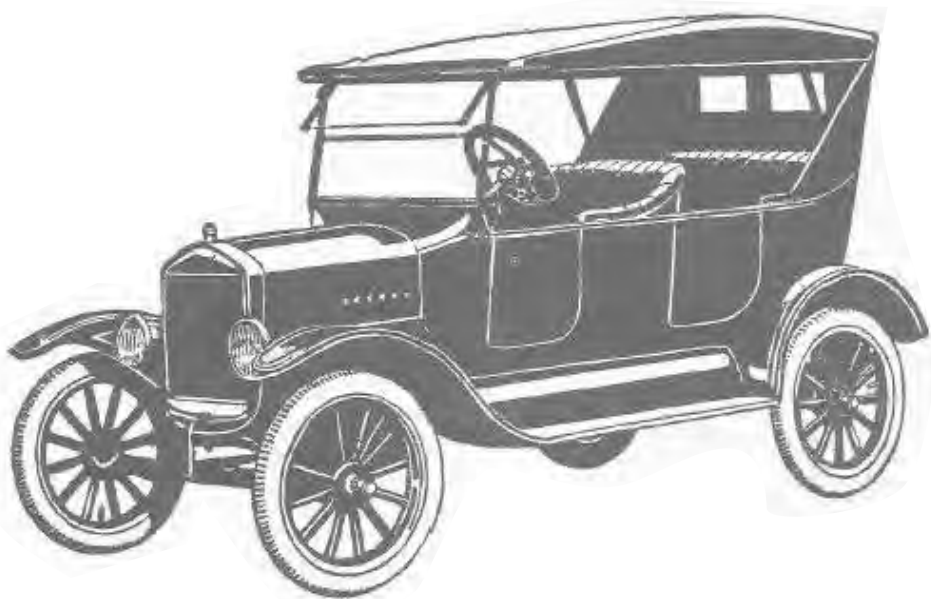




Dibujo de «Fantoches» satirizando al Duque de Roca negras en 1924. Todavía en aquellos tiempos el Duque no había adoptado su moda de los pantalones cortos. «Leo» recuerda así la estampa que hacía entonces: «Familiares nos eran, aunque sorprendentes, las combinaciones de su paltó levitas ribeteados de verde, lila, rojo o blanco. Los grandes espejuelos abicicletados de carey, con la cintilla haciendo juego a la punta del pañuelo que asomaba en el pecho y a los ribetes del traje. Sus sombreros extravagantes o su bisoñé bituminoso, sus bufandas fantásticas y sus bastones aurifulgentes, las guetas que protegían sus sólidos pies, como a las tortugas la concha, y su rostro rasurado y recio, a moldede un lord que se hubiera puesto mulato en el sol de los trópicos o de un mulato que empezara a evolucionar hacia lord... Su persona adquirió altos relieves de actualidad ciudadana. Su nombre y sus fotografías sirvieron a la gula de diarios y revistas. Subió al tabladillo de los teatros en alternabilidad con bailarinas y cantadoras. Se le hicieron entrevistas como a un gran personaje y se le extendieron certificados de perfección escultural. Se desarrolló el caleidoscopio de sus ropas versicromas, hasta la locura, y un día, lo vimos de pantalones cortos y cachucha, como esos grooms que aparecen en los cuadros ingleses de cacería».

«La civilización Ford»





A pesar del énfasis despectivo con que algunos espíritus tradicionalistas llamaron «civilización Ford» a todo lo que en el nuevo siglo les resultaba estridente o áspero, ningún automóvil entre los que circularon por las calles de Caracas en los años veinte, suscitó tan cariñosos sentimientos de simpatía y ternura como los livianísimos Fords del modelo «T» que habían aparecido en la ciudad desde 1916. Con su aspecto infantil y su marcha temblorosa, con sus delgadas llantas que parecían de bicicleta y sus pequeños faros que sugerían la mirada de un animalito triste, más que como a máquinas se les consideraba un poco como juguetes, y como a los pequeños animales de carga se les nombraba por familiares diminutivos.

Los de cualesquiera otras marcas se llamaban simplemente automóviles, carros o a lo sumo *limoncinas*; pero un Ford era siempre «un fordcito», y ni aun cuando apareció en su primoroso modelo de sedán con cuatro por tezuelas se le dejó de nombrar como «el Ford de tablitass». Aunque muchos poetas de la escuela vanguardista reinante en aquellos años le ciedicaron conmovedores versos, fue —paradójicamente— un humorista anónimo quien al querer hacerles burla recogió en una encantadora imitación de la «avant garde» toda la emoción y ternura de los humanísimos fordritos fabricados en serie:



Automóviles Ford para 1920 alineados a la puerta del Almacén Americano entre las antiguas esquinas de Pajaritos y la Palma, donde hoy se levanta el Centro Simón Bolívar. Al fondo se ven las torres de la Iglesia de Santa Teresa.



El Sedán negro para 1923

¡Qué dolor debe dar ser Ford! Ser siempre de hojalata. Que al pasar todos digan: Ahí va un Ford, como quien dice: Ahí va un cualquiera. Y pensar en lo íntimo de las bujías y del carburador que se es tan automóvil como cualquiera otro auto y a lo mejor, ¡mejor!

*Patinautores
de diciembre*





Muchachas patinando.

Tal vez porque el lago de su pueblo no se helaba en el invierno, o porque quiso hacer del patinaje un placer de todas las latitudes, un joven artesano holandés tuvo un día la idea de poner ruedas a sus zapatos. Así nació el patín que rodando por parques y avenidas del mundo, vino a sumarse a los elementos característicos de la Navidad caraqueña. De todas las cosas que la gran industria extranjera vuelca sobre nuestro país, el patín es la única que no ha contribuido a desnaturalizar la tradición. Por el contrario, se les puede considerar ya algo tan nacional como las hallacas y el furruco.

Nuestro amable «Pacheco» —fabuloso rey criollo de los aires decembrinos— no llega a darnos hielo para trazar en él signos mágicos con los filos de los patines; pero gracias al modelo de ruedas el patinaje es entre nosotros deporte de invierno, e invernal es la alegría que nos comunica. Tampoco tenemos laderas cubiertas de mansa nieve, pero el genio del niño criollo creó su versión caraqueña del trineo —un cajón y cuatro ruedas de patín— y se lanzó a volar por las cuestas de la ciudad.

Aquí están los patinadores, primer anuncio de la Navidad en Caracas. Algunos llevan flamantes «Kingston» bien ajustados al calzado de marca indescifrable; otros míseras «planchas» reconstruidas que se sujetan a las alpargatas con increíbles enredijos de guaral. Todos sin embargo dicen lo mismo: sus risas, sus canciones, el estruendo de sus ruedas son el indicio más cierto de que faltan muy pocos días para que el Niño Jesús nazca en su Belén de cartón y paja teñida. Y el vecino de sueño liviano que se queja por la bulla que hacen los patinadores, al saberlo será un poquito más indulgente hacia ellos, y los envidiará al pensar que acaso son los únicos caraqueños que conocen el gusto de quitarse el frío navideño conversando en torno a un fuego, aunque este solo sea el de un criollo anafe de arepitas, pariente pobre de la legendaria chimenea septentrional.



Gente de Caracas





La gran pianista Teresa Carreño.



El humorista Leoncio Martínez, dibujante del pueblo.



Rafael Guinán, célebre actor y coreógrafo.



El pintor Armando Reverón.



Susana Duijm, belleza famosa.



El célebre novelista Rómulo Gallegos.



El escritor Arturo Úslar Pietri.



Lya Imber, primera venezolana en ser médico.



Carlos Cruz Diez, uno de los maestros del cinetismo.



El arquitecto Carlos Raúl Villanueva.



El pintor Tito Salas.



Cristina Egui, deportista famosa.



Guillermo Tamayo, pionero de la aviación civil.



Beatriz Peña, reina de los estudiantes en 1928.



Mary Calcaño, primera aviadora venezolana.



Rufino Blanco Fombona, escritor, novelista y crítico.



Modelo de los primeros aparatos de radio.

🌀 *Pequeña historia del radio* 🌀

En abril de 1926 los periódicos de Caracas publicaron corteses notas de primera página dando su bienvenida a los señores Luis R. Scholtz, Albert Muller y David Lewman, que llegaron de Nueva York para montar el equipo destinado a las transmisiones de radio en la ciudad. Y ya la noche del 24 de mayo una gran muchedumbre de caraqueños se congregaba en los alrededores del Nuevo Circo para asistir a la inauguración de la «Broadcasting Central de Caracas». Distinguíase la estación con las letras A.Y.R.E. y se estableció con sus estudios y sus dos torres entre la esquina de El Tejar y los antiguos terrenos de La Yerbera, donde hoy comienza San Agustín del Norte. El ingeniero Scholtz, nombrado su primer Director, compartía al mismo tiempo la administración y propiedad de la empresa con la firma venezolana A. Santana. En los Estados Unidos la primera radiodifusora había salido al aire en Pittsburgh el 2 de noviembre de 1920, y ya en 1922 el total por venta de aparatos y accesorios de radio alcanzaba entre los norteamericanos a sesenta millones de dólares. La afición por la radiofonía prosperó entre las gentes jóvenes de Caracas auspiciada por la elemental simplicidad de los primeros receptores, aparatos de fabricación casera que cualquiera podía construirse sobre el breve espacio de una tapa de caja de tabaco con una bobina de alambre, una piedra de galena y una bocina telefónica; y con un poco de paciencia para «coger la onda», el pequeñísimo juguete permitía escuchar estaciones tan remotas como las de Schenectady o del Canal de Panamá. Para los que desearan escuchar la de Caracas a un volumen normal, instaló la empresa una corneta en las ventanas de su local, pero pronto tuvo que retirarla a causa de las tumultuarias concentraciones de oyentes

y curiosos que cada noche congregaban sus transmisiones, produciéndose largas interrupciones del tráfico en la cuadra y bulliciosas peleas entre los que querían estar más cerca de las ventanas. Presentada la estación por sus promotores aquella memorable noche de 1926, dijo el discurso de inauguración el historiador y académico Eloy G. González, y como programa inaugural se presentó un concierto de canto por la señora Susana de Lyon Paván y la señorita Hilda Jagemberg. El primer locutor fue el señor Albert Muller, cuya voz arrancó lágrimas de emoción y una salva de aplausos entre los invitados y la multitud apiñada en las ventanas, cuando anunció: «Esta es la Broadcasting Central de Caracas, estación A.Y.R.E.», y a continuación rompió a sonar el Himno Nacional. «Con el entusiasmo de la primera estación la radiofonía alcanzó extremos de verdadera pasión colectiva entre los caraqueños. La onda se localizaba en la piedra con una inestable aguja que hacía presión sobre ella por medio de un resorte. Casi no había hombre de Caracas que de las siete de la noche en adelante no estuviera en algún rincón de su hogar, inmóviles los abiertos ojos en la actitud estática de un magnetizado, manipulando su primitivo receptor con la bocina pegada al oído, y llamando a cada instante a la familia para que vinieran a oír la onda que había sintonizado. El punto del piso donde se fijaba el polo de tierra del aparato, se mantenía siempre mojado por los abundantes vasos de agua que había que echarle para mantener la recepción en buenas condiciones. El espectáculo más constante de los domingos en la mañana era el de multitud de hombres en camisa que amanecían como extraños pájaros en los tejados de sus casas instalando o mejorando sus antenas. En las casas, a las horas de transmisión, había que pisar muy pasito para que al radioescucha no se le fuera la onda. En las pulperías, en las boticas y hasta en las casas particulares aparecían constantemente los teléfonos con la bocina arrancada, robada por alguien que se la había llevado para hacer un radio.

Los receptores profesionales, equipados con su corneta y fabricados por las casas norteamericanas Stromberg Carlson, Fada y Radío Corporation, fueron puestos en exhibición en una sala especial que se instaló de Sociedad a Camejo, y su venta fue «sometida a la más cuidadosa vigilancia oficial. No disimulaba el Gobierno sus temores de que tan eficaces aparatos pudieran ser utilizados para comunicar al país con los grupos de exilados que conspiraban desde el exterior contra el régimen gomecista. Para adquirirlos tenía el aspirante que formular una solicitud escrita indicando sus datos personales, la clase de aparato que deseaba comprar y el lugar exacto donde pensaba instalarlo.

Los sucesos políticos que se desencadenaron en 1928, con sus prisiones masivas de estudiantes, con sus vastas batidas de represión contra la ciudadanía y los intelectuales, con su intensificación de la fiscalía oficial sobre los medios de publicidad, dieron al cauteloso gobierno de Gómez el pretexto que hacía tiempo buscaba para proceder a la clausura de la A.Y.R.E. invocando como motivo la seguridad del Estado. Caracas no volvió des de entonces a oír una estación local hasta la inauguración de la Radio Caracas en 1930. La época de singularísimo esplendor que comenzó a vivir a partir de aquellos años la radiodifusión venezolana se manifestó especialmente por la alta calidad de sus locutores. De acuerdo con la ortodoxia profesional de la radiodifusión llamábaseles perifoneadores y también speakers. Los más notables de aquellos tiempos —y seguramente los mejores en toda la historia radiofónica del país— fueron Edgar Anzola, Ricardo Espina, Ernesto D'Escriván y Edmundo Castés. La primera voz de mujer que se oyó hablar por radio en la ciudad fue la de Carmen Serrano con sus celebradísimos «Cuentos de la Madrecita», que narraba todas las noches a las siete y que ya se habían popularizado desde los tiempos de la A.Y.R.E. Y el primer locutor desportivo especializado fue Esteban Ba-

llesté, cuya voz se hizo la más popular del país en las transmisiones de los grandes juegos de beisbol, entre equipos que han pasado a la historia como el Royal Criollos, el Magallanes, Los Cardenales y el Santa Marta. En 1931 comenzaron a trasmitirse por radio las retretas de la Plaza Bolívar. A mediados de 1932 la sensación del día fue para los radioescuchas la presentación de Max Coll, el niño venezolano que había hecho carrera como actor en Hollywood. También desde 1931, aprovechando el gran interés despertado en el público por la llegada del cine parlante (lo estrenó el Teatro Bolívar en 1930), la Radio Caracas instaló sus micrófonos en las pantallas del Teatro Bolívar y del Teatro Pimentel para trasmitir en las noches de estreno las películas habladas. Así se familiarizó Caracas con las voces de José Bohr, María Ladrón de Guevara, Luana Alcañiz, José Crespo y Rosita Moreno, en grandes cintas pioneras del cine sonoro en castellano como «Sombras de Gloria», «La Mujer X», «El Proceso de Mary Dugan» y «La Mano del Muerto». El mayor orgullo de un radioescucha de aquellos años se cifraba en la posesión de un aparato superheterodino de toda onda, modelo de acapillada forma muy en el gusto arquitectónico del *modern style*, que ya traía la corneta incorporada al mueble. Las gentes hasta aquellos años se congregaban religiosamente en sus hogares para oír el radio, con la actitud de recogimiento y concentrada atención que se dedica a un buen concierto. Y como había ocurrido con la pianola en los años iniciales del 20, y posteriormente con las victrolas y ortofónicas, se instauró entre los caraqueños la moda de poner bailes con radio.

La primera figura del canto que alcanzó fama por sus actuaciones por la radio venezolana, fue la hermosa caraqueña Soledad Espinal, quien junto a Tito Coral (Pío Corao) fue también una de las primeras voces nacionales que se oyeron en discos. Siguióla en popularidad Juanito Renot, célebre por su interpretación «Capulli-

to de Alhelí», estrenada en 1930. Aquella década es también la de los comienzos del programa cómico «La Familia Buchipluma», que destacó a Carlos Fernández como el más grande comediógrafo de la radiofonía venezolana en todos los tiempos.

La decadencia de la radio caraqueña y su gran quiebra artística, comenzó al faltarle figuras de gran talento creador y amplia solvencia cultural que la habían sostenido desde sus principios, como Edgar J. Anzola, Mario García Arocha y Alfredo Cortina, finos talentos que habían logrado imponerle el más noble estilo como medio de divertimento y recurso de cultura.

De aquellos años heroicos de la radiodifusión, del conmovedor entusiasmo porvenirista con que nuestra ciudad acogió el advenimiento de la nueva invención, nos queda el testimonio de un poeta entonces joven que cantó con su voz vanguardista de veinte años el «Poema de las Torres del Radio»:



***Hoy ha subido hasta mi verso,
amargado de músicas antiguas
la alegría del poema
de las torres del radio.***

*La brisa de Marconi,
que sacude los follajes de la selva y del mar,
marcha, cargada de rocío con el vino de mi poema,
que es un vino color de sangre.*

*Recoge los signos de las llanuras del hielo,
la voz de los pájaros de las islas volcánicas,
la égloga de las colinas,
la oda de los himalayas.*

*Y canta bajo las estrellas cosmopolitas
su inmenso canto de púrpura.
Los hombres se alzan
para escuchar el canto,
prolongados sobre sí mismos,
tienen la actitud de las torres
que avizoran el mundo
con sus pupilas de marfil o sus pupilas de cristal.*

*Y todo mientras las torres de los poetas,
las torres del radio,
alzadas en la luz del alba,
con su cabellera de alambre tendida a las espaldas,
oyen,
con sus oídos eléctricos,
el numeroso rumor,
la multitud de las voces fraternales de todos los climas,
el ritmo de la joven alegría del mundo!*

*Oyen,
y cantan con su lengua millonaria,
para ceñir el oscuro planeta
—nuevo Saturno—
con el anillo del poema futuro!*

JOAQUÍN GABALDÓN MÁRQUEZ



El 29 de abril de 1886 murió en Caracas Matea Bolívar, el aya del Libertador, más conocida por el pueblo y en la historia como la Negra Matea. Hija de dos esclavos de don Juan Vicente Bolívar, había nacido en San José de Tiznados, y por lo entrañablemente próxima que estuvo a la niñez y a la formación del grande hombre, su nombre desde muy joven se asoció en el folklore y en la historia al de Bolívar, siempre maternalmente llamado por ella «el niño Simoncito». Desde los diez años vivió en la casa de las hermanas Bolívar como preferida compañera de María Antonia. En los días terribles de 1814 había sido testigo de la heroica hazaña de Ricaurte en San Mateo. El cortejo de sus exequias estuvo encabezado por el Presidente de la República, general Joaquín Crespo. El pueblo la admiraba no solo como uno de los últimos actores vivos de la historia del Libertador, sino como ejemplo insólito de longevidad. Había nacido en 1766, o sea que al morir tenía ciento veinte años.



La vieja estampa caraqueña del amolador italiano. Había la creencia de que si al escuchar su melodioso silbato uno se ponía en la cabeza la primera cosa que encontrara a mano, no pasaría mucho tiempo sin que recibiera un regalo.



El carrito de frutas, estampa matinal de las calles de Caracas desde los tiempos de Guzmán Blanco, cuando llegaron las primeras inmigraciones de agricultores y horticultores canarios. La circulación de estos carritos fue prohibida en los tiempos de Pérez Jiménez.

La Caracas del petróleo



Un poco reeditando la tragedia de aquel pobre personaje de Max Aub, al que a medida que habla le van quitando el decorado hasta que se queda en el total desamparo de un teatro vacío, la generación de la Caracas petrolera que alcanza su plenitud por los años de 1940, es la de los que tuvieron el melancólico privilegio de asistir a la agonía de su paisaje. Caracas ha sido para nosotros en estos últimos veinte años, un infatigable espectáculo de subversión y trastocamiento. Apertrechados con el cemento, con las cabillas y el mosaico italiano de que los pudo proveer el auge petrolero, los viejos cultivadores del adobe pintado al óleo y de las romanillas descubrieron la fórmula de proyectar en un sentido vertical su avidez usuraria y su inveterada falta de cultura. Y en la dislocación espiritual en que se iba a traducir para nosotros la liquidación de un paisaje que había sido el molde de nuestra existencia, puede explicarse el que nuestros ojos se volvieran hacia la Arquitectura, y ya no solo como materia opcional de la formación humanística, sino en lo que ella nos prometía como posibilidad de rescatar en términos de fuerza y estética, aquel sentido de la continuidad vital que habíamos perdido. Así contemplada puede explicarse también la apasionada dedicación con que la intelectualidad de la Caracas nueva, la que siente su paisaje y ama su ciudad, centraliza sus afanes en el tema de la Arquitectura. En el momento casi crepuscular de los 40 años, los últimos sobrevivientes de la caraqueñidad tradicional seguimos firmes en nuestra fe de que, pasada la convulsión demográfica actual, nuestra ciudad se salvará para aquella conjunción de «existencia completa» —o sea, de bienestar y belleza— en que se define el ideal aristotélico de la vida civil. Pero a pesar del acento de nostálgico desengaño que algunos pudieran percibir en el tono de apremio con que escribimos palabras que nos huelen un poco a viejo como belleza y armonía —y hoy tan ausentes en el nuevo léxico de esta ciudad *chévere*— acaso convenga aclarar que no estamos entre los cultivadores de ese pasatismo algo reaccionario de



El antiguo Puente Bolívar que daba acceso a El Calvario desde el centro de la ciudad. El Puente desapareció y la quebrada fue embovedada para construir una parte de la reurbanización de El Silencio.

aquellos elegíacos poetas de los escombros, para quienes armonía y belleza fueron valores que la ciudad liquidó definitivamente con la caída de las últimas tejas. En el enfrentamiento de las dos actitudes extremas: entre la que se aferra tenazmente al pasado casero de los zaguanes; entre la que arrastra su desengaño de la ciudad por entre basureros de adobes rotos, y la del que se emboba hasta el ensueño ante cualquier monstruosidad de siete pisos revestida de mosaiquillo italiano, no ha de ser uno espiritualmente tan chocho para añorar en el pasado los goces estéticos y la comunidad que el presente nos niega, ni culturalmente tan estulto para aceptar cuanto valor espurio quiera imponernos la época en nombre de una supuesta modernidad.

Un examen más equilibrado y sereno de lo que ha sido la arquitectura de Caracas en el proceso expansivo que sigue desde los años guzmancistas del Septenio —cuando la ciudad va a perder definitivamente su fisonomía hispánica— nos llevará a la conclusión de que ni cualquier tiempo pasado fue mejor, ni el presente —descontadas ciertas excepciones que honran a la actual generación— es otra cosa, en términos generales, que el apogeo de algunos vicios tempranamente impuestos a la ciudad por el neoclasicismo arrogante del general Guzmán Blanco.



Con el mismo desenfado con que obligó a sus generales a disfrazarse de figurones del Segundo Imperio francés, y a retratarse en la fotografía del Próspero Rey luciendo el emplumado bicornio que debía recordarles las gallinas que se robaron en sus campañas semiprimitivas de un tiritito y al machete, el reformismo de Guzmán inauguró para las modestas casas criollas de su Caracas aquella estética de un Renacimiento y un Romanticismo trasplantado, cuyas expresiones más acabadas fueron el mosaico, la romanilla y esa especie de pavorreal de la utilería ornamental que se menciona con la cursilísima palabra *marquesina*.

Para satisfacer el mundanismo un tanto operático de quien se jactaba de haber enseñado a los caraqueños a comer jamón planchado y a beber champaña, las pobres casas de la ciudad debieron sustituir rápidamente sus coloniales aleros y ventanas de palo, por las balaustradas y cornisamentos de una Florencia interpretada en adobe; un renacentismo al aceite de linaza cuyo Arno sería el bilharcioso Guaire, y que llegó a tener hasta su Ponte Vecchio en aquel Puente de los Suspiros, al oeste de la ciudad, que los arrieros del siglo pasado utilizaban para hacer sus necesidades. A la atención, de una solidez sanchesca, que hasta entonces se prodigaba a la cría

de gallinas, siguió un lírico interés por los canarios, mientras el lenguaje de las damas estrenaba palabras como «soponcio» y «tiquismiquis». En las paredes de los dormitorios se desplazó el candor campesino de las lechadas con agua de cal y zócalo de azulillo, por una bizarra papelería decorativa en cuyas rayas y solanges se prolongaba la obsesionante geometría visual de los mosaicos del piso, o la quincallería multicroma de las romanillas que se empeñaban en replicar en vidrio y madera calada, la moda de los rubans y camisolines de foulard divulgada por la Compañía Francesa. Parafraseando el proverbio que señala a Roma como destino final de todos los itinerarios, en aquellas casas todos los caminos conducían a una Venecia de opereta o de telón de teatro, pintada al óleo en la pared del comedor. Y hasta las palmas que brotaron como adorno en los corredores sobre su gran pote de mosaico, tenían en el pesado verde de sus espatas acanaladas, algo en común con aquel mundo donde nada escapó a los beneficios de la brocha gorda bien aceitada. Todo en consonancia con calles que empezaban a llamarse boulevares, y donde la pompa neoclásica del guzmancismo comienza a levantar esas edificaciones con vocación de templos griegos —como el Palacio Federal y el Teatro Municipal— a los que seguirán después esos arcos de un énfasis romano —el de la Federación o el de Santa Inés—, en que la pequeña urbe —por contraste con su animada circulación de burros y la vecindad de los trapiches— acentúa su apariencia de aldeanita con centavos.

Y como el feísmo estético parece tener en Venezuela el carácter de una enfermedad hereditaria, la Caracas que se desarrolla desde aquella espectacular mitad del siglo XIX hasta muy entrado nuestro siglo, es una larga reiteración de aquel estilo en que Guzmán Blanco nos impuso su regusto de las molduras y enmosaicados. Más atenta a los caprichos de un decorativismo sin posibilidades de per-



El Presidente Medina inaugura los trabajos de demolición de la antigua barriada de El Silencio, para construir la nueva urbanización proyectada por el arquitecto Carlos Raúl Villanueva.

duración, que a las necesidades funcionales de la ciudad, la escasa arquitectura con alguna aspiración estética que logra prosperar en sesenta años de crecimiento urbano, distrae su vocación artesanal en ornamentados primores de repostería o en capillitas de un estilo postal, mientras la ciudad, desestimada en sus urgencias de crecimiento y acomodación, debe resolver su problema de espacio disparándose hacia los cerros, fomentando la antiarquitectura. Jugar con el espacio, más que acondicionarlo para vivir, parece ser el afán de aquellos gobernantes decimonónicos. Guzmán dedica cuantiosos recursos del erario a la construcción de una gran plaza y de un gran parque en el centro de Caracas, de un gran teatro y de una fachada gótica para el antiguo convento de San Francisco, cuando aún la ciudad no tiene cloacas, y no coloca los puentes allí donde los reclama la expansión urbanística, sino donde han de comunicar con primorosos paseos. El general Joaquín Crespo, imitándole en todo menos en su sentido de la elegancia, se distrae construyendo en El Calvario una capillita para pagar la promesa que su esposa había hecho a la Virgen de Lourdes, o construyendo caprichosamente un



El airoso edificio del Hotel Majestic, obra del gran arquitecto Roberto Mujica, se levantaba en la esquina del Municipal, frente al teatro. Fue demolido para construir el Centro Simón Bolívar.

puente para pasar por debajo, un túnel para pasar por encima y un arco para pasarle por un lado. En las administraciones que siguieron después hasta mediados del siglo XX, solo unos contados edificios públicos anteriores al meritísimo ensayo de Villanueva en El Silencio —como el Panteón Nacional refaccionado por Roberto Mujica en 1930— alcanzaron en todo ese tiempo a definir el buen sentido y la aspiración de solidez que parecía desterrado de aquel panorama de chatura y falsas galas que se repartían entre las colinas erosionadas por la albañilería irracional de los ranchos, y las audacias decorativas del yeso.

Para conservar al día —como si dijéramos— todo lo que las épocas neoclásica y modernista tuvieron de ridículo, las generaciones que siguieron a aquellas épocas han dispuesto de los más eficaces procedimientos de refacción y restauración, y de una propensión casi mórbida a practicar esa forma inmundada del servilismo al original, que se llama la réplica. En esa casi surrealista pastelería de vidriecitos cortados, de fachaditas que parecen estarle dictando una lección de bordado al transeúnte; en esas quinticas que se dirían acabadas de salir de una latita de galletas de Huntley Palmers; en esos muestrarios de cursilería y frenesí imaginativo que se llamaron la Nueva Caracas, El Conde y San Agustín, ¿qué hizo la época gomecista, sino devolverle su pernicioso vigencia a las marquesinas y emplastos ornamentales del Septenio, al renacentismo de barajitas de cigarrillos que el doctor Rojas Paúl nos dejó en su antipática parroquia de San José, al bazar de pinturas y vidrios absolutamente absurdo que el general Crespo nos legó en el Palacio de Miraflores? La misma manía de refacción que en los últimos tiempos se ha definido por las cursis palabras remozamiento y remodelación, ¿no nos habla de una insistencia viciosa en perpetuar aquellas formas? Para hilaridad y asombro de los tiempos, una de las ocurrencias más cómicas que tuvo la estética castrense del general Pérez Jiménez, fue volverles a poner sus brazos a aquellas dos señoras alegóricas que adornan el Arco de la Federación, y las que la acción de los años había hecho objeto de una poética amputación que las incorporaba, por semejanza, a ese mundo de los mochos amables donde también figuran la Venus de Milo y la victoria de Samotracia. Fue el autor de estas líneas uno de los pocos caraqueños que no permanecieron indiferentes al inquietante significado de aquella ortopedia de cemento, cuyo proceso se había iniciado ya en 1947, con la aplicación de una democrática lechada a la cabeza del General Falcón que asoma por sobre el gálibo del Arco:

*Con un trapo enrollado de un palo y un cepillo,
están limpiando el Arco de la Federación
para pintarlo luego de ese intenso amarillo
que tanto place al gusto de la Administración*

*Mientras dos albañiles, a punta de cuchillo,
le raspan los bigotes al General Falcón,
otro, con una cosa que parece queso,
a las mochas de piedra les completa el tocón.*

*Como bonito, el Arco nunca ha sido bonito,
mas el tiempo le supo imprimir un tonito
que mitigaba un poco cualquier mala impresión.
Pero, qué hacer, el tiempo muy poco significa
para la brocha cursi, grotesca y nueva rica
que pinta de plateado los techos de latón.*

Claro que los materiales evolucionan, y con ellos la apariencia de las cosas. Y si el Capitolio, por ejemplo, —otro mártir constante de la manía refaccionista— nos evocó siempre un circo de caballitos con su viejo techo de hojalata, con la flamante cúpula dorada que le han colocado ahora ha quedado en condiciones de ser tomado por una máquina de preparar el café express.

Creíase que la manía de repintamientos y remaquillados era una consecuencia estética natural del espíritu reaccionario que empezó a dominar en la administración de la ciudad a partir del golpe militar de 1945. Pero aparentemente liquidada con la caída de Pérez Jiménez la época que comenzó entonces, uno de los primeros actos de la Nueva Era fue emprender en la Plaza Bolívar una «operación remozamiento» que pretendía «devolverle su aire colonial» y convertirla

en «un marco digno del Libertador». Y como adelanto de lo que sería esa dignificación, se le sustituyeron sus viejos mosaicos Chellini por lo que se llamó cursivamente «granito del Avila», y se discutió si debajo de la plataforma donde se toca la retreta convendría instalar un retrete público o más bien una hemeroteca para que los ciudadanos enriquecieran su cultura leyendo los periódicos. Invocando parecidos propósitos en 1864 el general Guzmán Blanco —aquejado de idéntico prurito del retoque— había destruido allí mismo la más prodigiosa muestra de arquitectura colonial que podía exhibir la ciudad desde los tiempos del gobernador Ricardos; y aduciendo también motivos de bolivarianismo decorativo, el general Crespo a su vez le había enmendado la plana a Guzmán eliminándole a la Plaza su modesto piso de cemento decorado, por mosaicos de los mismos con que hizo recamar los suelos de Miraflores.

No se les ocurrió en cambio a los remozadores y dignificadores de la mampostería, echar abajo ese adefesio insultante para la condición caraqueña de Bolívar, ese conjunto de horrores concebido en el estilo más definitivo del gusto cuartelario, que nos dejó Pérez Jiménez en el Copódromo de El Valle.

Inspirado en un patriotismo semejante al que llevó al General Gómez a transformar el Campo de Carabobo en una utilería de chivera, el Copódromo de El Valle excedió a todos sus antecesores en cuanto al número de ridiculeces que pudo reunir en tan reducido espacio. Para «batir el record mundial» del mal gusto, le bastaría su divertida decoración de copas proceras, a las cuales debe su nombre cómico de Copódromo con que lo bautizó Mariano Picón Salas. Pero además de las copas de mampostería están aquellos bloques o superladrillos de mármol travertino, que más que a conmemorar a los héroes de la patria, parecen destinados a exaltar las virtudes del

queso parmesano. Erguidos en su poderosa inutilidad, frustrados en todo propósito decorativo, la única función que parecen cumplir es la de informarnos, como en un libro telefónico, los nombres de los muñecos de cobre que se alinearon a sus pies en disposición de jugar «la candelita». Y no sabe la desprevenida nariz del transeúnte que por allí circula, si el horrendo olor que en esa atmósfera flota constantemente, ha de atribuirse a las emanaciones del desacreditado río Valle o a la pudrición moral que desprenderá semejante botadero estético. Sería ese lugar el más feo de Venezuela, el más vulgar y el más antiarquitectónico si como su competidor más visible para los caraqueños que circulan por la zona del centro no erigiera su pesantez de paquidermo arquitectónico ese Escorial traducido al dulce de leche al que el simplismo interiorano de algunos periodistas llama «El Palacio Blanco».

La constancia en la propensión feísta, la adopción y desarrollo por cada generación de lo malo que hizo la anterior, son acaso los únicos signos a que pudiera acudir un estudioso de la arquitectura caraqueña para encontrarle algún sentido de la continuidad histórica. A las historiadas estatuas de Saludante y Manganzón de la época guzmancista, por ejemplo, corresponde en nuestro tiempo ese funerario Paseo de las Copas, donde los saludantes y manganzones se multiplicaron a tenor del aumento de las divisas. A la ocurrencia de un Gómez de construir un botiquín en plena montaña de Rancho Grande, corresponde en nuestros días la de esa especie de «maruto» que nos levantó Pérez Jiménez en la barriga del Ávila bajo la denominación irrespetuosa de Hotel Humboldt (verdadera redundancia arquitectónica en que incurrió el arquitecto al construir un rasca-cielos sobre el tope de una montaña, que es como decir levantar un edificio en alta mar para construir una piscina). El esnobismo un poco candoroso con que Guzmán cree jerarquizar algunas calles

denominándolas boulevards, es el mismo que repiten nuestros actuales urbanistas al emplear el eufemismo «colinas» para nombrar los cerros donde viven los ricos. Y aunque por una simple diferencia de dimensiones no sería posible identificar un edificio de los que hoy nos provee la activa imaginación de los usureros, con una casa setentona de la parroquia de Altigracia, bastaría el más somero examen por comparación de detalles, para concluir que desde entonces acá solo cambiaron las dimensiones. Esos lobbies, porches y frentes que hoy adornan sus paredes con agresivo revestimiento de vidrio molido, ¿no son una versión en papel de lija del antiguo zaguán empapelado de que tanto se burlan nuestros expertos en «mabitología»? La nomenclatura urbana inspirada en grandes abstracciones como el Paseo de la Independencia o el Puente Regeneración, se repite en la lopecista Plaza de la Concordia o en el super cursi «Sistema de la Nacionalidad» con su provincianísimo «Paseo de los Ilustres». Y elegir para la nomenclatura urbana denominaciones destinadas a encarecer la represión, es también una propensión en que se identifican todas las épocas. Si bautizó Gómez «Avenida del Ejército» a uno de los paseos más finos de la ciudad de su época, una de las experiencias más humillantes que vive la Caracas de hoy es tener que soportar sobre su mismo corazón una avenida cuyo nombre se ideó para exaltar la fuerza armada como ideal ciudadano.

Lo que amamos entonces con añorante afecto en el perdido paisaje de la ciudad, es lo que de él hubiera podido salvarse para construirle un marco de belleza al porvenir, no la morosa placidez de sus viejas casonas, donde junto a la fragancia de las guayabas corraleras y a la musicalidad de los tinajeros, se alojaba también el voraz ejército de las chinches y de las temibles madres de alacrán. Somos, los caraqueños que hoy tenemos cuarenta años, nostálgicos de los árboles que cayeron, no de los pseudofranceses boulevards que ellos



La Plaza Urdaneta, etapa final de la construcción de El Silencio por la administración de Isaías Medina Angarita.

adornaron. Y por lo mismo que nuestra ternura de la ciudad se formuló siempre en el esquema abstracto del paisaje, bien podemos decir que mientras queden nuevas flores que cultivar y nuevas raíces que hincar en la tierra, nuestra aspiración de serenidad y nuestras reservas de fe en la gracia de vivir —contando con la brillante generación de arquitectos jóvenes que ahora se pone en marcha—, está lista para un nuevo comienzo.

Un gobierno de probada vocación nacionalista y civil como el de Isaías Medina inició en 1942 con la construcción de las grandes masas arquitectónicas de El Silencio, la más grande transformación urbanística que experimentó Caracas desde los tiempos de Guzmán Blanco. No conoce la historia de nuestro país una experiencia tan interesante como la que representa ese enorme cuadro de ciudad nueva, donde el arquitecto Carlos Raúl Villanueva logró conciliar corrientes de tan diversa orientación como el criollismo

colonial hispanoamericano, el funcionalismo espacial de Le Corbusier y las teorías de la ciudad-jardín ensayadas por Ebenezer Howard en Inglaterra. Dar a Caracas una arquitectura en la que el hombre venezolano se sintiese vinculado a su tradición hispánica, satisfaciendo al mismo tiempo las urgencias de la vida contemporánea, y disfrutando de un grato contacto con el paisaje a través de los árboles, del agua y de las flores, fue un propósito espléndidamente cumplido por la reurbanización de El Silencio, y también por la enorme red de concentraciones escolares que en esa misma época se extendió por todo el país.

Pero el derrocamiento del gobierno de Medina significó también un cambio en nuestras orientaciones urbanísticas. En un acto rico de simbolismo histórico, en el que parecía marcarse el comienzo de un vasto proceso de despersonalización nacional, fue demolida la casa de Francisco de Miranda para convertir el terreno en un estacionamiento de automóviles. Y como si el destino de ese pedazo de tierra siguiera siendo el de dar a la historia de la nación sus cifras precursoras, de donde estuvo la casa del trágico don Francisco iba a brotar después aquel horrendo adefesio antiestilo, en que apuntaban ya las pautas de una nueva estética basada en el dinero.

El torrente de dólares desbordado sobre el país por la multiplicación de las concesiones petroleras y la explotación del hierro en el Sur, se tradujo para Caracas en un crecimiento demográfico de cuatrocientos mil habitantes en 1945, a un millón doscientos mil en 1954. Y para enfrentar el gran problema de alojamiento y circulación que planteaba la nueva Shinar en que se había con vertido nuestra pequeña capital en tan pocos años, surgió una industria de la construcción en que se definen las dos tendencias que hoy dominan en el país: junto a la mentalidad cosmopolita y sensación de

fuerza que parece orientar al Estado en sus inmensas edificaciones y obras viales, surgen los miles de mamarrachos en que una clase media ensoberbecida proclama su primitivismo estético y su falta de cultura. Su plantada definitivamente la economía agraria por la basada en la producción de materias primas para los Estados Unidos, las arruinadas masas del campo se volcaron sobre la ciudad, y al constituirse en mayoría dominante sobre la población caraqueña propiamente dicha, le impusieron a la capital sus modos elementales de vida y sus gustos rudimentarios. Puesta bajo la égida de aquella inmensa miseria transmigrada que invadió con ranchos de cartón y latas viejas sus serranías, sus ojos de puente, sus quebradas, sus vías férreas y las adyacencias de sus urbanizaciones y parques, Caracas volvió a ser la ciudad-ranchería de los tiempos anteriores a Guzmán, con sus hombres peludos de camisa por fuera que no se peinan ni se asean, con sus turbas de niños semidesnudos que duermen en los portales, con sus parques donde los nutridos grupos de vagos toman el terreno de los jardines para jugar con rurales bolas de piedra, con sus calles llenas de gente «echando cocos» en los días de la Semana Santa, con sus ventas de hallacas y fritangas en pleno centro de la ciudad sobre un cajón y un anafe de lata, con sus turbas de buhoneros que amontonan en las aceras encima de lonas sucias y cajas desvencijadas sus cerros de baratijas y trapos como en una feria campesina. La brujería y la superstición, como en los pueblos aldeanos en los días de la fiesta patronal, convirtiéronse en pródidas industrias. Una política inmigratoria impuesta desde el exterior volcó sobre la ciudad miles de pobres inmigrantes iletrados, procedentes de las capas sociales más atrasadas de Europa, entre los que no faltaron los viciosos y los criminales de guerra. Las mejores casas antiguamente destinadas a vivienda en el centro de la ciudad, devinieron en sórdidos hospedajes enlabyrinthados de tabiques y buelentes de inmigrantes y campesinos recién llegados; y a sus fachadas

se les cercenaron apresuradamente las ventanas para transformar las salas en tenduchos, en sucias tabernas, en tallercitos de remendones, en ventas de comida. La constante tensión psíquica derivada del hacinamiento, de la miseria, de la soledad, de la invasión brutal de la urbe por el automovilismo, de la desconfianza recíproca suscitada por el florecimiento del robo y del crimen, agriaron el carácter de los ciudadanos y los hicieron ásperos, levantiscos y espiritualmente duros. Favorecidos por el conformismo campesino que se hizo característico en la vida de la ciudad, proliferaron los edificios oscuros, estrechos y feos, a cuyos deficientes servicios sanitarios no llega el agua; los transportes públicos destartalados, sucios y pésimamente atendidos por trabajadores sin conciencia de servicio, descendieron a su punto ínfimo de eficacia. La radio y la televisión, para satisfacer los gustos primitivos de su auditorio mayoritario, llegaron a los más altos extremos de la chabacanería, el ruido y la estulticia adoptada como forma de arte. Hábitos civiles como el del aseo, la comodidad, el amor de las flores, la gentileza y el buen hablar, fueron desterrados de la nueva ciudad como signos de afeminamiento. Ciudad de los contrastes típicos de los países subdesarrollados, al pie del edificio de quince pisos que acaba de diseñar un discípulo de Le Corbusier o de Niemeyer, improvisa su urinario, su comedero o su venta de yerbas de brujos para ganar la lotería, el encobijado campesino que acaba de bajarse del autobús de los Andes o de Barlovento.

«En Caracas —escribe Mariano Picón Salas— la ausencia de estética urbana que deberían orientar los artistas, permite la disonancia arquitectónica de tantas zonas, la arbitrariedad de los colores, el grosero amontonamiento de las vitrinas comerciales que deben contarse —literalmente— entre las más feas del mundo. No se ha educado la gente para vivir, servir y disfrutar de la ciudad, y la chabacanería en sus más variadas escalas —ruidos mecánicos a todo volumen, desorden de las

cosas, ostentación de insolencia— parece desafiarnos y castigarnos. En la mezcla de estilos y formas de vida que coexisten en Caracas —desde la Prehistoria hasta el siglo XIX— a veces, frente a una tienda de El Silencio, nos parece haber caído junto a la «miscelánea» de una población rural, hace muchos años, donde se colgaban para exhibir y vender en la misma cuerda las velas para la procesión, las tortas de casabe, las alpargatas y la ropa interior de rudo liencillo».

Ya en 1955, al organizarse por *El Nacional* una encuesta sobre el tema, algunos trabajadores intelectuales residentes en la ciudad como Alejo Carpentier, Gastón Diehl, el propio Mariano Picón Salas y —en una escala más modesta— el autor de este libro, lanzábamos nuestro alerta acerca de lo que empezaba a ser motivo de inquietud hasta para los caraqueños más indiferentes: la tendencia, cada vez más evidente, de nuestros caseros y constructores a convertir la ciudad en una Museo de Fealdades. Tendencia socorrida de una parte, por el Estado que con su política de autopistas urbanas —violatorias de las disposiciones de la Carta de Atenas y de todos los Congresos Urbanísticos— ha subordinado a la circulación motorizada todas las demás necesidades vivendarias de la población, relegando absurdamente al hombre a una categoría inferior con respecto al vehículo; y por la otra por la colocación, en cargos dirigentes de la arquitectura, del urbanismo y del ornato público, de pequeños políticos de extracción pueblerina, que llegan a esas posiciones ansiosos de imponerle a Caracas los primores y pequeños mamarrachos que habían soñado para la Plaza Bolívar de su pueblo.

Al decorado de un gran estudio cinematográfico donde se estuviera filmando simultáneamente una película de Cecil de Mille, una revista musical al estilo de Goldwin, el documental de un bombardeo y una secuencia de intriga ambientada en Marruecos, podría compararse ese abigarrado tropel de formas, discontinuidades pai-

sajísticas, feas gentes y feas cosas, en que se expresa la nueva Caracas con el auxilio que le presta su anarquizada arquitectura. Anarquía en los estilos, imitación, liquidación de la naturaleza y cierta provinciana inclinación por la pastelería y los colores vibrantes, son algunas características que definirían hoy a Caracas con mucha más propiedad que las blancas torres y las azules lomas de Pérez Bonalde. Existen en Caracas nobles muestras de arquitectura contemporánea que pudieran dar la pauta del porvenir, pero se pierden o se ahogan en el vasto panorama de las baratijas y caries estéticas.

Nunca se hizo tan mal uso de un paisaje que por su composición natural parecía especialmente destinado a una arquitectura novedosa, bella y perdurable. La singular configuración de nuestro valle y el amplio fondo del Ávila con su maravilloso juego de relieves y sus cambiantes verdes, le ofrecían aquí al moderno arte de construir, no sólo un medio apropiado para la aplicación de su espléndida variedad de recursos, sino una oportunidad (la que en 1896 reclamaba Howard para los nuevos arquitectos) de demostrar que la arquitectura «por ser el arte de poner el paisaje al servicio del bienestar colectivo», puede ser en estos tiempos de crecimiento de las ciudades a expensas del campo, «el único medio de conservar activos los vínculos fundamentales entre los hombres y su tierra».

Pero muy pocos constructores —como Villanueva con su noble ensayo de *El Silencio*— supieron comprender al abordar el caso de Caracas, que la transformación de una ciudad no supone necesariamente la destrucción de sus características naturales. Y al utilizar la poética materia prima que Caracas les ofrecía en su paisaje —lo que solicitaba un esfuerzo imaginativo para el que ninguno de ellos estaba preparado— prefirieron arrasarlo para imponerle a la ciudad lo que después han llamado muy jactanciosamente «un perfil progresista».



Monumento de Carabobo, más conocido como La India de El Paraíso, obra del escultor Eloy Palacios y el monumento público más original que ha tenido Caracas. Fue decretado por el gobierno del general Cipriano Castro en 1904 para colocarlo en la llanura de Carabobo. Todavía sin colocar en 1909 el gobierno de Gómez decidió en aquella fecha su colocación en la Avenida de La Vega, en el centro de la plazuela adyacente al Hipódromo Nacional. Al explicar en una entusiasta descripción el significado alegórico que el escultor quiso dar a su obra, escribía José Gil Fortoul:

«La palma real, que en las llanuras venezolanas destaca esbelta y elegante su triunfal penacho, le ha inspirado la feliz idea de sustituir la columna clásica con tres palmas unidas, recordando la bellísima leyenda india que pone en el penacho de las palmeras la habitación de sus dioses».

En 1965 el monumento fue desmontado y reerigido en la confluencia entre las Avenidas de La Vega y de La Paz en la propia barriada de El Paraíso.

Como en ninguna otra ciudad nueva de América, en la Caracas de hoy pueden constatarse algunos de los perjuicios que es capaz de causar el dinero cuando pretende reemplazar a la Cultura. Para la empresa de convertirnos la capital en una de las ciudades más desagradables de que se jacta el continente, convergieron aquí dos de las formas más estultas y perniciosas de la riqueza. A la estrechez espiritual de una clase media urbana semi-iletrada que se había enriquecido en el ejercicio de la usura, en la importación de baratijas norteamericanas o simplemente en el juego de caballos, se asoció el aldeanismo de algunos propietarios rurales que vendieron sus últimos novillos y se vinieron a la capital en busca de más productivos negocios. En un país menos flexible a los caprichos de la propiedad privada —o por lo menos más atento a las resoluciones de los Congresos Internacionales de Arquitectura y Urbanismo— la simple inversión de dinero no les hubiera otorgado a sus inversionistas el derecho a erigirse en ductores estéticos de la ciudad. Pero no hay en Venezuela una ley —ni por lo visto una autoridad— que defienda el derecho de las ciudades a ser bellas.

Y favorecida por la libertad de acción que el generoso Estado les confería a los improvisados árbitros del paisaje, una nueva calamidad pública hizo su aparición. Fue los que pudiéramos llamar los mensajeros de la marmolina, una cuantiosa inmigración de llamados maestros de obra que venían al país ávidos de imponer entre nosotros algunas de las concepciones más ramplonas de la albañilería italiana. Para realizar los ideales arquitectónicos de unos ricos sin educación y sin sensibilidad, poseían ellos todos los recursos de que la inventiva humana puede disponer en cuanto a mal gusto se refiere. Junto con sus técnicas de pulimento que dejaban el yeso en condiciones de parecer mármol —y al mármol en condiciones de parecer turrón de Alicante—. Traían tamices mágicos cuya intercalación entre la brocha

y la pared, podía infundirle majestad de granito a la más modesta «lechada». Pero su facultad más resaltante —y sin duda la que mejor les supieron explotar sus patronos tropicales— era la de apropiarse, para la arquitectura, de formas que hasta entonces se tenían como privativas de la ebanistería religiosa, del arte musical o de la repostería casera. A la aplicación de tan curioso ingenio trasmutativo, debemos los caraqueños el que nuestra cotidiana salida a la ciudad sea ahora como una aventura de pesadilla, digna de una nueva Alicia, por entre pianos gigantes, nichos calculados como para un supersantorial y «majaretos» increíblemente desarrollados. Más audaces, aunque ya menos imaginativos, son los que trabajan por reivindicar a Grecia para la arquitectura funcional, y a los pobres cajones y «mecanos» que levantan en cemento armado, les añaden invariablemente su colección de metopas, su frontoncito de caricatura y su apariencia general de tabique recortado. Y como si ya no dispusiéramos de un surtido de fealdades suficiente para colmar el más refinado mal gusto, todavía hemos tenido que sufrir la moda del llamado mosaiquillo de revestimiento, ese material brillante, escandaloso y vulgar, que una vez salido de su sitio natural en los lavabos parece resuelto a dejarnos a Caracas convertida en una ciudad de peltre.

Pero en contraste con la chapucería dominante en su crecimiento arquitectónico, Caracas se ha distinguido también en los últimos años por la eficacia y extraordinario vigor técnico de sus obras de ingeniería. El retraso con que llegaron a la Universidad Central los estudios de Arquitectura, no solo ha justificado la usurpación del oficio por una albañilería de la peor calidad, sino que permitió al ingeniero civil aventajar al arquitecto en años de desarrollo y experiencia. Pensamos especialmente en la ingeniería vial, cuyas conquistas —estimuladas por un criterio urbanístico que subordina las necesidades de la vivienda a la tiranía del mercado de auto-

móviles— son en cuanto a estructura, las más notables de nuestro tiempo caraqueño. Junto a la indigencia estética de unos edificios sin estilo o de una concepción arquitectónica retrasada y en los que hasta el nombre resulta a veces una insoportable cursilería (algunos son bautizados con el anagrama o las siglas de sus arrogantes propietarios), la austeridad de las grandes avenidas le aporta a Caracas el buen sentido y aspiración de solidez que no pudieron darle sus perpetradores de apartamentos.

La ingeniería actúa así como una atenuante de la fealdad urbana; pero por curiosa paradoja, al fortalecer hasta el exceso la autoridad profesional de los ingenieros civiles, termina por convertirlos en agentes tan malignos de aquella fealdad como pudiera hacerlo cualquier aficionado a la marmolina. A ingenieros civiles que no tuvieron la modestia suficiente para quedarse en su sitio cuando el auge profesional los rodeó de prestigio, debe Caracas muchos de sus edificios llamados monumentales, verdaderos monumentos a lo pesado y duro, donde todo se concedió a la fuerza y nada a la belleza. Caracas todavía espera su Pieer Luigi Nervi, capaz de conciliar como en los tiempos renacentistas de Alberti, en un solo profesional las virtudes complementarias del arquitecto y del ingeniero.

De tan intrincada controversia de intereses, la nueva Caracas va surgiendo como una ciudad improvisada, hecha para satisfacer pequeños caprichos y ambiciones, no verdaderas necesidades; desprovista de aquellos estímulos espirituales que necesita el hombre para hacer de la existencia un oficio agradable y creador. «La ciudad —enseña Aristóteles— es un asociación de seres semejantes, la cual tiene por fin la vida más perfecta posible. Es la asociación del bienestar y la virtud, para el bien de las familias y de las diversas clases de habitantes, para alcanzar una existencia completa que se baste a

sí misma». Ciudad nueva rica, calculada para estrenadores de automóviles, y donde lo suntuoso y artificial alcanzó una monstruosa prevalencia sobre lo esencial humano: esa es la Caracas «monumental» que ha desarrollado las más grandes autopistas de América junto a los barrios pobres más miserables del mundo. Rescatarla para el generoso ideal aristotélico de la ciudad, es la tarea que espera a los nuevos arquitectos venezolanos, para cuando (alcanzada aquella autoridad conductora que sólo confiere el tiempo) puedan oponer a toda violencia y a toda fealdad, la serenidad y ordenada belleza de su arte. Para entonces el nuevo hombre de Caracas, hoy paria de un instante de estremecimiento y convulsión histórica, podrá volver los sosegados ojos al cielo de la ciudad, y como el poeta, reconocer el espíritu inmortal de Caracas en el triunfante vuelo de una tropilla de palomas que cruza el valle.





Índice

	Pág.
Acerca de mi libro <i>Caracas física y espiritual</i>	7
Los primeros tiempos de la ciudad	9
Esclavos y otras cosas	77
Cementerios de Caracas y algunas costumbres funerarias	87
Daguerrotipo y fotografía	99
Primera noticia publicada en Caracas acerca de la invención del aeroplano	103
Las ventanas de Caracas	109
Pequeña historia del alumbrado	131
Pequeña historia de los vehículos	143
Pequeña historia de los helados	151
La Sampablera	157
Recuerdos del general Guzmán Blanco	169
La pava y lo pavoso	185
Souvenir 1900	197
Los poetas de Caracas	213
La Caracas de los años veinte	223
Memorias del Duque de Rocanegras	235
La civilización Ford	255
Patinadores de diciembre	259
Gente de Caracas	263
La Caracas del petróleo	279

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres litográficos del
Instituto Municipal de Publicaciones
durante el mes de mayo de 2020.
A 100 años del natalicio Ruiseñor de Catuche.

Caracas, territorio caribe, cuna de libertadores.

300 ejemplares.



**Alcaldía
de Caracas**
INSTITUTO MUNICIPAL
DE PUBLICACIONES



1920 - 2020

Apuleio Mazarin

SEU ANO DE NASCIMENTO E MORTE



Gobierno
Bolivariano
de Venezuela



Alcaldía
de Caracas

Fondo Editorial Fundarte